



Hugo
Sanz

La amante del
HIGHLANDER

La amante del
Highlander

Primera edición.
La amante del Highlander
Hugo Sanz
©Diciembre, 2019.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1



Maldije el hecho de no haber estudiado una carrera como mis padres me habían pedido tantas veces...

Las cosas en Inverness no estaban demasiado bien. Eran pocas las posibilidades que había de lograr un buen puesto de trabajo y más para alguien como yo, que no había estudiado lo suficiente como para poder elegir.

Mis padres tenían una panadería desde hacía muchos años en el centro de la ciudad, esa que nos mantuvo siempre gracias a sus esfuerzos, pero claro, no daba para más puestos que el de ellos.

Mi hermano Kirk se había ido a Edimburgo como profesor, tenía treinta años y sí había hecho caso a todos los consejos de mis padres.

Mi padre me había conseguido un trabajo para la familia McLarcon, unas de las más ricas de las Highland.

—Malvina es un buen puesto. No digo que sea el sueño de tu vida, pero al menos te dará para tus gastos...

—Estoy de acuerdo papá. Cualquier cosa menos ser una carga para mamá y para ti a estas alturas de la vida...

—Nunca has sido una carga Malvina, pero es cierto que tienes que “arrimar el hombro” y además te vendrá bien desempeñar un primer trabajo, sea del tipo que sea...

—Sí, papá, no te preocupes...

No quería trabajar sirviendo a nadie, pero no tenía otra cosa mejor, así que me tenía que aguantar con eso, ir de lunes a sábado de nueve de la mañana a las cinco de la tarde a servirles.

Era mi primera mañana, toqué al timbre y rápidamente se abrieron esas puertas de hierro.

—Hola, soy Graham, el jardinero —dijo un señor de cerca de cincuenta años muy sonriente.

—Hola, encantada —sonreí —me llamo Malvina.

—Un placer. Sígueme, Sienna te está esperando.

Según avanzaba por la casa, advertí su aire majestuoso. Desde luego tenía poco que ver con la de mis padres, pero eso era algo que ya intuía.

No tenía ni idea de quién era Sienna, pero imaginaba que una de las señoras de la casa, así que lo seguí y me llevó directo a la cocina.

Tenía como una especie de nudo en el estómago, pero no quería que se me notase...

—Sienna, aquí está Malvina —dijo a la cocinera y ya entendí de qué se trataba.

—Hola, mi nombre como bien sabes es Sienna, estarás a mi cargo durante las jornadas laborales ayudándome en todo momento.

—Claro, encantada.

—Ponte esa bata —señaló a una que había sobre una de las sillas doblada —tendrás que

trabajar con ella siempre, puedes cambiarte en el baño —señaló a uno que había pegado a la cocina, en el pasillo —es el del personal. Dentro hay unas taquillas, la tuya es la cinco, para que pongas tu ropa y todo lo que quieras.

Tenemos unas normas: trabajando no puedes llevar encima ni móviles, ni ningún objeto. Por cierto, en la taquilla cero tienes estas zapatillas de diferentes números, coge la que te venga bien, ahora nos vemos aquí de nuevo.

—Vale —¿Iba a ser igual de estúpida siempre?

Aquella mujer me cayó francamente mal. Podía esperar un trato distante por parte de los señores de la casa, pero no por el de quienes iban a ser mis compañeras...

Cogí esa especie de bata de enfermera, pero en negra y me metí en aquel baño, grande, lleno de taquillas, duchas, parecía de un complejo deportivo.

Me cambié, dejé todas mis pertenencias en la taquilla y me puse la llave colgada de la cadena del cuello.

Me vi horrible. ¡Parecía una urraca! ¿Cómo podía haber llegado hasta allí? Por hora que pasaba maldecía no haber hecho caso a mis padres.

Volví a la cocina y había una chica más.

—Ella es Isla, es la que limpia la casa, también estarás a su disposición cada día.

—Encantada —dije sonriente y ella me devolvió la sonrisa e hizo un gesto con su cabeza.

Al menos a Isla se le veía más simpática y tenía algo que Sienna no poseía. Se veía de lo más apática y estúpida, pero bueno, como bien me decía a mí misma, me tenía que joder por no haber estudiado como mi hermano.

—Ahora ve pelando todas esas patatas que hay en esa olla, tienen que quedar como estas — me enseñó un recipiente que ya contenía algunas a forma de gajo.

—Claro —me puse a ello.

¡Dios mío! Allí había patatas "para un regimiento". Pensé que era una auténtica barbaridad, pero tenía claro que mi cometido era "ver, oír y callar" y de paso, obedecer.

La cocina era realmente impresionante. Nunca había estado en una de esas. Tenía cientos de cacharros de todos los estilos y una inmensa isleta central que la dividía en dos.

Estaba limpia como "los chorros del oro" y disponía también de una agradable zona de office rematada con una cálida chimenea. Vamos, que podía ser punto de encuentro de reuniones, pero yo imaginaba que los señores no pasarían demasiado por allí.

En cuanto a Sienna, me caía fatal esa mujer, era "un visto y no visto", en el momento que la vi me di cuenta de que era una persona seria, enfadada con ella misma, sin nada de empatía.

En cualquier caso, pensé que me tenía que joder y aguantarla en el horario laboral, ella estaba interna como Isla, que al menos era más simpática por lo poco que podía haber visto.

Afortunadamente, ese no era mi caso y, una vez cumplida mi jornada laboral, yo podría irme a casa cada día. Si es que "quien no se consuela es porque no quiere", pensé.

—Como sabrás los señores son Duncan y Alison, nosotros trabajamos para ellos. En la otra parte de la casa viven los señores Logan y Kylie, los padres de Duncan, pero tienen todo independiente al otro lado, con su propio servicio. Los encontrarás de vez en cuando por aquí, pero en muy rara ocasión.

—Vale —respondí mirándola mientras seguía pelando patatas.

—Los señores tienen un hijo llamado Lain, de cinco años, algunos días nos tenemos que hacer cargo de él, ya lo verás por la casa correteando, hay que tratarlo con cariño y respeto.

—Por supuesto, así será.

Dicho y hecho, ni cinco minutos y una voz infantil entró a la cocina.

—¡Hola! —rio con las manos en la boca.

—Hola, Lain ¿Quieres un vaso de leche? —preguntó Sienna.

—Hola —sonreí mirándolo.

—Sí —dijo a Sienna, pero mirándome y sonriendo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con timidez.

—Malvina, me llamo Malvina —no dejaba de sonreírle.

—Eres nueva —sonreía sentándose en la silla y apoyándose sobre la mesa. Y ese nombre me gusta.

—A mí también me gusta el tuyo —respondí, sacando su sonrisa.

—Buenos días —dijo una voz varonil.

Me giré y ahí estaba Duncan, no podía ser otro, nuestras miradas se cruzaron y le dije un hola suave, casi no me salía la voz, era un hombre que imponía, guapo y apuesto y con un rostro de lo más atractivo.

—Soy Duncan, bienvenida.

—Hola, soy Malvina, gracias —sonreí con timidez.

—Siéntate, te pongo un café —dijo Sienna con su rostro serio, ni al señor sonreía.

—Malvina, ya irás conociendo a todos los de la casa. Supongo que Sienna ya te habrá puesto al corriente de la cuestión de mis padres, aunque no se dejan caer demasiado por aquí...

—Sí, sí, todo está perfecto —dije. Me costaba mantenerle la mirada. Su sonrisa me ruborizaba...

Parecía que me había equivocado y que a los señores también les agradaba aquella confortable cocina igual que a mí.

—Ve limpiando esos cacharros —dijo Sienna, con una voz que despedía...

Comencé a hacerlo meticulosamente. Pensaba en el disgusto que me llevaría si rompía alguna de aquellas delicadas piezas de porcelana... ¡Menos mal que eran "cacharros"! Una vajilla de aquellas debía costar más de lo que yo ganaba en un mes...

Y es que esa era otra, ¿por qué los trabajos más duros tenían que ser siempre los peor pagados? Era toda una injusticia. Ya comenzaba a salir mi voz interior. Mejor, no escucharla...

Esa mañana hice mi trabajo, tanto en la cocina como en las habitaciones que me había encargado Isla. Estaba muy simpática y atenta, todo lo contrario, a la estúpida de Sienna que ya la tenía entre ceja y ceja.

—La señora es un poco exigente en lo que a las cuestiones del hogar se refiere, pero pronto aprenderás —dijo...

—Vale, cualquier cuestión de la que puedas advertirme te la agradeceré de corazón...

—Sí, no te preocupes. Sé que no es fácil ser la novata y menos en un lugar como este...

—Sí, la verdad es que impone. Es realmente señorial y, en cuanto a los jardines, parece que en ellos puedan...

—"Correr caballos", ¿verdad? Eso es lo que pensaba yo al principio....

—Sí, sí, justo eso... Es para perderse en ellos...

—Debe ser alucinante vivir así, "a todo tren"....

—Y tanto —dije...

—Pues volviendo a lo de las camas, te diré que aquí parece que hay que coger una escuadra y un cartabón para hacerlas, ¡vaya tela! Es como si pasaran revista a todo...

—¡Ay, Dios! —exclamé.

—Tampoco te preocupes tanto. Es posible que te lleves algún toquecillo de atención al principio, pero al final nunca "llega la sangre al río..."

—Eres muy amable, Isla. Reconozco que estoy un poco sobrepasada, pero en nada me acostumbraré. Tengo capacidad de adaptación.

—Pues ya con eso tienes mucho terreno ganado. Y ahora, ¡vamos al lío! Que a mí me da la impresión de que en esta casa las paredes oyen...

La casa rezumaba gusto y lujo. Las camas eran enormes y mullidas. Me imaginaba tumbada en una de aquellas y mi mente volaba.

Grandes cuadros pendían de sus paredes. Se notaba que todo estaba medido al detalle. No había lugar para la improvisación en aquel decorado...

Hasta los baños eran realmente imponentes. Eso sí, no denotaba ni un ápice de modernidad. Más bien, tenía un estilo medieval que embaucaba.

Allí podías trasladarte mentalmente al pasado, mientras vivías con el confort y los adelantos modernos. Una mezcla exquisita...

Reí pensando que sería muy fácil acostumbrarse a vivir así... De hecho, era algo que mi padre siempre me había dicho: "Malvina, hija... es muy fácil pasar de poco a mucho, pero no al contrario"...

Desde luego razón no le faltaba, ¡como siempre!...

Mi cabeza también tuvo un hueco para Duncan...

No me lo esperaba así, me había impresionado y mucho. Además su mirada... había algo en ella, no sabía qué, pero me llamaba poderosamente la atención.

Duncan no era feliz. Eso era lo que pensaba, como si detrás de esa sonrisa hubiera alguna cosa que lo mortificara y yo para eso era muy bruja.

Desde que nació mi madre me lo decía. "Malvina, hija, parece que tienes un viejo en la barriga. Es impresionante, da hasta miedo hablar delante de ti..."

A mí aquello siempre me hacía mucha gracia. De hecho, mi madre decía que podía provenir de una abuela suya, a la que se le atribuían ciertos poderes adivinatorios...

La comida fue en la cocina con Sienna e Isla, en silencio, aquello parecía un velatorio, tener a esa mujer al lado daba un mal rollo increíble...

Se notaba que llevaba el mando de la casa y los trabajadores en cuestión de organización y todo, a mí me ponía de los nervios solo su presencia, esa que iba a tener que aguantar a diario.

—Malvina, espero que te acostumbres pronto a las normas de la casa. Si haces todo como te lo digo, no tendrás problemas. En caso contrario...

Tuve que resoplar internamente. Iba a ser el infierno estar a su mando...

—Yo la ayudaré en todo lo que pueda —dijo Isla.

—Muchacha, ¿a ti quién te ha dado "vela en este entierro"? —dijo, callándola en seco.

—Solo quería ayudar —contestó ella...

—Ayudarás ocupándote de lo tuyo y ella de lo suyo —dijo, rotunda.

—Tomo nota —añadió Isla, bajando la cabeza.

Si aquello no era una dictadura, era lo más parecido que se me ocurría. Maldecía mi estampa una y otra vez...

Capítulo 2



Por fin salí de trabajar, además el día estaba espectacular, era junio y ya se podía estar en la calle sin ese frío que traspasaba los huesos.

Me fui hacia casa de mi amiga Brenda. Ella trabajaba hasta medio día en uno de los supermercados más grandes de la ciudad, como cajera y vivía sola, en un apartamento de sus padres que le quedó en herencia, ya que habían fallecido muy jóvenes.

La verdad es que, aunque entendía que también tendría sus inconvenientes, pensaba que lo de vivir sola debía ser espectacular, si no fuera porque en su caso lo motivó aquella desgracia...

Brenda era especial, mi amiga de toda la vida, tenía como yo, veinticinco años, una chica risueña de un corazón impresionante.

—Vaya cara me traes —volteó los ojos mientras abría la puerta.

—No es para menos, vaya asco de trabajo acepté — me tiré a un lado del sofá.

—Imagino, conociendo a la estúpida de Alison —dijo refiriéndose a la mujer de Duncan.

—A esa no la vi aún ¿Tan estúpida es?

—Se cree la dueña de Inverness —negó con la cabeza —De vez en cuando entra al supermercado para coger algunas cosas, aunque ella no es la que hace la compra, pero se deja en ocasiones para comprar algún antojo o bichear algo para el niño.

—Lo que me faltaba, pues no tengo yo bastante con mi jefa la cocinera, una cara de ogro y de estar amargada que deja con mal cuerpo a cualquiera —resoplé.

—Esa casa debe de ser de miedo, todos hablan de que viven como en otra época.

—A ver, aún me dio tiempo a poco, pero nada de otra época, todo muy señorial, sí, de uniforme el servicio y todos a sus pies, pero bueno como en toda casa de rico. El señor...

—Está para hacer de todo con él —interrumpió.

—¿Lo conoces?

—Claro, estuvo también por el supermercado alguna que otra vez, es el "moja bragas" oficial de mi trabajo, tiene a todas locas.

—Vaya, pues debe estar su mujer que se sube por las paredes. Y vaya expresión el "moja bragas"... Me tengo que partir contigo...

—Ella lo tiene a sus pies, no tiene por lo que preocuparse, al menos que se sepa, pero vamos no sé cómo ese pedazo de hombre la aguanta, ella es una estúpida la mires por dónde la mires. ¿Un refresco?

—Sí, por favor...

—Pues tienes que aguantar lo que sea, hasta que te salga algo, a ver si dan ya una plaza libre en mi supermercado, pero estamos todas fijas y es difícil.

—Ahí como no se muera nadie... —volteé los ojos riendo.

—Vaya, si es graciosa mi niña —me dio la lata de refresco mientras me sacaba la lengua —

Espero que no me toque a mí...

—Y tranquila, por ahora aguantaré, al menos hasta cobrar mi primer sueldo que me vendrá genial, me estoy quedando sin recursos —reí.

—Cuando te encuentres a la señora por la casa, le haces una reverencia y te tiras un pedo, luego pides disculpas, pero a gusto te habrás quedado.

—Tú dame ideas, que como me toquen las narices me los tiro de diez en diez y sin sonido, para que todos sean sospechosos —sonreí con ironía.

—El sábado vamos a salir y te quedas aquí a dormir ¿eh?

—Pues claro, el domingo es el único día que no trabajo, así que los sábados noche a salir, por supuesto como siempre me quedo aquí, no sé a qué viene la pregunta, deberías después de tanto tiempo darlo por hecho.

—Lo digo porque te veo baja de moral con el nuevo trabajo y lo mismo no te apetecía salir —resopló volteando los ojos.

—¡A mí estos no me van a quitar la alegría! ¡Una mierda para los McLacon! Y sobre todo para Sienna, que disfruto mentalmente a su lado llamándola de todo, anda y que les den, yo solo quiero mi sueldo.

—Esa es la actitud —aplaudió bromeando.

—Y es lunes —me puse la mano en la cara a modo resignación.

—El lunes ya es pan comido, ya nos queda rascarnos.

—Yo voy a tener que meditar para prepararme para mañana —reí con ironía.

—Pues hazlo, pero a mi amiga que no le quite la sonrisa esa panda de engreídos o no respondo —dijo...

—No, no te creas. Si estuviera interna allí, "otro gallo cantaría" pero yo, es llegar las cinco de la tarde y me faltan piernas para correr...

—Pues eso es lo que tienes que hacer, porque tú no vas a heredar esa casa, ni nada parecido. A lo tuyo y punto...

Estuve un rato con ella y me fui para mi casa. Mis padres aún no habían llegado, así que me duché y luego bajé a preparar una ensalada de pasta para la cena, además de unas empanadas que traerían mis padres de la panadería.

Quería quitarme el mal rollo del cuerpo, pero no había forma, estaba cocinando y resoplando ¿Tan mala energía daba la mujer esa? Pues sentía eso, muy mala vibra...

Mis padres llegaron sonrientes, traían las empanadas en una bandeja. La panadería aparte de hacer muchos tipos de pan, contaba con una gran variedad de empanadas hechas diariamente por ellos y que se vendían a cientos y cientos diariamente.

—Malvina, mi niña, vaya si has tenido siempre buena mano para la cocina —dijo mi madre. Es todo un lujo llegar a casa y encontrarte con la mesa puesta...

—Es lo menos, mamá. Vosotros siempre habéis trabajado duro para sacarnos a mí y a mi hermano para adelante. Como mínimo os merecéis un buen recibimiento cuando llegáis a casa...

—Esa es mi niña. No hay mayor recompensa para un padre que saber que ha logrado inculcar buenos valores en sus hijos —dijo mi padre, besándome la frente...

Mis padres tenían cincuenta y cinco años, estaban intactos, parecían dos chavales de cuarenta, todo el mundo lo decía, tenían muy buena genética.

Yo siempre les comentaba que "parecía que se habían metido en formol" y ellos se reían mucho, aunque no les parecía que fuera para tanto...

Eran muy competentes, además de grandes padres, eran mis mejores amigos.

Durante la cena les conté lo que me había parecido aquello, pero que bueno, lo llevaría con resignación y una sonrisa, pero que a las primeras de cambio, ahí se quedaban...

Ellos lo entendieron, lo único que me pedían es que fuera ese tiempo respetuosa, que no saliera de ningún trabajo de mala manera y tenían razón, el "boca a boca" era lo peor del mundo y más en Inverness que los rumores "se extendían como la pólvora".

Además, el trabajo me lo había conseguido mi padre y esa era razón más que suficiente para que a mí no se me ocurriera "sacar los pies del tiesto"...

Ellos eran muy respetados en la ciudad, gente humilde, pero sin necesidad alguna, con su trabajo nunca nos había faltado de nada, pero eran unas personas queridas...

—Pero ¿y a la señora Alison no la has conocido entonces? —preguntó mi madre.

—No a ella, no. He conocido a Duncan y la verdad es que él me ha caído bien. El caso es que de ella he escuchado ciertas cosas que...

—Malvina, hija, voy a darte un consejo —añadió mi padre. Lo primero es que no hagas caso a las habladurías y lo siguiente es que, ya sabemos que no va a ser el trabajo de tu vida... Si algo no te gusta...

—Ya, papá. No te preocupes. Hago "la vista gorda" y punto. Solo es un trabajo, yo tengo la suerte de llegar luego a casa y tener una familia de "olé", ¿no es eso?

—Gracias por la parte que nos toca, zalamera —dijo mi padre, guiñándome un ojo —pero sí. Eso es más o menos lo que iba a decirte...

—Tiene razón tu padre —dijo mi madre. La vida son ciclos y "tras de tiempos, tiempos vienen". No es el trabajo que tampoco desee para mi hija, pero es el que te ha tocado de momento...

—No os preocupéis, que no pienso ponerlos en evidencia —solté, degustando aquellas exquisitas empanadas caseras de las que podría comer miles, sin llegar a cansarme...

—El que sí que me ha parecido un verdadero amor es el pequeño Lain, ese tiene que tener poco que ver con su madre —dije, riendo...

—¿Cómo es? —preguntó mi madre a quien los pequeñajos le encantaban.

—Es una ricura, mamá. Súper guapo, simpático y con un desparpajo... Lo mejor de los niños es que ellos no ponen barreras, si vieras lo contento que estaba en la cocina, se le notaba "en su salsa"...

—Claro, Malvina, él ha crecido entre todas aquellas personas y no entiende de clases sociales. No se nace haciendo distinciones...

—No, mamá, desde luego que no. Ese es un mal hábito que se adquiere con el tiempo...

—Ahí tienes razón cariño, pero es complicado "nadar contra corriente", nosotros no hicimos las reglas sociales...

Lo mejor de todo es que siempre tenían una sonrisa y se mostraban dispuestos a ayudar a los que más lo necesitaban, sin comer no se quedaba nadie, pues ellos se encargaban de darles unas empanadas...

Esa noche me acosté dando vueltas a muchas cosas, sobre todo a lo que quería en mi vida, inclusive me estaba planteando estudiar por las noches a distancias, no quería ser toda mi vida la chica del servicio de nadie...

A ver, en ningún momento dudaba de que fuera un trabajo muy digno, pero yo quería aspirar a algo más, maldecía la hora en que no hice caso a mis padres y seguí estudiando.

Me miré al espejo. Tenía que reconocer que la buena genética de mis padres eran parte de su herencia. Mi madre siempre había sido admirada por su belleza y todos decían que yo me parecía

muchísimo a ella...

La imagen que me devolvía el espejo era la de una joven sonriente, con mi larga melena pelirroja de gordos tirabuzones que caían a ambos lados de mi cara...

Mi piel era blanca y las protagonistas de mi sonrisa eran unas graciosas pecas. Alta y delgada, pero con bastante pecho, mis amigas decían que parecía una modelo, aunque a mí me pareciera una bobada... Lo que sí destacaría de mi rostro, eran mis ojos verdes, heredados de mi padre.

Mis piernas eran largas, mi hermano solía meterse conmigo cuando era una adolescente, diciendo que "parecía una cigüeña", pero cuando di el último estirón, mis proporciones resultaron muy armoniosas.

En cuanto a mi expresión, era muy dulce y la sonrisa, aunque algo tímida, era mi mejor compañera en la aventura de la vida...

De repente, imaginé mentalmente que Duncan estaba detrás de mí y vi igualmente su atractiva imagen reflejada en el espejo...

Su pelo claro y su mirada penetrante marcaban las líneas maestras de un precioso rostro, rematado por unos gruesos y carnosos labios que parecían estar "diseñados para besar"...

Su fina perilla y barba le otorgaban un toque tan interesante que no me extrañaba aquel sobrenombre tan gracioso del que me había hablado Brenda...

Alto y de complexión fuerte, llamaba la atención la anchura de su torso y lo torneado de sus brazos... Era uno de esos hombres que mirarías durante horas, sin llegar a cansarte...

También me había fijado en sus fuertes manos, con largos dedos... ¡menos mal que no era ginecólogo!

Eso sí, debía ser bastante deportista porque era de lo más fibroso, vamos lo que estaba era "cañón"... ¡Vaya bombón de hombre!

¿Por qué había creído ver su reflejo en el espejo? Me hizo gracia, parecía que me había hecho "tilín", pero ¿a quién no?

Me costó coger el sueño, mi cabeza ese día era "un hervidero", esperaba que no me afectara los siguientes tanto, ya que de esa manera terminaría loca y enfadada con el mundo...

Tenía una buena faena por delante pero no era cuestión de quejarme. Al menos disfrutaba de un puesto de trabajo, otra cosa era que no en el entorno más favorable del mundo.

Capítulo 3



Vuelta a empezar...

Desperté temprano y me fui a la cocina a desayunar, ya mis padres se habían ido, así que me preparé unas tostadas y un café.

Necesitaba estar bien despierta para la que me venía encima. Preferí no pensar y puse algo de música de fondo...

Fui hacia la casa de los McLarcon rezando para que la jornada pasara lo más rápida posible.

El día estaba genial y era una pena no poder disfrutar de él, pero era lo que tocaba, ¡ya llegarían tiempos mejores!

—Buenos días —dije al entrar a la cocina, ya me había cambiado y todo.

Un gesto con la cabeza fue el saludo de Sienna, ni se molestó en gastar palabra la amargada. La verdad es que lo tenía todo, encima maleducada.

Me puse a fregar y a recoger la mesa donde se veía que alguien había desayunado, ella estaba preparando comidas.

Eran varios los servicios que estaba retirando, lo que me hizo pensar que era posible que la señora también hubiera estado allí, ¡aquello que me ahorraba!

Unos buenos días me hizo girarme y ahí están él de nuevo, con esa media sonrisa y esos ojos que no llegaban a transmitir ni un ápice de felicidad.

—Buenos días —sonreí.

Me temblaba hasta la campanilla de la garganta, cómo imponía ese hombre, con ese cuerpo digno de verlo en todo su esplendor, era de lo más atractivo.

—Necesito un café —carraspeó sonriente.

—Ahora mismo te lo pongo, siéntate —dijo la bruja con ese tono de película de miedo.

Lógicamente con él sí que era educada, ¡la muy estúpida!

Seguí fregando mientras él tomaba el café y Sienna me miraba en todo momento, podía notarlo. Parecía como si le cayera "como una patada en el culo", pero vamos, si supiera lo que pensaba yo de ella, lo que había detrás de mi amable e irónica sonrisa...

En ese momento entró alguien dando pasos ligeros con tacón.

—Buenos días, tengo prisa ya que tengo cita en la peluquería, necesito un café rápido.

Me giré y ahí estaba ella, no podía ser más que Alison, su mujer.

Me miró de arriba abajo haciéndome una radiografía, con cara de asco, vi como Duncan la miraba serio por ese gesto feo de la mujer que no me quitaba la vista de encima.

Me había equivocado de todas, todas. Ninguno de ellos había desayunado antes de llegar yo...

—Hola, buenos días —dije sonriente. Al menos me dieron educación y ganas de darle con una taza en la cabeza, pero eso era mejor obviarlo.

—Hola —dijo con desprecio y se sentó al lado del marido mientras Sienna le ponía su taza de

café —Hoy tengo peluquería, luego una comida con las chicas, así que vendré tarde. El niño se queda con Isla, se encargará de él.

—Bien —dijo casi ignorándola.

Desde luego, la estampa de la pareja parecía el colmo del romanticismo, dicho con toda la ironía posible.

Se bebió el café y se fue con esos tacones que parecían que taladraban el suelo de la casa, una barbaridad.

Duncan se quedó desayunando tranquilamente mientras leía un periódico, terminé de fregar y me puse a preparar un bizcocho para la merienda, cada día tenía que hacer uno de diferente sabores y recetas, menos mal que eso se me daba bien.

—Lo tienes controlado, ¿no? Tengo que salir y no quiere encontrarme una tontería cuando vuelva. Esta es mi cocina y jamás se ha organizado un "desaguisado" en ella...

—Todo controlado —musité entre dientes.

—Te advierto que deberías hablar más alto si quieres que me dé por enterada —dijo, con más cara de asco todavía de lo habitual...

Sienna se fue a hacer unas compras y me dejó allí sola, ya Duncan hacía rato que se había perdido por la casa, tenía una vida relajada, vivía de las rentas de las múltiples propiedades que tenía por herencia.

Me daba la impresión de que en esa casa todos pasaban de todo, Duncan y la mujer no tenían ni la más mínima complicidad, ella se le veía muy crecida en el papel de "señora de"... , sin embargo, a él se le veía que no le brillaba la mirada con ella presente.

Para colmo estaba la bruja de Sienna, que era como Alison, pero con la cara revenida, no sonreía ni a los señores, me daba a mí que ni los aguantaba, pero no me entraba en la cabeza entonces que la tuviera ahí de interna. Eso sí, al menos guardaba las formas con ellos...

Yo veía algo ahí turbio, no sé, pero me daba la impresión de que ahí había unas historias raras de dos pares de narices.

Isla apareció con el pequeño Lain de la mano, esa mujer era la única que no perdía la sonrisa de la cara.

—Hola, Malvina, ¿preparada para la batalla de hoy?

—Siempre preparada —dije...

Les puse dos zumos y nos pusimos a charlar con el niño, era un amor, gracioso, simpático, al menos no salía a su madre.

—Podemos estar aquí paradas porque no está Sienna. Cuando estés en su presencia, procura permanecer siempre ocupada o es peor...

—¿Puede ser todavía peor? Sí, créeme...

—Se ha ido de compras, espero que tarde. El caso es que me ha sorprendido...

—¿Y eso? —preguntó ella, curiosa...

—Porque se ha dejado aquí la escoba, la muy bruja —dije, haciéndola reír con ganas...

—Ya he conocido a Alison —dije...

—¿Y qué te ha parecido?...

—Un amor —dije, volteando los ojos...

—No te preocupes. Tiene mucha vida social y para poco en casa. Ni siquiera parece haberle ningún caso a Lain, el pobrecito, algo vale que en la casa nunca le falta cariño —dijo, señalando al crío que estaba a cierta distancia, comenzando a jugar en el suelo...

—Es más rico —dije...

—No lo sabes tú bien. A mí me tiene loca. Es el único motivo por el me daría pena irme de esta casa...

—Pues yo creo que ni por esas. Por mucho que me encariñe con él —dije —Lo cierto es que estoy deseando prosperar y decirles "adiós" con la manita... Más que nada por la señora y por Sienna...

—Sí. El señor no tiene nada que ver, Duncan es amable y correcto...

—Eso sí, mira que tiene una vida fácil, pero no me parece precisamente "la alegría de la huerta"...

—En eso tienes razón. De todos modos, Malvina, tu situación no tiene nada que ver con la mía. Tú vuela en cuanto tengas oportunidad. Eres una niña y la vida es muy bonita fuera de la verja de esta casa...

Ya tenía la confirmación de que Duncan era diferente, no era una persona como su mujer, era más educado y amable.

Un rato después volvió Sienna. Miró el bizcocho unos segundos, pensé que iba a soltar algo, pero no, lo volvió a meter en el horno que ya estaba apagado y la ayudé a sacar las cosas de las bolsas y a colocarlas.

Ni hablaba, solo gesticulaba, era impresionante sentir ese mal aura que llevaba sobre ella, me daban ganas de cogerla por el cuello para que dijera algo, aunque fuera feo, vaya horror de mujer.

—Si has cumplido ya con tus obligaciones en el resto de las estancias, ayúdame con el puré de verduras. Ve pelando y cortando —rebuznó aquella asna...

—De acuerdo —dije, sin siquiera mirarla...

—Córtalo todo en taquitos iguales. Soy muy maniática para esas cosas —soltó.

—¡Era la leche! Cortarlo todo igual para luego pasarlo por la batidora. Aquello era "más inútil que la p de psicólogo" pero callé. No quería guerra...

A la hora de la comida comí junto a Isla y el pequeño, Sienna ni se sentó, tampoco le preguntamos el porqué, de todas formas, ella comía a deshoras y estaba todo el día picoteando, se le veía ansiosa todo el día.

—¿Te gusta el puré, pequeñín? —le pregunté.

—Sí, está muy bueno, gracias —dijo él haciendo alarde de la buena educación que estaba recibiendo.

—Come muy bien mi niño, ¿verdad? —le dijo Isla, que lo trataba con todo el amor del mundo, ¡y con más!

—Isla, guarda un poco las distancias, por favor —le dijo —Vale que lo trates con familiaridad, pero no es "tu niño". Es el hijo de los señores. Con eso no te digo nada y te lo digo todo...

—De acuerdo —dijo ella, con cara de resignación.

No había duda de que había que armarse de paciencia para lidiar con aquella mujer tan rancia y amargada. Nada de lo que hiciéramos le parecía bien. Daba náuseas...

Tras la comida me quedé sola en la cocina. Ella solía irse a su cuarto a descansar, ya que por la noche se encargaba de todo y yo me iba a las cinco.

—Espero que antes de irte dejes todo "limpio como la patena" —dijo. No quiero encontrarme nada raro después. No me gustan las sorpresas.

—Así será —respondí de nuevo sin mirarla...

Pero lo prefería, ese momento soledad valía millones, tenerla fuera de mi alcance me hacía sentir cómoda y relajada.

Tenía ganas de salir, pero la última hora no pasaba, mira que hacía cosas, puse lavadoras y extendí ropa, pero nada, el reloj no avanzaba o yo corría demasiado, cosa que no era posible pues yo iba con todo con calma, no me iba a fustigar tampoco.

Duncan entró a la cocina saludándome y me pidió un café, por supuesto se lo hice.

—Es un poco difícil aguantar a Sienna —dijo ante mi asombro —pero con no hacerle caso, es suficiente —sonrió.

—Bueno, yo vengo a trabajar, tampoco a hacer amigas —sonreí.

—Buena filosofía, así te irá bien en la vida —dijo con amabilidad sin dejar de medio sonreír —No sabía que eras la hija de Gilroy y Davina.

—Sí, son mis padres.

—Muy trabajadores y honestos...

—Sí —sonreí.

—Todo el mundo los aprecia y eso no es fruto de la casualidad. Y luego está lo de sus deliciosas empanadas, que merecen un capítulo aparte...

—Sí, son únicas. Muchas gracias...

—No tienes por qué darlas. Estoy describiendo a tu familia, sin poner ni quitar nada...

—Gracias, pero siempre gusta escuchar hablar bien de los padres de una...

Le puse el café y se lo tomó mientras leía algunos documentos y yo seguía haciendo mis cosas.

—Espero que no te moleste mi presencia... No quiero importunarte. Tú a lo tuyo, por favor —dijo.

—No, por supuesto que no. Además, es su casa, por favor... Faltaría más...

—Sí y el caso es que la cocina es mi lugar predilecto —dijo. ¿Es agradable o solo me lo parece a mí?

—No, no es cosa de usted. A mí también me lo parece —dije, mientras seguía a mis labores.

—No, por favor. No me llames de usted... No es necesario. Me siento más cómodo cuando me tutean, sobre todo en mi casa...

—Por supuesto. Intentaré acostumbrarme...

Me ponía nerviosa su presencia. Me imponía mucho y hacía volar mi imaginación de una forma tremenda. La verdad es que era un tipo de lo más atractivo y cuanto más lo miraba, más convencida estaba de que era un desaprovechado al lado de esa mujer.

En un momento dado se levantó y se fue de la cocina. No sin antes despedirse, volviéndome a dar algo de conversación...

—Supongo que tendrás ganas de que den las... cinco, ¿es esa la hora a la que te marchas?

—Sí, justamente...

—No parece que haya demasiado que hacer por aquí ya. En esta casa se limpia sobre limpio, creo yo, pero bueno —se encogió de hombros...

—Sí, bueno. Terminó de hacer unas cosas y ya me voy.

—Ok, te deseo una buena tarde. El día está formidable y salir a la calle en tardes así es todo un regalo.

—Así es, muchas gracias.

—Hasta mañana, Malvina.

—Hasta mañana, Duncan —dije....

Y además de guapo, amable y cercano. Me había encantado su advertencia sobre la bruja de Sienna. Me reí pensándolo mientras terminaban algún quehacer tonto, por terminar de "matar el tiempo". La tarde me esperaba allí afuera.

Capítulo 4



Salí del trabajo y me fui a una pastelería en la que había quedado con Brenda para tomar un café.

—Hombre, hoy traes mejor cara —dijo sonriente sentada en la terraza.

—Calla, cada día se me hace más cuesta arriba —puse los ojos en blanco mientras me sentaba.

—Pues solo llevas dos días —negó con la cabeza riendo.

—Eso es lo peor, que no creo que pueda llegar a cumplir un mes —puse cara de resignación.

—Más te vale, por tu sueldo, no la cagues —reía.

Vino la chica y nos atendió, pedimos unos cafés y algo de bollería.

Brenda comenzó a contarme algunos cotilleos de su trabajo, yo le hablaba del mío, además de lo que pensaba de cada uno de ellos.

—Duncan creo que está falto de un buen polvo —dijo sin pelos en la lengua, como ella era.

—No me puedo creer que hacerlo con esa mujer sea divertido o gratificante, así que estoy de acuerdo con tu teoría —sonreí.

—Es así, ese matrimonio se aguanta de cara a la sociedad. Eso no es ni matrimonio ni nada, ahí se mueven por interés. Es mera cuestión de dinero y patrimonio.

—Pero todo es de él...

—Sí, pero ella es hija de un matrimonio también muy acomodado, de una muy buena familia, así que, seguro que se casaron por intereses sociales, algo de eso hay, no me cabe duda.

—Y qué pasa, ¿que la payasa esa era la única hija de una familia importante en su clase social?

—Obvio que no, pero algo hay —mordisqueó el bollo.

Pues algo tenía que haber, pues amor estaba claro que no, además juntos eran bloques de hielo, no derrochaban ni la más mínima muestra de amor.

Después de la merendola nos fuimos a pasear un poco. Estábamos buscando un regalo para mi madre que ese día era su cumpleaños y no me decidía por nada para comprarle, como siempre todo lo dejaba para última hora...

Al final me decanté por un bolso veraniego, era muy bonito, se veía cómodo. Su forma era de mochila que era como le gustaban.

Mi hermano llegaba para cenar esa noche con nosotros, se quedaba aquí hasta el día siguiente y se iba por la noche, había pedido el día libre, nunca fallaba para la cena de cumpleaños de cualquiera de mis padres.

—Vendrá tu hermano como todos los cumpleaños, ¿no?

—Sí, claro, no tardará en llegar. La verdad es que cada vez siento más no haber hecho lo mismo que él. Estudiar y prosperar...

—Bueno, tampoco es para tanto.... —dijo.

—¿Lo dices en serio? —pregunté —Solo tienes que ver su vida y la mía. La diferencia es bestial...

—Bueno. Algo de eso hay, pero lo dices como si ya no tuviera remedio, cuando lo cierto es que tienes veinticinco años y toda la vida por delante.

—Sí. En cuanto tenga ocasión, me marcaré objetivos y dejaré esta vida atrás...

—Espero que eso no incluya a tus amigas —dijo, mientras me daba un abrazo...

—Eso nunca y lo sabes, personajilla. En la vida...

Acompañé hasta su casa a Brenda, quedamos en vernos al día siguiente.

La tarde estaba espléndida e invitaba a un buen paseo, pero ya no me quedaba demasiado tiempo.

Por el camino me encontré a una vecina con una fama descomunal de cotilla.

—Malvina, he escuchado que estás trabajando en casa de los McLarcon —dijo.

—Así, es, ¿por?

—Solo una cosita, ¿es verdad que la señora es tan arpía como se dice?

—En absoluto, es un encanto. De lo más atenta y cariñosa —contesté, pensando que a aquella no le tenía que importar un bledo cómo era en realidad "la arpía mayor del reino"...

Caminé hasta mi casa que estaba un poco más alejada, pero a unos minutos a pie, aproveché para ir a la costurera a recoger una falda que le había encargado, la había visto en una revista y conseguí una tela de lo más parecida.

—¿Te ha gustado entonces el resultado? —preguntó.

—No me ha gustado, me ha encantado —contesté —Tienes unas manos para embalsamarlas, vamos... No hay otra costurera igual en muchos kilómetros a la redonda.

—Tú siempre tan atenta y educada, con una palabra bonita en la boca para los demás. Recuerdo cuando venías de pequeña con tu madre, a encargar los vestidos...

—Sí. Era "un piojo" y ya me encantaba revolotear por tu taller y llevarme algún trozo de tela que hubiera sobrado...

—Para vestir con él a tus muñecas —ya lo recuerdo... ¡Y mírate ahora! Te has convertido en una mujer bellísima...

—Eres muy amable, no creo merecer...

—Mereces eso y mucho más, mi niña —dijo. Y, por cierto, sé en la casa que has ido a caer. No quiero ponerte mal cuerpo, pero límitate a trabajar y procura no hacerte notar...

—¿Por qué me lo dices?

—Tengo entendido que no es una familia fácil, la gente habla... Espero que, al menos, te traten bien...

—Sí, no tengo queja del trato. Bueno, tú sabes, unos mejores y otros peores, pero supongo que como en todos los sitios...

Salí de allí pensando en las palabras de aquella buena mujer, conocida de toda la vida y que me quería bien...

La falda había quedado preciosa. Era corta, con tres volantes, la quería estrenar el sábado cuando saliera con Brenda, además que tenía pensado hasta la camiseta que me pondría.

Tenía muchas ganas que llegara ese día. Me lo pasaba genial con mi amiga y el ambiente que había en la ciudad los fines de semana. Aparte, ahora más que nunca necesitaba desconectar.

Al llegar a casa estaba mi hermano...

—Hermanita, ¿son mis ojos o cada vez estás más guapa? Los debes tener a todos como locos,

revoloteando a tu alrededor. Eres la sensación del momento, estoy seguro...

—Anda ya. Tú sí que tienes buen aspecto. El aire de Edimburgo te ha sentado fenomenal...

—No te digo que no. Es una vida distinta y bueno, la independencia que te da el salir de casa, las tablas que coges...

De repente guardó silencio. Creo que fue consciente de que, cuanto más hablaba de lo estupenda que era su vida, más pequeña parecía la mía.

—Malvina, sigo pensando que puedes llegar a hacer lo que te dé la gana. Llegar tan alto como te propongas. Vales para eso y para más. Dime que eres consciente.

—Lo soy, Kirk, lo soy —sonreí, algo triste.

Un rato después, llegaron mis padres que se alegraron mucho al ver a Kirk. Se les saltaron las lágrimas de la emoción a los tres, hasta a mí que ya llevaba un rato con él, pero ver a todos de esa guisa, me hizo emocionarme también.

Le dimos los regalos, le gustaron lo de los tres, aunque era muy conformista y feliz, con terneros a su lado ya le sobraba todo.

—Siempre es estupendo volver a casa. Parece como si acabara de irme ayer —dijo Kirk, al ver la alegría de mi madre.

—Para mí, sí que es una alegría tener a mi familia al completo a la mesa —dijo ella, con lágrimas en los ojos y loca de contenta con sus regalos.

La cena la pasamos charlando. Luego comimos una tarta pequeña que hicieron mis padres en la panadería, mi madre soplaría sus velas, cumplía cincuenta y cinco años, la misma edad que cumplió mi padre tres meses atrás.

—¡Pide un deseo, mamá!

—Ya está pedido, mi niña, ya está pedido —dijo ella, justo en el momento en el que soplabla.

—¡Captada y al Facebook ahora mismo! —dije...

—Malvina, cariño, sabes que yo no soy de esas cosas, de las redes esas...

—Pero yo sí y quiero presumir de madre guapa y joven. Te etiqueto Kirk.

—Marchando, dijo él... mientras abría su Face para ver el resultado...

Mi hermano comenzó a hablar sobre una chica, Layla, peluquera en su propio negocio que al parecer le iba genial y con la que Kirk comenzaba a tener una ilusión.

—¿De verdad estás muy ilusionado con ella, hijo? —preguntó mi madre.

—Mucho, mamá. Creo que va todo "viento en popa". Y desde el primer momento tenemos un rollo estupendo. Es la primera vez que intuyo que esto va para largo...

—No sabes lo que me alegro, hijo. No me malinterpretes. Sé que te vales divinamente por ti solo y que no necesitas absolutamente a nadie a tu lado, pero la vida con amor es más bonita...

—Claro que sí, hermanito. Yo también me alegro. Por primera vez y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con papá y mamá. Espero que te salga fenomenal...

—Y que nos la traigas pronto —añadió mi padre...

—Eso, eso, que yo tengo que darle "el visto bueno" a mi cuñadita —dije.

Ya estábamos todos impacientes por conocer a esa chica que había robado el corazón de mi hermano, así que le hicimos jurar que la próxima visita sería con ella, que la tenía que traer a casa, cosa que dijo que, si seguía así, la traería.

Para mi hermano decir eso ya tenía que estar colado por ella, pues era de lo más reservado, nunca nos presentó a nadie, aunque yo sabía de algunas con las que había estado en Inverness.

En cualquier caso, fueron una aventura de una o dos noches, jamás habló de nadie y menos de forma especial, pero ahora era distinto, hasta su mirada lo era y algo me decía que estaba naciendo algo serio entre ellos.

Mis padres estaban felices, sus caras eran el reflejo de ello, tenernos a los dos junto a ellos le producían una felicidad que era palpable.

Mi hermano era igual, apegado a nosotros, a pesar de vivir fuera no había día que no llamara o mandara algún mensaje diciendo cuanto nos quería o nos echaba de menos.

—La noche fue perfecta. Nos acostamos cerca de la una de la mañana, me despedí de mi hermano pues cuando me levantara el estaría durmiendo y cuando volviera ya se habría ido.

—Hermanito, estas visitas tan cortas, no pueden ser. Te echo de menos y necesito disfrutarte más a menudo...

—Prometo venir con mayor frecuencia e intentar quedarme más. En esta ocasión es imposible...

—Te tomo la palabra y, con respecto a lo de tu chica también, ¿eh? Recuerda que "lo prometido es deuda"....

Me acosté feliz de haber visto a mi hermano. Siempre había sido un gran apoyo para mí, muy protector, pero a la vez me tapaba en muchas cosas ya que yo era mucho más impulsiva que él.

Kirk venía una vez al mes, siempre en fin de semana, pero claro, cuando era un cumpleaños o acontecimiento importante siempre venía fuera el día que fuera, pero no fallaba, como ninguno de nuestra familia, para lo bueno o lo malo éramos una piña.

Estaba agotada, pero sin saber la razón, me costaba mucho coger el sueño, era increíble que los dos días que llevaba en aquella casa me produjeran tal sensación de malestar por las noches, esa mala energía que me transmitía Sienna, no era otra cosa más que esa.

Desde luego que era una bruja, ¡anda y que la zurcieran! Intentaría que no me afectara. Tenía que hacerlo o me habría ganado la batalla, aunque entre ella y yo lo que se había establecido era una guerra.

Estaba deseosa de que llegara el sábado, de salir, beber, desconectar de la bruja, del trabajo, de ese que me iba a ser pesado todos los días que permaneciera en esa casa.

Empecé a whatsapppear con Brenda.

Yo: "El sábado la liamos sí o sí".

Ella: "De eso no tengo ninguna duda. Contando las horas. Pienso ponerme monísima. Ya he elegido un vestido que tengo sin estrenar de las rebajas..."

Yo: "Pues en mi caso llevaré la falda que te comenté que me estaba haciendo la costurera. La he recogido esta tarde y es una monería".

Ella: "Muy bien, pues la estrenas y ya me la dejarás"...

Nos despedimos y empecé a contar ovejitas... ¡cielos no había forma de dormir!

Capítulo 5



Desperté y me sorprendí al ver a Kirk en la cocina preparando el café.

—Buenos días ¿Qué haces levantado tan temprano? —le di un beso en la mejilla mientras sonreía, me había hecho feliz verlo ahí.

—Poner a mi hermana preferida su desayuno —me hizo un guiño.

—Vamos, la única que tienes —negué riendo.

—Pues con más vera la tengo que cuidar —me puso el café y las tostadas sobre la mesa.

—Y yo que me dejo querer y de forma feliz —sonreí.

El desayuno fue rápido, ya que me tenía que marchar para el trabajo. Kirk se ofreció a llevarme en su coche, estaba cerca a quince minutos andando, pero eso que me ahorraba y tenía más tiempo para hablar con él.

—No estás nada contenta en esa casa, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas... Pero es lo que hay. Ya llegarán tiempos mejores.

—Eso no lo dudes. La vida está llena de maravillosas oportunidades, hermanita. Y tú tienes una cabeza privilegiada, no lo olvides...

—No lo olvidaré, Kirk. Y no hace falta que te repita que me encanta tenerte en casa...

Llegué y me cambié, al entrar a la cocina escuché a Sienna decirle algo a Duncan.

—Y ya sabes que estaré callada, pero que no me toquen la moral que hago saltar a la palestra todos los entresijos —dijo enfadada y yo me paré antes de entrar con disimulo para escuchar.

—Estoy muy cansado de todo, ya me estoy pensando el ser yo el que haga estallar todo —dijo saliendo de la cocina enfadado y chocándose conmigo —Perdón —se echó hacia un lado para que yo pasara.

—Me quedé "más mosqueada que un pavo escuchando una pandereta" con lo que acababa de escuchar...

Cogí aire y entré. La cara de la bruja era de sofoco, rabia e impotencia, estaba que iba a estallar, hasta la vena del cuello la tenía de lo más hinchada.

—Hoy tengo que pasar el día en la ciudad comprando y haciendo gestiones, te dejo a cargo de la comida, ahí tienes todo —se quitó el delantal y lo tiró sobre la silla, luego salió de allí para su cuarto a cambiarse.

Joder, pues sí que estaba el tema calentito en la casa...

—Ok —dije, por toda respuesta.

—Y si eres capaz, que llegue yo y algo no esté bajo control, que entonces...

Ese tono amenazante de Sienna, no ya conmigo, sino con Duncan, no sabía a qué se refería, pero como ya había pensado con anterioridad, allí "se cocían habas" y no precisamente comestibles, de esas difíciles de digerir, no sabía que era, pero gordo tenía que ser.

No daba crédito a lo que había escuchado. Aquello como "el mundo al revés...". No me lo

podía quitar de la cabeza.

Me puse a hacer la comida y no tardo en aparecer Isla.

—¿Se fue la amargada? —preguntó ante mi asombro, en flojo.

—Sí —sonreí.

—No la aguanto, que mal rollo me da, sino fuera porque no tengo otra cosa la iba a aguantar su madre, en caso de que tenga, pero es tan hermética que cualquiera sabe qué hay detrás de esa mentalidad tan retrógrada —suspiró —¿me invitas a un café?

—Claro —sonreí.

—Te juro que me desespera, te lo juro —se puso las manos en la cara apoyada sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde que nació Lain, me contrataron para ello, lo que pasa es que al final terminé ayudando con el niño y limpiando la casa, acepté ampliar pues necesitaba el dinero.

—Entiendo.

—No es fácil vivir aquí, no lo es —ella era interna —pero no tengo casa, ni vida, ni nada. Bueno, ahora tengo los ahorros de estos cinco años, pero no puedo irme, con ellos y sin trabajo tampoco haría mucho. Necesito reunir más para pagar un alquiler, tener un buen remanente y buscar otra cosa. Y luego está el tema del niño, pero finalmente me tendré que ir...

—¿No tienes familia?

—No, además al morir mi padre me quedé peor de lo que estaba, tuve que pagar una deuda de un préstamo que pidió a mi nombre y que acabé hace poco, por eso no he podido ahorrar mucho, si no hace tiempo que me hubiera ido.

—Te entiendo —respondí con tristeza poniéndole en café.

—Sienna es mala, no sé lo que pasa, pero tiene a la familia cogidos por los huevos, entre esa y Alison, me roban toda la paz...

—No me extraña... —dije.

—Una todo el día con esa cara de asco y la otra con una prepotencia que es para colgarla de un árbol como a las brujas —resopló —Me da una pena de su hijo tremenda, no se merece una madre así.

—Pues sí, se ve un encanto de niño.

—Duncan también, pero no sé qué demonios le pasa, no reacciona, o no parece al menos que haga nada, pero es tan impasible a todo, no sé, creo que hay algo ahí que lo mortifica y no le deja hacer frente.

—Yo llevo poco aquí, pero veo todo como tú...

—Sienna es la que lleva el control de todo, te lo digo yo, hace y deshace como le da la gana y no respeta a los señores, lo que pasa que Alison es una hipócrita y hace la que no va con ella.

—Es todo de lo más extraño...

—Sí, sí, jamás he trabajado en una casa en la que las cosas funcionaran como aquí. En ninguna. Esto es horroroso...

—Me lo estás pintando bonito...

—No es la primera vez que te lo digo. Esto es de un "chungo" que contagia... Vete de aquí en cuanto puedas y no mires atrás...

—No lo dudaré. ¿Me crees si te digo que es como si no me pudiese dormir por las noches del mal rollo que me da todo esto?

—Claro que te creo —contestó ella. Pues imagina si, en vez de terminar e irte a casa, vivieras aquí como yo...

—No puedo ni imaginarlo...

—Pues te lo cuento yo. Es como si tuvieras una sombra gris todo el día encima. A mí lo único que me da alegría es el pequeñito, que tiene todo el arte. De no ser por él habría cogido una depresión aquí.

—Y yo no sé lo que tendrá la bruja esa para chantajear a los señores o lo que sea, pero que también lo pague con nosotras es el colmo...

—Muéstrale indiferencia total. Es como más odia y lo que la deja desconcertada del todo. Es lo que procuro hacer yo y la descoloco.

—Pues sí mira, mis padres siempre me han enseñado que "no hay mayor desprecio que no hacer el menor aprecio". Yo a partir de ahora a lo mío —dije.

Estuvimos charlando un rato y luego se fue, aproveché para poner la comida, a la mesa solo se sentaron Duncan y su hijo, de su mujer ni rastro.

—Está todo exquisito, Malvina. Veo que tienes la misma buena mano para la cocina que tus padres —dijo, con esa elegancia y educación que le caracterizaban.

—Gracias —dije.

—Ya hemos hablado de que Sienna no es precisamente un dechado de virtudes, pero, si en algún momento te incomoda demasiado, me lo dices y a ver qué puedo hacer —dijo.

—Es muy amable, gracias —volví a decir... —Fue entonces cuando reparé en lo que me quería decir —Vale, vale, eres muy amable. Es que me cuesta mucho, lo siento...

Duncan hablaba con los ojos. Por un momento lo imaginé fuera de aquella casa, con otra vida y se me antojaba como un hombre extraordinario. Lo único que allí parecía otra víctima del mal rollo reinante.

Ese padre se veía volcado con su niño. Era cariñoso, bromista, charlatán, reinaba algo muy bonito y sincero entre ellos, era diferente a su forma de ser con Sienna o su propia mujer.

Aunque pensándolo bien, aquellos dos "regalos" de mujeres eran como para colmarlas de atenciones, vaya... Normal que el hombre mostrara indiferencia... En realidad, eran para potarles encima...

Volví a poner mis ojos en aquella mirada adorable. Era imposible no reparar en el cariño con el que se dirigía a su hijo...

—¿Has pensado ya en el regalo que quieres que te compre por estar portándote tan bien estos días? —le preguntó.

—No, todavía no lo sé...

—Hijo mío, eres de un indeciso —dijo, riendo...

—Papá me va a comprar un regalo, Malvina —dijo, con su graciosa media lengua...

—Pues ya tienes que elegir lo que más te guste, chiquitín —saqué la lengua y él se echó a reír...

—Veo que tienes mano con los niños —dijo Duncan...

—Bueno, me encantan, eso sí y creo que se me dan bien, es verdad. De todos modos, el tuyo es un encanto...

—Sí, que es muy bueno, sí. El regalo es porque establecemos una serie de objetivos que dan puntos... Y al final suman para un regalo...

—¿Qué tipo de objetivos? —pregunté.

—Lain se lava los dientes, se porta bien al irse a dormir, no juega con la pelota dentro de casa —explicó el chiquitín en una jerga que era para caer rendida de amor...

—Bueno, creo que yo no lo habría explicado mejor. Ya sabes algo más sobre nosotros —dijo.

A partir de ese momento no seguimos hablando y yo me limité a hacer mis cosas, respetando su intimidad, pero notaba que se estaba creando una corriente de confianza entre nosotros...

Cruzamos las miradas varias veces. Parecía como si me quisiera decir algo con ella, pero yo no podía mantener mis ojos en los suyos, me ponía de lo más nerviosa, era impresionante lo que me imponía ese hombre...

Tras la comida se retiraron y recogí todo, estuve preparando la cena para cuando llegara Sienna no tuviera que hacerla. De haber sido otra persona se la dejaría ahí y que se buscara la vida, pero como disponía de tiempo y era mi manera de ser prefería hacerlo y al menos ir en paz con mi trabajo ya que una cosa no tiene que ver con la otra.

Isla me había dejado helada, en shock para todo el día, además que todo me coincidía ahora, esa autoridad y modales que se permitía Sienna, era más allá de una relación laboral.

¿Qué estaría ocurriendo en aquella casa? Mi curiosidad se puso "en modo on"...

A la salida estaba Duncan en el jardín con el pequeño que me decía adiós feliz y sonriente. Yo también le levanté la mano y le saqué la lengua, produciendo una risa en él y una sonrisa en Duncan que afirmaba diciendo adiós.

—Adiós Malvina, mañana vienes otra vez —me dijo con su manita.

—Por supuesto chiquitín, mañana vengo y te veo.

Esa mirada, la de su padre, en esa mirada había algo y eso no podía quitármelo de la cabeza, además de confirmarme Isla, muchas cosas que yo creía y que había sacado, en conclusión.

¡Buena era yo! No pararía hasta enterarme de "qué se estaba cociendo en aquella casa". No era para nada cotilla y, es más, odiaba a las personas que lo eran, pero aquello constituía todo un misterio.

Y, en lo concerniente a los misterios, ya era "harina de otro costal". Ahí me salía a la "pequeña Sherlock Holmes" que llevaba dentro y no paraba hasta dar con la clave.

Iba totalmente ensimismada en mis pensamientos hasta el punto de que no vi venir una bicicleta que casi me atropella. Él iba demasiado rápido y yo demasiado despistada.

—Lo siento una barbaridad —me dijo el ciclista, pálido todavía por el susto.

—No te preocupes, creo que íbamos metiendo la pata los dos. Discúlpame también...

—Pues menos mal que no ha ocurrido porque habría sido una verdadera pena atropellar a una belleza como tú —dijo.

—Gracias, eras un encanto —dije, reparando en que también era guapísimo.

Nos despedimos y seguí andando. Lo curioso del caso es que, en cualquier otra ocasión, me hubiera quedado pensando en aquella monería de chico y, sin embargo, en mi cabeza estaba el rostro de Duncan.

Capítulo 6



Ese día seguí muy en shock por todo lo descubierto, que no era más de lo que yo veía, pero de que atrás había algo, lo había y cada vez estaba más segura.

Me fui para casa de Brenda, tenía ganas de pasar la tarde ahí relajada con ella.

—Te juro que hoy mato a alguien —dijo sofocada.

—Relaja, ¿Qué te pasa?

—Williams, que ahora está de lo más meloso por mensajes con esta vuelta a Inverness, creo que se piensa que va a tener el conejo de nuevo unos días y luego patada que te crio.

Williams era el chico con el que estuvo el verano anterior, unos días, cuando él volvió por un tiempo de Edimburgo y luego se fue, dejando aquí a Brenda con el corazón partido y ahora podría hacerlo de nuevo, me lo estaba viendo venir.

—¿Y se lo vas a poner fácil? —pregunté con ironía.

—No lo quiero ver, no lo quiero ver, paso, espero que no aparezca por el supermercado.

—Venga Brenda que nos conocemos, que en cuanto se deje caer por Inverness estás rendida a sus pies —dije tirándome en el sofá.

—No sé para qué te cuento nada —dijo en tono de enfado e indignación.

—Luego dices que no lo quieres ver, pues anda que no estás afectada ¿Te hago una tila?

—Una mierda, ese tío me hizo mucho daño.

—Y te lo volverá a hacer como sigas así —resoplé —¿no te das cuenta del poder que ejerce sobre ti?

—Pues no —dijo en un intento de hacerse la chula.

—Te dejó muy tocada, te costó mucho superarlo y mira ahora, estás como hace unos meses, en un estado de nervios y luchando contra lo que deseas, pues a pesar de todo, estás loca por verlo.

—Sí, joder —se sentó en el sofá de lado y puso la mano sobre su frente.

—Pues mira ¿sabes que te digo?

—Dime —levantó la cabeza.

—Tan jodida estarás sin verlo, como viéndolo, así que queda, te das una alegría para el cuerpo y ya luego si eso, seguimos llorando —dije cogiendo un refresco del frigo.

—También te digo una cosa, él se fue porque su vida ahora la tiene allí; su trabajo y su casa y vino para ver a la familia como todos los años, que no se fue por abandonarme.

—Claro, ni que Edimburgo estuviera a seis horas —resoplé —si le hubiera interesado, habría venido algún fin de semana o te hubiera dicho de ir tú, además, si ahora dices eso ¿por qué lo maldijiste tanto y te quejabas de lo cerdo que fue?

—Yo que sé, ahora se volvió a acordar de mí —se puso las manos en la cara.

—Claro, debe ser lindo ir de vacaciones y saber que una mujer te espera dispuesta a entregarte lo que le pidas —negué con ganas de matarla.

—¿Entonces qué hago?

—Pues lo que te he dicho, disfruta y luego ya lloraremos, así de sencillo, alegría para el cuerpo, ya la quisiera yo, estoy quedándome atrofiada —exageré.

—Me estoy quedando loca, te juro que me esperaba de todo menos a Williams volviendo y encima haciéndomelo saber.

—A ver qué te dijo exactamente —me quedé apoyada en el quicio de la puerta.

—Que viene en estos días y que le encantaría invitarme a cenar...

—Al menos es sutil —reí —¿Y qué le contestaste?

—Que solo me tenía que decir una hora y un sitio.

—Yo te mato —solté una carcajada —Yo te mato.

—¿Qué le hubieras dicho tú?

—Pues le hubiera puesto un Ok y listo —negué.

—¿Quedé como ansiosa? —preguntó preocupada.

—Solo un poquito —aguanté la risa.

—Eso es que la he cagado, directamente, todo lo hago mal, ¿le digo ahora que se lo curre y a tomar por saco?

—Déjalo, no toques más el móvil que vas a empeorar las cosas, tú relajadita y portándote bien —dije en tono irónico, me moría con Brenda, era tan ella, que no podía existir en el mundo un clon de ella.

—¿Y qué te pondrías para esa cita?

—Yo a ti te mato, te lo juro, ¿quieres no hacer que todo gire alrededor de él? —resoplé.

—No puedo, quiero, pero no puedo.

Era para matarla, una niña de quince años, a pesar de tener veinticinco, a pesar de que ya tenía el antecedente de Williams, pero claro, el amor y el corazón no entienden de otra cosa.

—Y una cosa te digo, te "dejo" que lo veas, pero solo si recuerdas que es un "tóxico" de mucho cuidado. Vamos que es "de usar y tirar" como los pañuelos de papel...

—Vale, un "aquí te pillo, aquí te mato" y nada de pensar en futuro, tomo nota...

—Pero toma nota de verdad, que te conozco, y como te vuelvas a quedar colgada de él, esta vez no voy a venir con el helado de chocolate, que me tenéis ya muy hartita los dos...

—Vale, mamá, te haré caso —dijo, echándose a reír y loca ya con la idea de su cita.

Estuve con ella hasta después de cenar, habíamos pedido unas pizzas y cenamos juntas charlando y contando los días para el sábado, ya quedaba menos.

—Esto es vida. Sofá, pizza y charleta con mi mejor amiga —dijo Brenda...

—Te veo muy contenta. Cualquiera diría hasta que tienes un polvo pendiente —le dije, haciéndome la tonta...

—Sí, hasta eso —dijo... Anda, come y calla. Que estás más mona calladita...

En aquellos momentos, con mi amiga y pensando en pamplinas, conseguía olvidar la pesadilla aquella que tenía por trabajo.

—Te veo más contenta —dijo —¿Se te va pasando ya el berrinche por las joyitas esas de mujeres que hay en la casa? —preguntó.

—Sí, ya lo voy toreando un poco mejor. A ver, siguen siendo las mismas, pero yo procuro pasar. Ahora, que te digo que allí hay un tomate que no veas...

—Sí, ¿verdad? Siempre lo he pensado. Cierto es que la gente habla mucho pero también normalmente, "cuando el río suena, agua lleva"... —dijo Brenda.

—Sí. Isla, va soltando prendas que me da a entender que aquello es "la boca del lobo" y luego

está lo de Sienna, que eso sí que me deja patidifusa...

—¿Qué exactamente?

—Pues el despotismo con el que se permite dirigirse a Duncan. Allí parece que es ella quien maneje el "cotarro"...

—¿Tanto?

—No lo sabes tú bien, si hasta la he escuchado amenazarlo....

—¿Amenazarlo? Vivir para ver...

Pero ¿por qué debería él dejarse amenazar por una empleada? Si a mí me pasara eso la pondría inmediatamente "de patitas en la calle"...

—Tú y cualquiera con dos dedos de frente, pero ella sabe algo que estoy segura de que compromete a la familia. Por eso él consiente.

—Hombre, eso sí, no creo que lo haga de buen grado...

—No. Los escuché discutir. Él estaba enfadado, pero aun así consiente. Esto no hay quien lo entienda...

—Desde luego que no —dijo ella, perpleja —Pues si la bruja esa es "la que dirige la orquesta", más vale que se vaya quedando una vacante en el supermercado...

—Dios te escuche, aunque también te digo que, si no, otra cosa va a salir, pero yo ahí no me puedo quedar mucho tiempo o se me van a erizar hasta los pelos, como si hubiera metido los dedos en el enchufe...

—De la mala onda que hay, te entiendo... A ti lo que te hace falta es venirte a trabajar conmigo...

—Claro que sí. Y otra cosa más, el día que encuentre algo estable y que me deje más tiempo libre, meto la cabeza en los libros y no la saco hasta que tenga un título en la mano...

—Esa es mi amiga —dijo Brenda. Hacía tiempo que no te veía tan combativa y me encanta.

—Y tengo que contarte otra cosa. Duncan es de lo más amable conmigo. No imaginas lo bien que me trata. Él no tiene nada que ver con la bruja ni con su mujer...

—Cuenta, cuenta. Muchas mujeres matarían por tenerlo cerca. Por lo menos eso que ganas, porque encima podría ser un "callo malayo" y hasta querer meterte mano...

—Calla, calla, jodida. No me levantes el estómago.... Pues el caso es que, cuando está con su hijo y tal, me hace partícipe de la conversación y me siento fenomenal...

—Y a ti que encima se te caerá la baba con el pequeñajo, todavía ganas más puntos...

—Con el pequeñajo, también, pero créeme que más con el padre. Vaya hombre... Y además no es ya solo lo guapísimo que es... sino su manera de ser... tiene algo que atrae....

—¿Algo? Más bien diría que tiene "todo" que atrae —dijo Brenda —Está como un queso, y tiene una sonrisa para perderse en ella y unos labios... de lo más....

—De lo más "besables", ¿a qué sí? Eso es lo que pienso yo...

—Lo que piensas tú y lo que pensamos todas...

Me fui para mi casa andando tranquilamente, la noche estaba perfecta, había gente paseando y tomando copas en los bares, se notaba ya cómo comenzaban a salir de sus casas y divertirse.

Me paré a saludar a una vecina (distinta a la de días atrás) que hacía tiempo que no veía. También me puso al día en diez minutos de todos los chismes de la ciudad, era increíble la capacidad que tenían algunas para enterarse de todo lo que pasaba en el pueblo, cualquiera le contaba algo...

—Malvina, tengo unas cositas que contarte que igual tú, como estás muy atareada, porque ya sé que estás muy atareada, no tendrás ni idea, pero verás...

Llegué a casa y mis padres estaban en el salón charlando, cariñosamente, tomando un vino como solían hacer una o dos veces a la semana, me encantaba verlos tan unidos y tan cómplices, el uno del otro.

Les conté lo de la vecina, nos echamos unas risas, mi madre la llamaba la "inspectora de Inverness", todo lo sabía o todo lo investigaba.

—De los casi cincuenta mil habitantes que habrá en Inverness, ella se sabe la vida de setenta mil, por los familiares que vienen de vez en cuando de muchos de ellos —dijo mi padre muerto de risa y produciendo una carcajada en nosotros.

—Me voy a dormir porque entre la inspectora y la Brenda, me han dado la tarde —volteé los ojos mientras negaba y me fui a mi habitación.

—Sí, hija, tienes cara de agotada. ¿Te hacen trabajar demasiado en aquella casa? Mira que ya se lo he dicho a tu padre, que si tú no te encuentras bien allí hay que buscar una solución...

—No te preocupes, mamá. Es difícil pero soportable. Tranquila...

—De todos modos, estoy totalmente de acuerdo con ella, Malvina. Si alguien te falta al respeto, lo dejas... Aunque no creo que sea Duncan, conozco a ese muchacho desde que era un niño...

—No papá, él es muy amable conmigo. Descuida. No hay mayor problema. Es solo que algunas de las personas de la casa sí son más complicadas, pero nada que no pueda sortearse con un poco de mano izquierda...

—Me alegra escuchar eso, hija y, si en algún momento la situación empeora, cuelgas la bata y te vienes para casa. Ni tu madre ni yo vamos a consentir que nadie te humille.

—Ya me conoces, papá. No me dejaría humillar por nadie...

—Eso es cierto, hija mía. Así te hemos criado y así estamos orgullosos de que sea...

Me acosté inmediatamente. No podía más, estaba agotada, física y psicológicamente, el día había sido largo y revelador, ya por hoy era suficiente.

A mi mente afloraron los recuerdos del día. El buen rollo de la cocina, la cara del pequeño, la sonrisa de su padre mirándolo y la armonía de la conversación entre los tres...

Por un momento pensé, que el día en el que tuviera un hijo, me gustaría que fuera como aquel y sonreí en la cama...

Capítulo 7



Por fin jueves...

Algo era algo, pero ya se podía oler a sábado por la tarde, ya era otro aliciente.

—Buenos días —dije entrando a la cocina.

Como siempre, Sienna se giró y me miró de arriba abajo para pasar de contestar, pero yo me la pasaba por las partes bajas, así que sonreía y hacia mi trabajo, su cara era incómoda, pero me daba igual ya, al final hasta me iba a acostumbrar.

A decir verdad, tenerla al lado era como tener a un perro rabioso, pero yo tenía todo el tiempo presente la conversación con Isla sobre el tema de la indiferencia y tal...

Me puse a fregar todo, parecía que me dejaba a maldada los platos de la cena, pero bueno que le dieran por saco.

—Empieza por esos platos sí. Y déjalos relucientes, ya sabes cómo me gustan las cosas... — soltó, a modo de primera provocación mañanera.

—Ok —dije por toda respuesta. ¿No la partiría un rayo?

Pasé toda la mañana preparando comida que ella me iba diciendo, estaba en la mesa con unos papeles rellenando algo, así se tiró hasta la hora del almuerzo, pero al menos estaba quietecita.

—Y esa receta la vas a hacer justo como yo la tenga apuntada. No me van las innovaciones y sabes que tampoco las sorpresas. No estoy yo para cocina de autor ni nada de eso...

—Ok —resoplé...

—"Las cosas bien hechas, Dios las bendice", así ha sido toda la vida y así seguirá siendo — continuó diciendo...

—Ok —volví a añadir, para su desesperación...

—Niña, podrías decir algo más que "ok", parece que te hubieran regalado la dichosa expresión...

—Ok —volví a contestar, haciendo que refunfuñara...

Cuando servimos la comida a Duncan y Alison en la cocina, ella se retiró a su habitación para dormir la siesta.

Por mi parte, "vi el cielo abierto". A ver si cogía "el sueño de San Juan" y me dejaba un poquito en paz, que me ponía loca...

El pequeño estaba fuera jugando con Isla, él ya había comido hacía rato.

Un silencio absoluto y desgarrador en la comida, para un matrimonio joven como ellos, de vergüenza, me sentí un poco violenta con la situación, yo seguí a lo mío recogiendo y con las comidas, pero aquel ambiente era cortante.

—Bueno —dijo ella levantándose y limpiándose la boca —me voy que he quedado para ir de compras con Romina, que vino de Italia y hemos dicho de pasar la tarde juntas y cenar por ahí.

—Claro —dijo sin levantar la cabeza Duncan, pasando de ella totalmente.

Alison salió con firmeza, como si fuera por una pasarela, iba tiesa y contoneando las caderas, para matarla, más tonta y se queda sola.

Duncan sonrió mirándome. Parecía que quería decirme que su mujer era insoportable o algo por el estilo, pero sonreí y asentí, en señal de que fuera lo que fuera, estaba de acuerdo.

—¿Quieres un café?

—Claro —sonrió.

Dios mío de mi vida, ese hombre tan irresistible y esa mujer tan estúpida, que mal repartida estaba la vida.

Recordé mientras hacia el café lo de que "Dios los cría y ellos se juntan..."

Eso no era así ni de coña, estos dos no pegaban ni a hostias, que esto era algo más frío que la relación entre las dos Coreas.

—¿Te estás adaptando bien? —preguntó cuando le puse el café.

—Bueno, poco a poco, pero no voy mal —Levanté la ceja.

—"Paciencia es la madre de todas las ciencias" —me hizo un guiño que por poco me derrito.

—Tienes razón —sonreí.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco —dije con timidez.

—Aún eres una niña —sonrió con ternura y a mí me dieron ganas de tirarme sobre él y enseñarle cuán niña era.

—No tanto, tengo un espíritu maduro —sonreí con ironía.

—No quise decir...

—Tranquilo, comparados con los cuarenta que debes de tener, imagino que soy una cría —dije a la yugular, con educación y dulzura, todo sea dicho.

—Treinta y cinco —carraspeó ofendido, pero sin perder su media sonrisa.

—Perdón, pero como te veo tan elegante —quise remediar el asunto.

—¿Me hace viejo la ropa? —puso cara de terror.

La verdad es que todo le quedaba de lujo, pero yo quería dañarle con mi respuesta al igual que el hizo con su comentario de que era una niña, pero ahora estaba preocupado por lo de la edad, es que "me había pasado tres pueblos", pero que se aguantara, se lo había buscado.

Si yo le hubiera dicho todo lo que pensaba de verdad, en aquella cocina hubiera habido fuego y eso sin tocar los mandos de la vitrocerámica.

Me preparé para volver al combate dialéctico. Aquello era lo más divertido que había vivido en mucho tiempo.

—No te hace viejo, pero suelen ser prendas a partir de los cuarenta, antes soléis ser más desenfadados...

—Siempre fui muy clásico —se encogió de hombros.

—Cada uno usa el estilo que más vaya con la personalidad, así que no te preocupes que hay muchos clásicos por la vida, los llamados pijos, por ejemplo —solté con sorna, eso de lo de niña le iba a costar muy caro.

—¿Me estás lanzando indirectas? —soltó una carcajada de verdad. Porque si es así, me gustaría saberlo...

—No, Duncan, disculpa, quizás me tomé más confianza de la que debía —ironicé.

—Tranquila, solo me hizo gracia, eres muy espontánea. Y, la verdad es que ya habrás comprobado que de eso no se usa mucho por aquí...

—Eso sí, por eso intento medir mis palabras...

—Pues no será hoy —volvió a reír. Pero vamos tú dale, que bueno es saber la imagen que uno proyecta...

—Intentaré que no pase —hice mi papel de arrepentida.

—Tranquila, a esa niñez me refería, esa espontaneidad que solo a tu edad se tiene...

¿Me estaba buscando o es que quería que le diera con otra más gorda?

—Claro, no podía pensar en otra cosa. De sobra es sabido que la belleza de las personas está en su mayor esplendor en la década de los veinte a los treinta años —dije en un intento de intento de improvisar con algún dato que le diera en su ego de la edad...

—Me estás llamando feo, poco resplandeciente, clásico y te quedas tan tranquila, esto es increíble —levantó las manos riendo con cara de incredulidad.

—¿Yo? Por favor, no pongas cosas en mi boca que no he dicho —dije haciéndome la víctima —por nada del mundo pensaría eso, cada uno es como es, no he querido ofenderte.

—¿Sabes una cosa, jovencita? Tu actitud es sorprendente...

—¿Y eso? —dije, intuyendo ya la respuesta...

—Pues porque normalmente todas las personas que se incorporan al servicio, y más bajo el mando de Sienna, están "derechas como palos" y tú, te balanceas que da gusto...

En este momento pensé que ya podía Dios libramme de tener un palo metido en el culo como la bruja esa...

—Bueno, reconozco que llevo una pequeña rebelde dentro que no es muy amiga de personas como Sienna...

—Ni como mi mujer —soltó él...

—¿Perdón?

—Nada, nada, cosas mías. Solo pensaba en alto...

Ese día si no salía despedida es porque Duncan estaba tan harto de mujeres que ya pasaba hasta de él, pero yo me estaba divirtiendo de lo lindo, aunque no lo mostrara y dejara mi rostro impasible a lo que estaba sucediendo, pero interiormente estaba muerta de risa.

—Déjalo, no intentes arreglarlo —reía —lo que tú digas va a misa y si soy un viejo clásico, que pasó la década de esplendor, pues lo acepto y no se hable más — dijo negando con una sonrisa de resignación.

Por otra parte, pensé que, desde luego, su mujer no es que pasara mucho tiempo con él. El efecto entre ellos era como el de un imán, pero, al contrario, en vez de atraerse, debían repelerse...

Yo no sabía ni por que había actuado así, pero es que era como una persona que sabes que está deseando soltar lo mejor de él, cosa que yo notaba, pero por lo que le rodeaba no podía...

Al mismo tiempo, reflejaba que no era como los demás, que tenía humor, sentido de la vida, no sé, yo lo veía diferente y me daba pena verlo de esa manera donde no hablaba por no ofender, o por no liarla...

Cuando Duncan salió de la cocina yo me quedé flipando. Lo cierto es que le había echado un pulso bueno y me había quedado con la miel de la victoria en los labios...

Isla no tardó en aparecer por la cocina.

—Os he escuchado a Duncan y a ti reír como jamás se había escuchado en esta casa. El sonido de la risa es maravilloso...

—Estoy de acuerdo...

—Pero ¿se puede saber qué es lo que le estabas diciendo a ese hombre?

—Pues una ensarta de tonterías de las mías, vamos del estilo de que si va vestido como un

carcamal y que parece que tiene unos añitos más de los reales...

—No me puedo creer. Tú eres una pequeña provocadora. Anda que no encierras nada, jovenzuela...

—Simplemente me gusta medirme con gente interesante y creo que Duncan lo es, lo que pasa es que su brillo está como apagado por la "mala baba" que se gasta en esta casa...

—Ahí te doy toda la razón. Yo aquí no he visto armonía en la vida. Y creo que has llegado como un soplo de aire fresco para él, como un pajarillo con alas, pero ten cuidado...

—¿Y eso? Pues porque pienso que, si Alison o Sienna, se dan cuenta de eso, tratarán de cortártelas...

—Razón no te falta, pero también te digo una cosa Isla, este no es precisamente el trabajo de mis sueños. De modo que tampoco estoy dispuesta a tener que morderme la lengua eternamente en él...

—Vale, vale, te entiendo. Tú actúa como te venga en gana y ya veremos por dónde sale el sol...

—Oye y estaba pensando, Alison no se deja caer mucho por aquí, ¿no?

—Nada y cada vez se les ve menos juntos. Incluso también se está distanciando mucho de su hijo. A ver, no es que haya sido en ningún momento "la madre del año" pero lo de ahora ya es de traca...

—Esa es la impresión que me da sí...

—Y no te equivocas... A su marido parece detestarlo, directamente, no le hace ni pajolero caso. Lo tiene simplemente como "un cajero automático". En cuanto al niño, tampoco parece ser "santo de su devoción"...

—Pobre, si es un angelito.

—Sí, ella lo utiliza para presumir delante de sus amigas, en las reuniones de madres y tal, pero, cuando vuelve a casa, lo deja conmigo y "si te he visto, no me acuerdo"...

—Vaya locura. Pienso en lo que ha sido mi madre conmigo y no puedo entenderlo...

—Ni tú ni nadie. Esta mujer es "fría como el hielo", pero ¿sabes lo que te digo? Que ella se lo esté perdiendo...

—¡Y tanto que sí!

Se perdía al niño y se perdía al padre pensaba. Anda que, si yo tuviera un marido así, lo iba a descuidar... Ni majara... Vivía Dios que no...

Terminé de trabajar y me cambié. Ya por fin solo quedaban dos días para el ansiado fin de semana que cada vez veía más cerca, pensaba pasármelo de muerte, disfrutar a tope con Brenda y cerrar todos los bares de la ciudad, pero esa noche íbamos a darlo todo.

Poner un pie en la calle sonaba a liberación cuando salías de aquella casa. Allí se respiraba un ambiente asfixiante.

Comencé a andar por la calle y no podía dejar de pensar en la conversación de aquella tarde en la cocina con Duncan y la sonrisa afloraba en mis labios...

Capítulo 8



Salí de allí con la sensación de haber sacado de Duncan una parte que le costaba mostrar, esa parte irónica y bromista.

Pensaba que, si nos hubiera pillado hablando así Sienna, se hubiera molestado y mucho, como me dijo Isla, pero bueno, a esa mujer le molestaba hasta que cualquier persona respiraba, llevaba un mal humor constante en ella que era como si fuera un airbag a punto de estallar.

En cuanto a Alison, supongo que hubiera pasado lo mismo y no porque tampoco le importara lo más mínimo su marido, al que parecía pasarse "por el arco del triunfo", sino por simple ego.

Duncan era un tipo atractivo. Tenía algo especial, daba pena ver cómo vivía encerrado en esas cuatro paredes rodeado de esas mujeres y lo peor de todo, al otro lado de la casa vivían sus padres y aún no los había visto...

Aquello era todo tan raro que yo me preguntaba que podría estar pasando para que la vida de ellos fuera de aquella manera. Todo "olía a chamusquina" que echaba para atrás.

Me comí un poco la cabeza mientras caminaba a darle el encuentro a Brenda en la cafetería.

—Siéntate que te tengo un chisme —dijo riendo nada más verme.

—A ver, sorpréndeme —dije mientras la camarera nos ponía el café que ya había pedido mi amiga antes de que yo llegara.

—Corre el rumor de que la mujer de Duncan está liada con el jefe médico del hospital privado.

—¿Con el que enviudó hace un año?

—Ese mismo —movía las manos nerviosas.

—¿Pero tú te lo crees? —pregunté incrédula.

—Totalmente, me enseñaron hasta una foto que le hizo una compañera que los pilló cenando acaramelados en Fort William.

—Eso es fortísimo —me quedé boquiabierta.

—Pero ese rumor, dicen que venía ya de hace tiempo, lo hablaban algunos en Inverness, me lo dijo mi compañera y cuando los vio, supo que era cierto.

—Pobre Duncan —dije entristecida.

—Bueno, que tampoco sabemos por qué ella actúa así, a saber, como la trató él.

—No creo que sea así, ella es una estúpida y estirada.

—Lo que no entiendo es porque siguen juntos, ni yo ni nadie, pero tiene que haber algún interés seguro, en eso estoy contigo, pero claro, no creo que si hay esa frialdad y ella es tan ligerita y se lía con el médico ¿quién nos dice que el marido no esté al tanto de aquella relación, pero le dé igual por no existir amor entre ellos?

—Madre mía, pero ese un hombre que hace suspirar a cualquiera, no entiendo cómo prefiere irse con el calvo ese, que con el bombón de marido que tiene.

—Yo tampoco hija, pero esto es todo un culebrón y espero enterarme de más capítulos, así que más vale que abras bien los ojos y me tengas también al día.

—Después de que lo llamé viejo, pobrecito —me puse las manos en la boca.

—¿Cómo que lo llamaste viejo? —preguntó boquiabierta.

—Bueno, él me llamó niña —reí.

Le tuve que contar todo tal y como había sido y no paraba de negar incrédula de que yo me hubiese tenido el atrevimiento de soltar esas cosas con ironía y broma, pero ya me conocía...

Eso sí, le expliqué que todo fue con respeto, con el mismo que él me llamo niña, que quede claro, "donde las dan, las toman", aunque sea con educación.

—Estás como una cabra, pero me parece genial que al menos con él conectes bien.

—La verdad que al menos no se enfada ni vive con cara de perro como su mujer y Sienna.

—¿Te imaginas que le gustas?

—¿Qué dices? —reí ante semejante idea absurda, una cosa es que yo fantaseara, pero de ahí a que le gustara...

—¿Y por qué no?

—¿Tendrá mujeres para elegir como para fijarse en mí?

—Por favor, eres un caramelo para cualquier hombre, no me seas tonta, que lo normal es que puedas gustarle.

—Deja de fantasear, que ya es bastante con lo que yo lo hago —reí.

—Pues yo lo digo muy en serio. Es más, pensándolo bien, hasta creo que hacéis buena pareja...

—Que locuela eres, además, es un viejo para mí, ya se lo he dicho

—saqué la lengua...

—¿Un viejo no? Un viejo por el que dejabas empotrar tú, yo e Inverness entero, guapita de cara...

—Y tanto —dije, no puedes imaginarte lo que es estar allí, trabajando a su lado...

—Con esa sonrisa que debe tener, ¿no?

—Y con la amabilidad que gasta... Es algo increíble...

—Si no hay más que ver la forma con la que trata a su niño para saber que...

—Para saber que dejarías que te hiciera uno y siete como ese, ¿no, amiga?

—Desde luego que eres un caso, pero pensándolo bien...

—Pensándolo bien tú prepárate, no vaya a ser que, con tanto cuerno suelto, te lleves tú una buena embestida...

—Desde luego eres la bomba, Brenda...

Estuvimos una hora juntas, luego nos fuimos andando hacia su casa, contentas, ya faltaba menos para el sábado y estábamos locas por salir, las dos lo necesitábamos, así que ya dos días más y ahí estaríamos para comernos el mundo.

—El sábado te quiero monísima —le dije...

—Eso no hace falta que lo digas. Es nuestra noche y vamos a arrasarlo...

—Desde luego, después de la semanita que estoy pasando, que "no se la deseo ni a mi peor enemigo", pienso beber de todo menos agua

—dije, partida de la risa...

—Vamos, como si te hiciera a ti falta alguna excusa para ponerte hasta arriba de cubatas —dijo Brenda.

—Pues también es verdad, yo que siempre me he bebido "hasta el agua de los floreros" —

dije.

Le di dos besos y me fui andando hacia la panadería de mis padres, hacía días que no pasaba por allí y me volvía a casa con ellos, así que me apetecía hacerlo, no tenía ganas de meterme tan pronto en casa.

Se alegraron al verme, cómo no, mi padre corriendo salió a abrazarme como si hiciera un año que no me viera, pero él era así de feliz, así de cariñoso y yo me alegraba de ello.

—¿Dónde va la hija más bonita del mundo? —preguntó.

—Pues después de un largo día de trabajo y de tomar algo con Brenda, a ver a los mejores padres del mundo —dije.

—Tú como siempre tan zalamera, pero es que, si no fuera así, no serías nuestra niña —dijo él...

—Cariño, ¿cómo va el trabajo, todo mejor?

—Todo mejor, mamá...

—Estuve allí un buen rato y los ayudé a recoger y cerrar, nos fuimos a un bar a tapear algo, ya habíamos decidido aprovechar y no tener que preparar algo.

Nos pusimos en la terraza del bar de unos vecinos nuestros, cenamos un bocata especial de la casa, a base de ensalada de pollo, estaba buenísimo.

En ese momento mi madre soltó una bomba que fue el remate. Me comentó que una del pueblo les había contado lo de la mujer de Duncan y el jefe médico, así que le dije lo de Brenda y ya dimos por sentado que demasiadas casualidades, que estaban liados, vaya.

—Hija pues tú ve con cuidado, porque en esa casa parece que “hay un lío del monte Pío” —dijo mi madre, un tanto preocupada...

—Sí, sí, mamá yo soy prudente —dije, con una risita.

¡Si ella supiera la conversación tan sabrosa que Duncan y yo habíamos tenido aquella tarde! Pero el caso es que, solo por la manera de mirarme, parecía que intuía algo...

—Malvina cariño, ¿y Duncan? ¿Crees que sabe algo?

—No tengo ni idea mamá. Supongo que si lo sabe no me lo va a contar a mí —guiñé un ojo...

—No, cierto que no sería demasiado lógico ni correcto. De todos modos, igual ese hombre ahora se siente algo solo y ten cuidado que...

—Espera, espera, que ya te va a soltar una de las tuyas, dijo mi padre...

—A ver mamá, dale, sorpréndenos con tu teoría...

—Pues hija, muy sencillo, que “el hombre es fuego y la mujer estopa...”

—¿Y? —interrumpí con ganas de darle énfasis al asunto...

—Pues “que viene el diablo y sopla” —terminó ella, haciendo el gesto de soplar y dando lugar a que mi padre negara con la cabeza, como hacía siempre...

Y con uno del pueblo, más tonta o descarada imposible, esa mujer era una fuera de serie, vivía a costa de la fortuna de Duncan y se tiraba a ese hombre desde hacía tiempo.

Algo se me escapaba de las manos, pero realmente no podía creer que fuera todo un secreto a voces y que su marido no actuara y la siguiera manteniendo en la misma posición que desde que se casaron.

—Papá, ¿tú crees que mira para otro lado?

—Yo no sé lo que pensará tu madre, Malvina, pero a mí Duncan no me parece un hombre de esos, me parece “que se viste por los pies” y no veo yo que sea esa la cuestión...

—Pero papá, yo no veo el menor atisbo de pasión entre su mujer y él, igual... en el fondo pasa...

—O igual es que existen más factores que no conocemos. O igual los rumores están equivocados. Yo creo que pueden ser muchas cosas distintas...

Por otro lado, el tema de la mujer no lo entendía, ¿Por qué no se iba con el medico si con él también iba a poder tener una buena posición? ¿Qué la ataba a Duncan?

Todo aquello empezaba a representar un rompecabezas para mí y cada vez me sentía más atraída por la idea de saber cómo encajaban las piezas...

Estaba claro que el niño no era, pues hoy en día se separan muchas personas por muchos hijos que tuvieran, así que eso era algo de lo más normal, pero aquello era todo tan extraño que resultaba digno de una serie de misterio.

—Mamá, ¿tú crees que simplemente “hace la vista gorda” por su hijo?

—Pues mira hija, pienso que ese hombre no tiene que cargar con la etiqueta del “cornudo oficial del pueblo”, solo por su hijo. Es más, si su madre es tan despegada como tú dices, no tendría mucho sentido...

—¿A qué te refieres?

—Pues a que poco le tiene que importar a ella el niño, por lo cual, ante una separación, lo más normal y lógico es que se lo endose para él solito...

—Y así ella tener “carta de libertad...” —añadí...

—Eso es. La verdad es que no le veo mucho sentido. Además, hoy en día todo el mundo se separa pese a tener niños. Para los pequeños no es ningún estigma...

—Eso mismo pensé yo... —mamá.

—Una cosa, Malvina, ¿no crees que le estás dando demasiadas vueltas a la cabeza a una cuestión que, al fin y al cabo, a ti “ni te va, ni te viene”?

—Tienes razón... —dije. Solo soy una empleada de esa casa y espero que por poco tiempo...

—Yo también lo espero hija, porque ya sabes que no es el trabajo que quiero para ti y además porque, desde luego, los acontecimientos están tomando un cariz muy feo....

Camino de casa, mi madre procuró cambiar el tercio...

—Malvina, hija, he hablado con tu hermano y sigue de lo más entusiasmado con esa chica. Yo creo que esta vez, por fin, estreno nuera...

—Pues a mí también me da el pálpito de que sí, mamá —dije.

—¿De veras me lo dices? Porque ya sabes que yo confío a tope en esos pálpitos tuyos, cariño...

—Pues entonces, estás de enhorabuena, porque yo creo que a mi hermano le han “echado el lazo” pero bien...

Cuando llegué a casa me acosté directamente, esta vez por fin me quedé dormida sin pensar tanto.

Lo que no contaba era con el sueño que tuve. Duncan y yo charlábamos animadamente y bromeábamos con toda la cordialidad del mundo...

El caso es que yo, aunque yo era la protagonista del sueño, junto a él, lo veía como una tercera persona, desde fuera... Todo era muy paranoico y me desperté sobresaltada...

Capítulo 9



Esa mañana no había nadie en la cocina, ni por ningún lado, cosa que me sorprendió al menos el no ver a la “simpática”.

Esa alegría que me llevaba para el cuerpo, desde luego que cada día la soportaba menos. A veces imaginaba que le daba “una ahogadilla” allí mismo, debajo del grifo.

Me puse a recoger la cocina y a preparar la cafetera para el primero que viniera pidiendo uno y fue Duncan, ni diez minutos y apareció por la puerta.

Me sorprendió verlo con un pantalón corto vaquero, unas deportivas y una camiseta, demasiado informal y juvenil ¿sería por lo que le había dicho el día anterior?

—Buenos días —dijo sonriendo y se cruzó de brazos apoyado sobre la mesa.

—Buenos días —sonreí — ¿Un café?

—Claro —sonreía, pero no se sentaba y yo me estaba temiendo que estaba esperando que le dijera algo.

—Hoy hasta pareces de tu edad —dije aguantando la risa cuando me giré para preparar el café.

—Vaya, me alegra —carraspeó y cerró los ojos sonriendo.

—Por cierto, ¿Sabes dónde está Sienna? —pregunté cambiando el tema que me ponía tan nerviosa.

—Hoy fue a Edimburgo, no regresa hasta el lunes, igual que Alison, que se fue hasta el domingo a Fort William y al pequeño lo dejó con sus padres para pasar el fin de semana, así que solo tendrás que cocinar para mí y para Isla y Graham.

—Perfecto, de todas formas, vi que me dejó todo el frigorífico y despensa bien llenos —le serví el café.

—Sí, se encargó de dejar suficiente comida para que no te falte de nada para cocinar. Me dijo que te dijera que no regresaría hasta entonces.

—Pues la verdad es que me estoy sintiendo de lo más afligida. No sé si voy a poder pasar sin verla —solté, según me lo pidió el cuerpo.

—Sí, la verdad es que yo también estoy angustiado. Incluso la marcha de mi mujer también me trae “por la calle de la amargura” —añadió, él, sin anestesia.

—¿Cómo? —pregunté...

—Nada, nada, cosas mías, que a veces pienso en alto...

—Vale, tomo el mando de la cocina —solté bromeando.

—Al menos reina la paz y armonía —volteó los ojos.

—Eso tan codiciado en esta cocina —reí y le provoqué otra risa a él.

—Pues sí, de vez en cuando, se respira eso en esta casa. Y mira que es una pena, porque a mí me gusta este sitio, lo que pasa es que el ambiente suele estar un tanto “cargadito...”

—Sí, sí. Digamos que se nota algo así, como una tensión de esas “que se puede cortar con un cuchillo” —dije...

Lo de la mujer a Fort William era descarado, vamos que se iba con el médico, eso era innegable, ¿pero él lo sabría y le daría igual? ¿Estaría ajeno a ello? Me lo preguntaba una y mil veces, en el fondo no conocía su historia, sabía que algo pasaba en esa casa y entre ellos, pero no exactamente qué.

Duncan estaba guapísimo, lo miré de reojo mientras leía el periódico y el levantó la vista y nuestros ojos se encontraron...

Cuanto más lo miraba, menos podía entenderla a ella. Si por mí fuera, me tiraba sobre él y hacía “paz y guerra” en aquella misma cocina...

De repente me miró y me sonrojé. Imaginaba que hubiera podido leer mi pensamiento y mis orejas hirvieron como una cafetera.

Por su parte, sonrió mirándome con un brillo que parecía querer decirme algo ¿Pero por qué no hablaba?

Lo nuestro eran bromas e indirectas, pero ninguna conversación seria, aunque algo me decía que era como si quisiera soltar alguna cosa.

Por otra parte, entendía que, a la postre, todavía era una desconocida para él, aunque entre nosotros se estaba creando una corriente muy chula. Yo la notaba y estaba segura de que él también...

Un rato después me pidió un té, llevaba una hora ahí sentado ¿se tiraría toda la mañana? A mí no me importaba, es más, me encantaba tenerlo cerca, pero era como si faltara algo, algo que solo podía ser cosa de mi imaginación.

De hecho, en mi fuero interno, no podía evitar moverme por aquella cocina “como pez en el agua”, con su sola compañía. Estaba de lo más contenta, cuando por fin se decidió a abrir la boca...

—¿Sueles salir por la ciudad? —preguntó inesperadamente.

—Bueno, no mucho, los sábados me hago la ruta de los pubs del centro con mi amiga, pero los demás días solo a tomar un café y poco más.

—Hace tanto que no salgo de noche... Pero bueno, lo mismo cualquier día me animo —me puso “a huevo” la contestación.

—Claro, animas a Alison y os dais una vuelta por la noche, es bueno tomar aire y disfrutar —solté para ver su respuesta.

—Ella se anima solo con sus amigas —volteó los ojos —pero lo prefiero, no es muy divertido salir con Alison de copas y además no me apetece hacerlo, pero retomaré eso de salir alguna que otra noche —carraspeó.

—Lo siento, pensé que estabais bien —apreté un poco la soga para sacar más información.

—No sé ni como estamos, pero bueno, a veces hay cosas que te unen más que el amor y tienes que aprender a convivir con ello.

Pues ya me estaba diciendo todo lo que temí, había un interés en común que los obligaba a estar juntos.

—No entiendo que puede unir a dos personas más que el amor...

—No debería de haber nada, pero por desgracia en esta sociedad en la que nos hemos criado tanto ella como yo, las cosas se aguantan por muchas más razones que el amor, esté bien o no, pero así es...

No me decía nada, pero me corroboraba todo...

—Pues, en esa situación, razón de más para darle una alegría al cuerpo y salir unas horitas de marcha...

—Tienes toda la razón. Creo que llevo una época en la que he ido dejando demasiadas cosas en el camino y a lo mejor ya es hora de “echar el freno” y mirar un poco más por mí...

—Te alabo el gusto —dije. ¿Sabes? Yo estoy mucho por la labor de echar mano de eso que tanto se lleva ahora de la “inteligencia emocional...”

—Ponme al día. Algo he escuchado, pero no creas tú que entre estas paredes hemos usado mucho de eso —dijo riendo. Más bien de negatividad...

—Pues es justo todo lo contrario a eso. Tienes que leer sobre “la ley de la atracción”, sobre cómo la mente tiene la capacidad de atraer aquello que desea a través de la visualización...

—¿De la visualización?

—Sí, Duncan, tan sencillo como visualizar muchas veces aquello que deseas y atraerlo.

En aquel momento, dándole esas explicaciones, caí en que, inconscientemente, yo no paraba de pensar en él y visualizarlo una y otra vez en mi mente...

—¿Y qué más cosas? A ver, ilústrame por favor...

—Pues, por ejemplo, el hecho de quererte a ti mismo, renovar tu imagen, por dentro y por fuera...

—Explícate un poco mejor...

—Bueno, eso consiste un poco en la tan escuchada “mejor versión de ti mismo...”

—Es verdad, eso me hace mucha gracia. Ahora todo el mundo parece estar buscando la suya... —dijo, riendo...

—Pues sí y no te rías porque es muy cierto...

—Vale, vale y en cuanto a la imagen exterior...

—Pues eso, que hay que proyectar buena imagen...

—¿”Renovarse o morir”?

—Más o menos...

—¿Y qué más? Me está gustando el tema...

—Pues quererte a ti mismo, mimarte y recordártelo cada día...

—¿Frente al espejo o “a palo seco”?

—Como te dé la gana, pero tratándote bien...

—Pues no te preocupes que ahora mismo voy a mirarme al de mi cuarto y le voy a poner “hasta morritos”, vamos que me voy a decir que “estoy para mojar pan” yo solito...

—Y no andarías desencaminado —solté, entre risitas...

—¿Cómo? —preguntó con los ojos más abiertos que un búho...

—Nada, nada, cosas mías... que también hablo sola de vez en cuando —le guiñé el ojo...

—Pero ¿en qué quedamos? ¿No soy un viejuno y un clásico y un...?

—Tú sigue hablando así del burro, que lo vas a vender antes de ayer —dije...

—Se echó a reír abiertamente. Era la primera vez que escuchaba el bonito sonido de su risa y fue una sensación curiosa. Era como si me hubiera acariciado el alma...

Pase la mañana con él en la cocina, de vez en cuando cruzábamos miradas.

Después de comer todos me quedé sola, tenía la sensación de que Duncan estuvo ahí toda la mañana por algo, pero no sabía el porqué.

Moría por preguntarle “¿me quieres contar algo?” pero algo me decía que aquello era llegar demasiado lejos. Una cosa es que fuera una vacilona y otra más complicada “meterme en camisa de once varas...”

Terminé de trabajar y dejé todo lo de la cena listo para que Isla se la pusiera a Duncan y a Graham.

—Que paz hay en la casa —dijo Isla, cuando me estaba despidiendo de ella.

—Demasiada, de verdad que sí, es increíble pero cierto —reímos.

—Menos mal que hasta el lunes por la mañana no toca aguantarla, por Dios se debería de quedar un mes por ahí —dijo resignada.

—Bueno disfrutemos al menos de esta tregua que nos dio —reí.

—Y para colmo la estirada tampoco está, estoy a punto de tener un orgasmo de felicidad —soltó sin cortarse.

—Se pusieron de acuerdo... —reí.

—Si yo te dijera donde está... pobre Duncan tan ajeno a todo, privándose por lealtad o por lo que sea, por no decir por un interés que hay en el aire, pero ella esté haciendo lo que todos saben y tiene guasa que nadie se atreva a decirlo... —negó con la cabeza.

—Vaya, creo entenderte, pero no sé, si es algo tan evidente ¿Cómo que él no lo sabe?

—Él vive para las gestiones de sus propiedades y para estar en casa, no se le ve en la calle con nadie, sale poco, es como si todo se le hubiera quedado grande o no quisiera conectar con el mundo, todo lo contrario, a ella, vaya.

—Pues no lo entiendo, tonto no parece...

—Nadie lo entiende, pero así es. Ahora una cosa te digo, en estos días me ha parecido verlo más espabilado que en los últimos diez años...

—¿Y eso?

—Yo creo que ha llegado un soplo de aire fresco a esta casa —guiñó el ojo...

—Pero nosotros solo hemos estado charlando un par de ratos, yo creo que...

—Yo no digo lo contrario, pero mis propios oídos han escuchado que esta mañana hasta canturreaba un poco y eso no se había oído ni una sola vez en esta casa desde que yo estoy... Y tiene más mérito, porque ni siquiera está el niño, que eso no es algo que le agrade...

—Él lo adora, ¿verdad?

—No sabes hasta qué punto. Es quien se ha hecho cargo de él desde el primer momento... Es su razón de vivir...

—Y entonces, ¿Por qué no se lo ha quedado para disfrutar de él estos días que la casa está tan sola?

—Porque la muy pécora de ella se lo ha dejado a sus padres, solo para fastidiarlo. No solo no puede ni verlo, sino que siempre que tiene ocasión le hace la puñeta, pero bien...

Me fui de allí con más preguntas que respuestas. Era como si ese hombre fuera desconocedor de todo y estuviera aferrado a algo que ella no cumplía. Al menos, si estaban por interés, los dos tendrían derecho a hacer sus vidas fuera del matrimonio, pero no entendía por qué ella sí y él no.

No pude evitar imaginarlo haciendo travesuras, de las que yo fuera coprotagonista y se me pusieron los vellos “como escarpas...”

Recordé el sueño de la noche anterior y caí en la cuenta de que yo lo visualizaba e incluso lo soñaba. ¿Por qué? No iba a negar que estaba “para hacerle un favor” y dos y tres... pero de ahí a otra cosa iba un abismo.

Seguí andando, inmersa en mis pensamientos y las palabras de Isla resonaban en mi mente. Sin saber por qué, la actitud de Alison “me daba tres patadas en la barriga...”

Capítulo 10



Yo estaba más que rayada ¿Cómo que no sabía nada? No entendía que pasaba, pero algo fuerte tenía que ser.

Menos mal que era viernes y me quedaba solo por currar la mañana del sábado sin las brujas por la casa, un alivio para mi cuerpo serrano.

Le di el encuentro a Brenda y nos fuimos esta vez a tomar una copa de vino. Por ser viernes, ya nos empezábamos a animar la una a la otra, pero sin pasarnos, que había que acostarse temprano.

—Ya está aquí el finde amiga, ¡y lo voy a coger con más ganas que...!

—Con más ganas de las que cogieras a Duncan seguro que no. Admítelo...

—Hombre claro, “lo cortés no quita lo valiente”. Yo estoy deseando exprimir el fin de semana, pero si pudiera echarle mano a su entrepierna, ¡entonces sí que triunfaría! —dije convencida...

La puse al día de todo y comenzamos a conspirar al respecto. Estaba claro que Duncan se tenía que haber enterado al menos de algo de lo de su mujer, aunque hubiera “hecho oídos sordos”.

Parecíamos dos marujas enganchadas a la historia oculta de la familia McLarcon, a la que por cierto hasta la fecha, todavía no conocía al completo, pues me faltaba por ver a los padres de Duncan que vivían en la otra parte de la casa.

Yo empatizaba mucho con él. Las cosas por su nombre, al igual que era innegable que le estaba cogiendo un cariño lleno de ternura y comprensión. No sabía exactamente la razón, pero lo veía salir mal parado respecto a cuanto le rodeaba y no me gustaba.

También lo deseaba, pero sería por ser el “fruto prohibido”, por el morbo de quién era, por lo atractivo que me parecía...

Por otra parte, me frenaba que era mi jefe y estaba casado, aunque su mujer hiciera lo que le diera la gana. El caso es que tenían un hijo y yo solo podía fantasear, no iban más allá mis intenciones...

Además, él, a pesar de esas miradas, debía verme como a una niña, tal y como lo dijo. Una niña que, eso sí, le caía bien y con la que se desahogaba de alguna manera...

Pensaba muchísimo mientras hablaba con Brenda. Ella tenía claro que mis sentimientos estaban por encima de lo que yo decía y transmitía, pero yo intentaba restarle importancia. ¡Lo que me faltaba! Perder la cabeza por alguien que no me correspondía.

No quería caer en una espiral complicada, en un triángulo amoroso ni en ninguna cuestión de esas. Como le expliqué, estaba en una fase de quererme demasiado como para ser “la otra” de nadie. Ni siquiera de Duncan, por mucho que estuviera “que crujía...”

Nos tomamos unos vinos y sobre las nueve cenamos unos sándwiches con patatas. Estábamos

hambrientas por el vino y yo estaba hasta colocada, me estaba muriendo de la risa con Brenda, entre Williams y Duncan, íbamos apañadas...

Muchas veces nos había pasado a lo largo de nuestra vida algo similar a lo de aquel momento, estar las dos ante una situación que podría calificarse, poco más o menos, que de surrealista...

—Mañana voy a estrenar la minifalda de volantes negra que mandé a hacer...

—Sí, ya me dijiste. Y yo te comenté de ponerme el vestido ese que, por cierto, también es corto... ¿Qué te pondrás encima?

—Tenía pensado otra cosa, pero al final decidí que una camiseta blanca de mangas cortas un poco suelta, con un collar largo negro, como la falda y las sandalias.

—Irás preciosa —dijo apretando mi mano.

—Igual que tú —le di un abrazo.

Quería mucho a aquel personajillo. Brenda había estado en todos los acontecimientos de mi vida desde que yo pudiera recordar y para mí era algo más o menos parecido a una hermana.

Nos fuimos andando tranquilamente hasta su casa, charlando y contestas porque por fin al día siguiente saldríamos y el domingo lo tendríamos para descansar.

—Yo no veo la hora de salir de marcha. Lo voy a coger con unas ganitas que vaya —dije...

—Y yo también. Vamos a “quemar” Inverness este finde...

—Yo es que necesito desconectar. Entre lo estresante que está resultando de por sí el trabajo por culpa del mal ambiente y todo lo que después envuelve a aquella casa... Estoy como saturada...

—Sí, Malvina, es que parece que te hayas metido en una novela, de repente...

—Es verdad. En una novela de misterio, y espero que la cosa quede ahí y no sea de miedo —dije.

—No, mujer —tampoco saques las cosas de quicio...Es verdad que hay muchas cosas rarillas y tal, pero supongo que...

—¿Qué todas las piezas volverán a su sitio? ¿Es eso lo que quieres decir? Porque yo esto lo veo, más o menos, como un puzle...

—Más o menos, pero vamos, que aquí el final no está escrito. Lo mismo se convierte en una novela erótica porque Duncan “tiene un meneo...”

—Por favor, déjalo ya que al final me voy a acordar de todo lo que decimos y me va a entrar la risa cuando esté delante de él...

—Bueno, ya veremos si un día de estos te entra la risa u “otra cosa” en esa cocina porque a mí me da que, con tanta confianza, el ambiente está subiendo de temperatura...

—¡Eres más brutita que hecha de encargo, Brenda!

—Claro, como que soy yo sola la que lo ha pensado, no te jode, vamos Malvina no me vayas a decir que tú te quedarías a solas con él “para rezar el rosario...”

Me tenía que reír con la “bestia parda” de mi amiga y eso dejando a un lado que ella tenía que decir siempre la última palabra...

Antes de llegar a su casa paramos en una heladería y compramos un cucurucho para rematar la noche. La verdad es que daba gusto esos días que hacía, ya habíamos terminado de frío “hasta la coronilla”.

—Vamos a tomarnos un heladito para que se nos bajen un poco los calores anda —dijo.

—Venga, sí anda, a ver si así dejas de decir sandeces... —reí.

Mientras nos los estábamos comiendo pasaron un par de chicos que nos hicieron reír, con frases del tipo de la suerte que habían tenido nuestros helados y de que teníamos bonita hasta la

lengua...

—Estoy por coger y meterme en otro pub y empalmar la noche con el trabajo —dije bromeando.

Enseguida caí en que aquello de “empalmar” iba a darle juego a la cachonda de Brenda para seguir hablando del supuesto revolcón que debería darme con Duncan. El caso es que se le pasó...

—Conmigo no cuentes. La última vez que lo hicimos, me gané una bronca en el trabajo, vomité mil veces del cansancio y mal cuerpo y encima no pude salir al día siguiente —dijo recordando el verano pasado.

—Bueno, eso fue por tu culpa, por querer ver a Williams más tiempo y encima me tuviste ahí en medio con el tonto que os traíais —recordé mientras negaba con la cabeza.

—Tienes razón, pero es que ese tío me hizo perder la chorla —dijo con tristeza.

—Y todo apunta que te la volverá a hacer perder —solté sin pensarlo.

—No empecemos, que está muy interesante la novela de los McLarcon como para preocuparnos de lo mío —dijo “echando balones fuera”.

—Bueno que era broma, no se me ocurriría salir hoy, entre lo que he tomado y las ganas que tengo de coger la cama...

Le di un beso y nos despedimos hasta el día siguiente.

La verdad que lo que no corría volaba, pero entre lo de mi trabajo, Duncan, Williams y todos nuestros líos, era para “alucinar en colores”.

Por el camino me encontré a mis padres que venían de tapear algo, así que ya entré a casa con ellos.

—¿Cómo va el culebrón de la familia misteriosa, mami? ¿Has sabido de algún capítulo más?

—Ninguno mi niña. No hay novedades, pero lo que sí puedo asegurarte es que lo que ya sabemos se ha convertido “en la comidilla” de Inverness. No hay ni un alma que no tenga ya conocimiento del supuesto idilio de la señora Alison con ese médico.

—Desde luego, que tiene narices que un chaval tan bondadoso como ese tenga que convertirse en el hazmerreír de todo el pueblo. Ojalá que alguien le abra los ojos —dijo mi padre, enfadado.

—Papá, parece que te afecta bastante, ¿no? —pregunté.

—Sí, hija, porque le tengo un cierto aprecio y además ahora es tu jefe. Y en ningún caso creo que se merezca eso. De hecho, mira como él no da que hablar... Vamos que da lo que no recibe...

Mi mente voló libre. Imaginé lo que se le podía pasar por la cabeza a Duncan cuando se supiera “el blanco de la diana” de todo el pueblo y por unos segundos me sentí cómplice de la venganza que pudiera tramar contra su mujer, con nosotros dos como amantes...

Me metí en el cuarto, cogí la ropa y fui directa a la ducha. Necesitaba meterme bajo el grifo y quitar eso que me había causado el vino. Sentía la lengua “como si tuviera en la boca una patata cocida”.

Además, a juzgar por aquellos pensamientos tan calenturientos, el alcohol también me estaba jugando una mala pasada. ¿O en eso no tendría la bebida nada que ver?

En cualquier caso, ¿quién me mandaría beber un viernes sabiendo que al día siguiente trabajaría y encima saldría por la noche?

Pues yo misma con los ánimos de mi amiga Brenda, pero en ese momento quería morirme. Aquellas cosas no me habían sentado mal, sino peor. Era eso o que hoy no tenía demasiado aguante.

Todos los días no eran iguales y el cuerpo no reaccionaba igual. El caso es que tenía la impresión de que aquella noche me hacía lucido. Esperaba levantarme mejor o mi entrada

matutina en la “mansión de los enigmas” iba a resultar todo un sainete.

Me tiré en la cama y comenzaron a venirme a la mente todas las conversaciones con Duncan y esos momentos en la cocina... Imaginaba mil cosas...

Sin embargo y en honor a la verdad, él nunca había dejado ver nada más allá que lo propio entre personas que se caen bien y conversan relajadamente, además de hacerse alguna que otra broma...

Y Alison con el médico, era para volverse loca, desaprovechando ese hombre que tenía en su casa y por el que cualquier mujer perdería la cabeza. Sin ir más lejos, yo...

Había llegado la hora de empezar a reconocirme a mí misma que Duncan me gustaba y mucho, pero era como un amor platónico, de esos que sabes que por mucho que te encante y desees no llegarás a disfrutarlo...

Y por si faltaba una “guinda del pastel” estaba el hecho de que él pertenecía a una sociedad donde los corazones y mentes no iban en concordancia, al menos eso era lo que podía haber sentido hasta el momento.

No en vano, más o menos era lo que él me había dicho en la cocina, que en su mundo, un matrimonio podría sobrevivir por muchos más motivos que por amor. Sin embargo y, por suerte, eso no era algo que entrara en mi cabeza, ni en mi mundo...

Me quedé dormida después de darle una hora de vueltas al coco, de no poder apartar de mis pensamientos a Duncan y de sentir una tristeza que no era habitual en mí...

La vida era muy injusta, por supuesto, pero había cosas que estaban en manos de las personas y si ellas no lo hacían, ¿quiénes éramos los demás para meternos?

Reconocía que eso era así, pero no le restaba dolor. Imaginaba una y otra vez lo feliz que yo podría hacer a Duncan y la bonita familia que podríamos formar con Lain, al que daría con gusto el amor que su madre le negaba.

Cuanto más odiaba a aquella mujer, más cerca me sentía de los hombres de su vida y más deseaba que pasaran a ser los de la mía...

Y en el capítulo sexual, mi corazón comenzaba a palpar por Duncan con fuerza inusitada. Comenzaba a ser consciente por momentos de lo mucho que me atraía el hombre cuyo nombre significaba “Guerrero Oscuro...”

Capítulo 11



Menos mal que desperté bien y no tenía resaca...

Me había levantado antes de sonar la alarma así que ese día me apetecía desayunar en la calle antes de entrar a trabajar.

Pedí un desayuno de lo más completo, zumo, café, tostada y bollería, “como si no hubiera un mañana”. Era como si no tuviera resaca, pero sí un apetito descomunal a causa de lo mucho que bebí el día anterior.

Pasé media hora de lo más relajada. Se notaba que era sábado y la gente no andaba tan estresada, aunque por norma general en Inverness “no se estresaba ni Dios”, pero el ambiente era diferente en las calles, a pesar de ser realmente temprano.

Llegué a la casa y me cambié, me fui a la cocina y me di un susto al ver a...

—Duncan, por Dios me asustaste —dije poniendo mi mano en el pecho.

—Hace unos días me llamas viejo —dijo acercándose —y hoy me llamas feo. Más te vale que me hagas el mejor café del mundo para perdonar tantos ataques —dijo bromeando y poniéndome nerviosa por la distancia tan corta a la que estaba de mí.

—No quise decir eso. Solo que no te esperaba y me asustaste —negué riendo y me di la vuelta para preparar el café. Demasiado ruborizada estaba ya, no podía mantenerme de esa manera frente a él.

—Bueno —dijo a mi espalda de forma que casi lo podía escuchar respirar en mi oído —te lo dejaré pasar por hoy —carraspeó.

No me quería ni girar, sabía que si lo hacía me chocaría con su cara.

—Me alegra saberlo —dije con ironía sin girarme.

—Me gusta cuando me hablan que me miren a la cara...

Uy lo que me había dicho, cogí aire y me giré, a la mierda el rubor y todo.

—Perdón —sonreí mirando a sus ojos que estaban clavados en mí y parecía que me fueran a besar sus labios.

—Mucho mejor —se mordisqueó el labio sin dejar de mirarme.

Contuve la respiración. Aquello me estaba dejando sin recursos y con la mente en blanco, solo veía a través de él en esos momentos, con aquellos deseos de besarme que no podían ser producto de mi imaginación.

En ese instante sentimos que venía Isla por el pasillo y se apartó sin dejar de clavar sus ojos en mis labios. Se sentó y sacó el periódico.

Isla entró y nos saludó. Le pregunté si quería un café y aceptó, se lo tomó de pie por respeto a Duncan, pero él le pidió en varias ocasiones que se sentara. Mi compañera puso mil excusas, así que se quedó a mi lado y me tomé uno con ella.

—Isla, ¿te parece bien si preparo tortillas para almorzar? —dije, con tal de romper aquel

silencio sepulcral y la intensidad de lo vivido en aquella dependencia de la casa.

—Malvina, tú tienes unas manos divinas en la cocina. Todo lo que haces “sabe a gloria”, así que prepara lo que te da la gana.

—Gracias, con piropos mañaneros así, da gusto —dije.

Me sentía increíblemente bien aquel día y más cuando Duncan habló.

—Secundo todas y cada una de las palabras de Isla, Malvina. La cocina de esta casa ha ganado mucho desde que estás tú.

¿Me lo habría dicho con segundas o de verdad se estaría refiriendo a mis guisos? Aquello cobraba emoción por momentos.

—Lo ocurrido con Dudan momentos antes me había dejado en shock. No sabía qué habría pasado si Isla no hubiera aparecido, pero algo me decía que se habría abalanzado sobre mí y yo sobre él. No podría haber esquivado ni negado ese beso.

¿Sería cosa mía? Me iba a volver loca...

Isla me estaba comentando que había llamado al del supermercado que suministraba al por mayor para la casa, las compras grandes semanales. En cuanto al resto, solía hacerlas Sienna. La cuestión era que un rato después, nos suministrarían el pedido y que ella me iba a ayudar a colocar todo ya que estaba más acostumbrada, cosa que le agradecí.

Duncan desayunaba relajadamente y un rato después se fue Isla y yo me quedé preparando la comida. Él seguía desayunando de manera tranquila.

—Entonces hoy es el día que vas a salir y pasarlo bien —carraspeó.

—Bueno me lo merezco. Después de cumplir laboralmente toca ir a despejarse —sonreí.

—Por supuesto, la vida está para disfrutarla —lo dijo como si él lo hiciera, dándome ganas de soltar una de las mías, pero me contuve.

—Al menos hay que intentarlo —sonreí mientras hacia las tortillas.

—Además, los días están que invitan a ello...

—En eso tienes razón —recordé lo de los vinos en el día anterior.

—Y de hecho tú estás en una edad y situación que también. Ya sabes eso de “Carpe Diem”.

—Lo sé, lo sé y lo tengo presente cada día, pero en cuanto a la situación no vayas a volver a la carga y llamarme niña que ya sabes cómo me las gasto al respecto.

—No. No iba a decir eso, pero tampoco me llares tú viejuno —dijo, partido de la risa.

—No, no era mi intención, no te preocupes —añadí, riendo también.

Seguí a lo mío. Aunque había iniciado él la conversación, yo era muy seria en mi trabajo y no deseaba dar la impresión de que perdía el tiempo... Además, él no replicó nada a mi última frase...

Notaba en todo momento que Duncan tenía la mirada clavada en mí. Eso me ponía de lo más nerviosa. Me costaba hasta respirar. Tenía la sensación de que estaba deseando algo a lo que no se atrevía. Tenía claro que era así y que, si no hubiera entrado Isla, quizás nos hubiéramos enganchado.

Mi mente volaba libre, mientras mi cuerpo seguía cocinando. Imaginaba cómo besaría y si sería tan potente en la cama como parecía por ese físico musculoso que cada minuto me atraía más y más...

Me sentía observada en cada uno de mis movimientos. Mentiría si dijera que vigilada por mi trabajo, sino por esa fogosidad que ya sentía por parte de él. No fue extraño que se me cayera un vaso al suelo y saltara en mil pedazos.

—¿Estás bien? —se levantó rápidamente.

—Sí, tranquilo, ya lo recojo —fui al cuarto que había en la cocina con la despensa y la parte de limpieza en la que estaban la escoba y el recogedor.

—Gracias al cielo, podrías haberte cortado. El cristal es muy peligroso.

—Sí, bueno, no pasó nada. Al menos no ha sido una de las piezas de las vajillas de porcelana que tenéis. Deben ser muy valiosas y me habría sentido fatal.

—En primer lugar, te digo que lo único que podría haber sido una fatalidad es que hubieras tenido un accidente y en segundo, que no le doy el más mínimo valor a una pieza de porcelana. Eso no es especial.

—Gracias, entiendo —volví a decir, algo aturdida por el ruido que había producido el dichoso vaso al caer.

Cuando volví ya no estaba en la cocina. Había sido un “visto y no visto”. ¿Dónde habría ido?

Más tarde, a la hora del almuerzo aparecieron Isla y Graham, pero ni rastro de Duncan. Me extrañó porque parecía ansioso por esas tortillas que había estado haciendo y que tantas veces me decía que “olían que alimentaban”.

Estuve recogiendo la cocina y esperando a que en algún momento apareciera. No entendía eso de que se hubiera marchado sin decirme adiós y que no hubiera aparecido ni para almorzar.

Mi cabeza no paraba de dar vueltas y vueltas. ¿Le habría molestado algo que hubiera dicho o hecho? No podía ser. Solo me había preguntado que si estaba bien y le dije que sí ¿Qué le pasaría?

Me pasé el resto del tiempo comiéndome la cabeza. Además de tener la sensación de si se habría enfadado por no haberme podido robar un beso...

No, no podía ser y yo me estaba volviendo loca haciéndome unas películas dignas de un premio de esos que dan al mejor guionista, por ejemplo, pues no podía ser que él me hubiera querido besar, quizás tuve una sensación equivocada o que fuera producto de mi imaginación y deseos.

Por más que procuraba concentrarme en mi trabajo, no podía. Se me estaba “yendo la pinza”. Menos mal que, al menos, mis compañeros me dijeron que las tortillas estaban buenísimas. Así tenía la certeza de que mis nervios no afectaban a mi trabajo.

Salí de allí “con la cabeza hecha un bombo”, además de triste, con una sensación extraña, con un miedo increíble a haberla cagado y haber sido yo la que pareciera que deseaba algo más.

No era posible. No estaba tan loca. Por muchas cosillas que me dijera Brenda al respecto de lo impulsiva que era y tal, yo todavía “tenía los pies en el suelo”. No había hecho una locura y no era cosa mía solamente.

Llegué a mi casa y al no haber nadie aproveché para acostarme tres horas. Quería estar descansada para esa noche que tanto había esperado y que por fin, había llegado.

No podía coger el sueño, las imágenes en la cocina junto a él eran demasiado para mi cabeza...

Por si eso fuera poco, volvía a soñar con Duncan. La escena de la cocina se repetía, pero en aquella ocasión, era la súbita entrada de Alison en la misma la que la interrumpía.

Su mirada sarcástica no tenía precio y, en mi sueño, me revestí de valentía y le dije todas aquellas cosas que pensaba. Vamos, más o menos, que era una estúpida total por estar descuidando a un hombre así...

Por su parte, Duncan intervino cuando la conversación entre nosotras subió de tono, de manera que nos pidió silencio. Con nuestros gritos, convertimos la cocina en un gallinero hasta que él vociferó un “basta” que traspasó los cimientos de la casa.

Desperté totalmente sobresaltada, pero con las bragas que podían exprimirse. Ver la forma en la que se enfrentó a la situación me hizo comprobar que “tenía sangre en las venas...” Me estuve riendo un rato.

A renglón seguido me dirigí al salón de mi casa porque escuché ruido. Al entrar en él, me sorprendí de que era mi madre, que había llegado antes de tiempo y sola.

—Mamá, ¿estás bien? —no te esperaba, me has asustado...

—Sí, hija. Lo único que esta noche tu padre quiere invitarme a cenar, por eso de que fue mi cumpleaños el otro día y me ha dicho que me fuera adelantando yo para prepararme un poco y eso.

—Mami, eso es muy romántico...

—Sí hija. Lo es. Aunque pueda parecer increíble, tu padre sigue siendo conmigo el mismo hombre que conocí hace años. Un hombre bueno y honesto que me quiere y me lo demuestra todos los días...

—Mami, eso es “oro líquido”, tú lo sabes...

—Sí hija, corren tiempos convulsos para el amor y tener como aliado al hombre que te ha querido siempre es un tesoro...

—Mamá, si es que no hace falta que digáis nada. Solo la forma en la que papá te mira... Bueno y en la que tú le miras a él, que es algo recíproco...

—Sí. Vosotros y él sois toda mi vida, Malvina. Estoy orgullosa de todos y cada uno de vosotros... Malvina hija, yo quiero lo mejor para ti...

—Lo sé, mamá. Es una de las cosas por las que “pondría la mano en el fuego...”

—Y no te quemarías, hija mía. Quiero para ti lo mismo que he tenido toda la vida con tu padre. Y espero que no des ningún paso en falso...

—¿Por qué me dices eso, mamá?

—Porque estás preciosa y en edad de merecer y van a ser muchos los hombres que te pretendan. Escoge con cabeza y no te metas en ningún lío. “Hay muchos peces en el mar”, mi niña. No dejes que ninguno te haga daño...

—¿Por qué lo dices, mamá?

—Por nada en particular, mi niña. Solo porque no quiero que sufras por amor. Tú eres muy feliz. Y yo quiero que esa felicidad se prolongue durante toda tu vida...

Mi madre no decía “esta boca es mía” pero yo tenía muy claro hacia dónde estaba apuntando. A esas alturas, ella, que me conocía igual de bien que yo misma, también se había dado cuenta de que yo sentía algo por Duncan...

—No te preocupes mamá. Sabes que puedo parecer visceral pero también soy yo una mujer y no tengo...

—“Ni un pelo de tonta”, mi niña. Lo sé, pero las cuestiones del corazón a veces son complicadas...

—Lo tendré en cuenta siempre mamá. Y ahora, corre a ponerte guapa. Papá se va a quedar embobado cuando te vea...

—Sí. Tengo un vestido y unos zapatos que estrenar...

—Pues menos cháchara y al lío. Si quieres que te ayude con el pelo, te lo seco antes de irme a casa de Brenda...

—Pues no seré yo quien diga que no a ese ofrecimiento —me comentó...

—Venga. En ese caso dúchate y yo te ayudo con el pelo y el maquillaje.

—Eres muy buena, mi niña...

—A alguien habré salido mamá —guiñé el ojo...

Capítulo 12



—Me muero por tomar un cubata —dije al entrar a casa de Brenda. Llevaba la mochila con mis cosas ya que esa noche después de la fiesta dormiría allí.

—Estás preciosa. Te queda genial esa falda con esa camiseta —apretó mi mandíbula con su mano y me zarandó mientras besaba mi mejilla.

—Eres tan bruta —resoplé deshaciéndome de ella.

—Encima que te doy cariño, te piropeo y te he preparado una copa para abrir cuerpo...

—Sí sé que me quieres mucho, pero joder que eres muy bruta —volteé los ojos.

Fui a la cocina a coger el cubata. De paso le robé un cigarro. Yo no fumaba, pero cuando salía de fiesta los quemaba “de tres en tres”.

—¿Y qué tal hoy con tu Highlander?

—Calla, que tengo una paranoia que creo que me estoy volviendo loca.

—Bueno, déjame decirte que el hecho de que estés loca no es nuevo, pero lo de la paranoia...

—¿Nunca te pasó algo tan fuerte que más tarde llegaste a pensar si era verdad o producto de tu imaginación?

—Esta mañana precisamente —dijo mientras yo daba una calada y un trago seguidamente — Noté que un hombre me miraba más de lo normal. Pensé hasta que había ligado, lo miré y me preguntó que qué miraba, por poco lo mato —soltó una carcajada.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No, fue mientras le cobraba en la caja.

—Joder, ¿lo ves? Nos montamos nuestras propias películas y eso creo que es lo que me pasó con Duncan esta mañana, que pensé que me iba a besar, pero en ese momento entró Isla.

—Muy oportuna —soltó una carcajada.

—Sí, sí, tiene el “don de la oportunidad”, aunque no sé si agradecersele y todo, pero a lo que iba, luego estuve nerviosa por eso que había pasado, pero más tarde comencé a pensar que era producto de mi imaginación y que no había ocurrido de esa manera.

—Puede ser...

—Te juro que me encanta, te juro que nunca me gustó nadie como él —miré el humo del cigarro.

—Y luego me dices a mí con Williams ¡Hay que joderse! —me quitó el cigarro y le dio una calada.

—Es diferente. Él te dejó “tirada como una colilla” sin contactar contigo —volteé los ojos.

—Claro y Duncan te va a pedir que te vayas a vivir con su mujer y con el niño —soltó una carcajada y yo otra, había sido muy buena esa.

—Te juro que estoy mal, realmente mal. No pensé que esa atracción que sentí la primera vez que lo vi, me iba a llevar a esto.

—Estamos jodidas, es que nos la buscamos solitas —dijo un trago al vaso que lo vació de golpe.

—Es que parece que “nos va la marcha” —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, sí, Nosotras todo lo que huela a facilito lo apartamos, no vaya a ser que tengamos suerte y al final nos salga algo bien por una vez en nuestra vida —dijo.

—Descarado es que dicen que la suerte hay que buscarla y nosotros todo lo que perseguimos son problemas. Si es que no tenemos remedio —añadí.

—Pues va a ser que no. No debemos tenerlo, pero ¿qué le vamos a hacer si solo nos gustan los malotes o los que vienen “con más problemas que un cuaderno de matemáticas?” —preguntó, de forma retórica...

—Pues nada, pero claro, luego toca “ajo y agua”, o sea, “a joderse y a aguantarse...” —contesté, provocando su risa.

—Pues va a ser que sí, de modo que mejor nos quedamos calladitas, que estamos mucho más monas...

—Echa otro que tenemos que salir de aquí con otra cara, que estamos de pena, anda que... —me la bebí de un buche y le puse el vaso para que lo rellenara.

Nos bebimos el segundo y nos tiramos a la calle. La noche era nuestra y estábamos guapísimas con esas minifaldas y esos labios rojos pasión, como los zapatos que decidí a última hora ponerme.

—Me van a matar estos puñeteros zapatos, pero “me importa un comino” —dije.

—Ya lo he visto ya, que como eres poco alta encima “te has subido en los andamios” —dijo, muerta de la risa.

—Hombre, ya sabes que “antes muerta que sencilla...”

—Vamos al bar de los Collins, que quiero ver a los verdaderos escoceses con su falda, que estamos en el corazón de las Highland, pero nada, aquí como no haya un evento, nada de tradición —dijo indignada.

—Claro, como la vez que te emborrachaste y hacías que te caías para mirar debajo de las faldas —reí recordando ese día que por poco la liamos parda.

—Y lo que te reíste ¿eso no cuenta?

—Claro que sí, pero vamos, que tuvimos delito ese día, nos pasamos tela y más aquí que todos nos conocen.

—Delito dice —negó mientras entrábamos al pub que tenía una terraza atrás exterior y pedimos dos cubatas.

Brenda era especialista en liarla. A lo largo de nuestra vida había recopilado tantas anécdotas graciosas de ella que me daban para escribir tres libros...

Nos apoyamos sobre una barrita en aquella terraza. Había mogollón de gente, casi todos los hombres con los Kilt, por arriba con camisa y chaleco, o camisas más informales, otros con camiseta, pero todos así de monos con sus piernas al aire...

—Mira ese —dijo señalando con la vista a uno mientras sujetaba la copa y luego le daba un trago —ese es un guiri, no puede ponerse el Kilt y tener las piernas depiladas. Ese no es ni de los alrededores... La madre que me parió, cambiando el tema, mira quién viene por ahí... —su rostro se transformó.

—¡Premio! —venía hacia nosotras Williams.

—No me dijo que viniera aún... —dijo sin fuerzas —¿Qué hago, Malvina?

—Sonreír como si tal cosa, tontina, venga. Ni lo dudes...

Y tanto que había venido antes, se acercó a nosotras y nos saludó de lo más feliz. Brenda parecía que había visto a un muerto, ni gesticulaba, estaba blanca y pálida.

Se pidió una copa y se la tomó con nosotras. Comenzó a contar un poco de su último año en Edimburgo y ya mi amiga fue quitando ese gesto de shock de cuando le vio.

Por mi parte, estaba de lo más animada. La presencia de Williams no me molestaba ni mucho menos, además era gracioso y nos hizo reír tela.

Aquel muchacho era uno de esos personajes que muy bien para copas y tal, otra cosa era pretender algo serio con él. Y eso era lo que Brenda no calibraba bien. A ver si esta vez era capaz de no salir escaldada del asunto.

—Voy a por otra ronda de cubatas —dije dando un golpe en la mesa y dirigiéndome hacia la barra. Estaba pletórica y todas las canciones me hacían sentir que eran para mí.

Además, aunque no me fiaba ni un pelo de que aquellos dos no volvieran a liarla, tampoco era plan de “estar aguantando la vela” todo el tiempo. Les daría algo de tregua...

—Tres cubatas de ron con coca cola - —dije sonriente.

—Que sean cuatro, por favor —dijo una voz conocida y me giré.

—¿Tú? —ahora la que estaba en shock era yo, no Brenda, que seguía feliz charlando con Williams —No te imaginaba por aquí —dije a Duncan incrédula.

—Te vi tan animada por salir este sábado, que me dije que tenía que probar eso de vivir la noche en Inverness después de años sin salir de fiesta —levantó la ceja.

—Claro —dije casi sin palabras, estaba en shock, literalmente en shock.

—Después de viejuno y feo, a ver si ahora voy a parecerte también un fantasma, porque te has quedado pálida, muchacha —dijo con gracia.

Vamos con una gracia que, unida a su atractivo, daban ganas de abalanzarse hacia él y olvidarse del mundo...

Miré a Brenda que a lo lejos movía las manos, nerviosa por lo que estaba viendo a mi lado.

Por mi parte, le hice un gesto de que tampoco entendía nada, pero pretendiendo que él no lo notara. La escena era bastante cómica.

Ni tiempo me dio a reaccionar cuando Duncan había pagado y sostenía dos copas a cada lado y caminaba en dirección a Brenda, de sobra nos había visto antes.

Encima de estar “para hacerle unos cuantos favores”, era todo un caballero, Después de tanto sueñecito con él, me di un pequeño pellizco para comprobar que no era uno más. Y efectivamente, era real.

Le presenté a Williams y a mi amiga, pero me aparté un poco de ellos para dejarlos charlando y yo hacerlo con Duncan. Era toda una ocasión y quería disfrutarla poco a poco, como el cubata.

—No me puedo creer que estés aquí —me mordí el labio sonriendo.

—Solo dime si fue grata la sorpresa —volvía esa intensa mirada que me dejaba entrever nuevamente lo que él deseaba.

—Si, lo fue —sonreí.

—Entonces, ha merecido la pena venir —le hizo una caricia a mi mano. Fue rápida, pero de esas que en un momento te erizan la piel.

—¿Y si no me hubieras encontrado?

—Llevo cinco pubs recorridos, hubiera terminado en la puerta de tu casa si recorriera la ciudad y no te encontrara —dijo en un tono que no sabía si estaba bromeando o no.

—No será para tanto... —dije, engordando de tres a cinco kilos al ver aquello...

—Lo es. Aunque no quieras creerlo, pero sabes que lo es...

Eso me dejó sin aliento.

Estuvimos un rato charlando. Brenda se acercó para preguntar si nos íbamos a otro pub. Le dije que más tarde le daba el encuentro, que fuera ella. Sabía que deseaba quedarse a solas con él.

Sacó una llave de su llavero que llevaba dos copias y me dio una.

—Por si no nos encontramos, nos vemos en la casa.

—Vale —me la colgué de una cadena.

Había llegado el momento de quedar “cada oveja con su pareja”. A ella le apetecía quedarse a solas con Williams y a mí con Duncan.

Era la primera vez que nos encontrábamos fuera del ámbito laboral, en el que yo era su empleada y él mi jefe y en el que cualquier oído podía escuchar lo que habláramos.

En aquel pub éramos dos iguales, un hombre y una mujer cuyas miradas, al encontrarse, hablaban de pasión y deseos salvajes... Reí pensando en lo que me había dicho mi madre antes de salir, ¡anda que si me viera!

—¿Puedo proponerte algo?

—Sorpréndeme —dije en un intento de romper mi vergüenza y además que estaba achispada por el alcohol.

—Vámonos a un lugar que pueda ser yo, en el que pueda tomar algo sin necesidad de que me vean y se desaten los rumores. Quiero disfrutar de esta noche contigo.

—Vamos donde quieras, claro —dije en un tono sugerente.

Lo seguí y nos montamos en su impresionante coche. Salió de la ciudad y llegamos a un hotel de lujo perdido entre las montañas. Casi me quedo loca al ver dónde me había llevado, pero me daba igual, quería estar con él a solas...

Iba muy emocionada y pensé que lo nuestro era una historia curiosa, pues habíamos pasado de, ni siquiera darnos un beso, a disponernos a compartir una noche de pasión en aquel maravilloso entorno. Que para ello hubiéramos tenido que ir hasta “el culo del mundo”, era lo de menos...

Entramos y pidió una habitación. En este caso la mejor, ya que estaba disponible, “un ojo a la cara” le habían pedido y él pagó con la tarjeta como si estuviera comprando un caramelo para su hijo.

Entramos a la habitación y me quedé alucinada. Aquello era impresionante, todo en diáfano, con una especie de salón frente a la zona de dormir donde imponía una cama impresionante.

Había una zona de bebidas. Duncan sirvió dos copas. Mientras, yo estaba mirando todo, inclusive las preciosas vistas que había desde la terraza donde salimos a tomarlas.

Nos quedamos de pie apoyados sobre la barandilla. Las copas en una mesa que había a un lado. Me gustaba aquella sensación de libertad en aquella noche silenciosa.

Pensé que en mi vida había estado más nerviosa, aunque tampoco nunca me había atraído nadie tanto como él. Había llegado a mi vida, inundándolo todo. Había arrasado y puesto mi universo “patas arriba” en tan solo unos días.

Duncan dio un trago a la copa y se puso detrás de mí. Cogí aire y lo solté lentamente...

Noté sus manos colocarse en mis caderas por debajo de la falda. Eso me dejó sin aire. Se pegó a mí y apoyó su cabeza en mi nuca.

—Cada día desde que te conocí ha representado una lucha entre el deseo y el echarle el freno —apretó mis caderas con firmeza y yo permanecía inmóvil.

Yo no podría haberlo definido mejor. Por mi parte, había sido exactamente igual, solo que en los primeros días me lo negaba a mí misma, quizás por el miedo a su estado civil y a su estatus social.

Al final iba a ser verdad aquello de que el deseo no entiende de barreras, porque las estábamos esquivando todas, ¡y a marchas forzadas!

Sus manos se fueron hacia mis glúteos y los apretó con dureza. Soltó un gemido contenido de excitación al contacto con esa parte de mi cuerpo.

No imaginaba a Duncan de esa manera tan fogosa, tan desinhibida, pero yo lo deseaba así y de cualquier manera.

La humedad hizo acto de aparición en mi zona íntima al contacto con su piel, como prolegómeno del impresionante asalto sexual que deseaba tener con él.

Era fuerte y eso se notaba a la hora de tocarme. Me apretaba con ganas, pero a mí no me importaba. Me encantaba esa sensación, aunque fuera incapaz de articular palabra, ni mucho menos moverme.

No me consideraba pasiva ni inactiva en el sexo, ni mucho menos, pero en este caso, tenía la necesidad de que él llevara las riendas del asunto...

Ahí estaba a su merced, dispuesta a darle todo lo que me pidiera, a hacer o dejarme llevar por sus decisiones en ese momento...

Pasó una mano hacia delante, agarró mis partes con fuerza por encima de mi tanga y la otra mano la subió por dentro de mi camiseta para agarrar mi pecho con firmeza. Luego acarició mi pezón y comenzó a apretarlo. Solté un quejido mezclado con placer, aquello era demasiado excitante...

Notaba como nuestros deseos se acompañaban. Habíamos puesto en marcha una brutal maquinaria que ya era irrefrenable...

Metió la mano por dentro de mi tanga y buscó entre los labios la entrada a mi parte más íntima. Metió dos dedos y los llevó hasta el final, tirando un poco hacia fuera y haciendo que mi cuerpo reaccionara a ello.

¿De dónde había sacado esa garra y manera de hacerlo? Sabía que en sus manos iba a pasar unos momentos de lo más apasionante y fogosos. Al final, de oscuro no tenía nada, pero iba a resultar que, de guerrero, sí...

Quitó sus manos de encima y me giró.

Puso mi copa en la mano y me indicó que le diera un trago. Sonreía satisfecho de saber que iba a conseguir aquello que tanto deseaba.

Se notaba de sobra que sabía lo que quería, pero, sobre todo, como lo quería. De repente, aquel pacífico hombre, se había transformado en un rival sexual de una altura que me cogió por sorpresa. Y yo no estaba para medirme con él. Lo que me apetecía era dejarme llevar...

Apartó una silla de la mesa de la terraza y se sentó en ella con las piernas abiertas. Me puso de pie frente a él, en medio y me hizo señas para que me quitara la falda, mientras dio un trago a su copa.

Me quité la cremallera y la deje caer al suelo, la aparté a un lado y lo miré. Fue un gesto muy excitante que hizo que me mordiera el labio.

Señaló con ojos de deseo a mi camiseta, quería que me la quitara y eso hice. Le daría todo lo que me pidiera. Necesitaba hacerlo con él como quisiera, yo solo sabía que quería estar ahí, de esa manera, en sus manos...

Era el momento sexual más excitante de mi vida y deseaba vivirlo a su manera, porque no tenía ninguna duda de que eso nos iba a hacer disfrutar al máximo a los dos...

Me señaló el sujetador. Me lo quité con delicadeza, mirándolo y lo dejé caer a un lado. De nuevo me mordí el labio.

Soltó el aire al verme solo con aquel minúsculo tanga. Miraba mi pecho y resoplaba. Estaba de lo más excitado y ya podía ver su miembro crecer dentro de aquellos pantalones.

Me miraba, en silencio, mientras mi piel se erizaba por la brisa de la noche, fresca y yo ahí casi desnuda ante él.

Se bebió la copa de un trago y me señaló a la mía, le di un buen buche...

Se levantó, me pegó a él con fuerzas y me besó, con ganas, ansias, durante un buen rato... mientras me pegaba a su miembro con fuerza, agarrado a mis caderas, produciéndome un placer que comenzaba a aumentar por momentos y a ponerme de lo más excitada.

Me agarró de la mano y me puso mirando al paisaje, con las manos en la barandilla, separó mis piernas y se pegó detrás. Escuché cómo se desnudaba, hasta cómo se ponía un preservativo. Cogí aire sabiendo que ahí empezaría ese momento que tanto había fantaseado, pero no de esa forma.

Me levantó las caderas y me abrió un poco con sus manos para asegurar la entrada y lo hizo de una estocada, tuve hasta que coger aire...

Su mano se fue a mi clítoris y mientras me penetraba lentamente y salía, comenzó a tocarlo. Con su otra mano aguantaba mi cuerpo con firmeza para manejarme a su antojo.

Comenzó a dar estocadas más rápidas y duras, mientras sus dedos no dejaban de circular por mi clítoris. Yo gritaba como nunca antes lo había hecho...

La escena estaba siendo de lo más excitante y pasional, además notaba la dureza de su cuerpo definido y fuerte, aquello era una bomba a punto de explotar...

Me corrí mientras él también terminaba de alcanzar su orgasmo. Pensé que me moría, aquello era demasiado para mí. Cuando paró pensé que el corazón se me salía del pecho y que me iba a desmayar.

Me agarró de la mano y me llevó al baño, tiró a la papelera el preservativo y me metió con él en la ducha.

Comenzó a besarme de otra manera, más relajada, disfrutando de esos besos, ya me había hecho temblar demasiado.

Se puso gel en las manos y mientras me besaba, me acariciaba y besaba, metió sus dedos por mis partes, para lavarme también por ahí. Tenía un control sobre mí que hasta yo misma me sorprendía.

Tras la ducha nos envolvimos en unos albornoces y salimos a la terraza a tomar otra copa que estaba preparando.

—¿Estás bien, preciosa?

—Estoy mejor que bien. Estoy viviendo una noche espectacular con la persona con la que me apetecía hacerlo. No puedo imaginar ahora mismo nada mejor.

—Eso espero. Pongo pasión en todo lo que hago, Malvina y tú me inspiras, más de lo que piensas...

Aquello estaba siendo impresionante. Se puso a mi lado, mirando hacia las montañas. Me daba besos en la mejilla, en los labios, me abrazaba, era todo aquello que siempre soñé...

—Espero haberte demostrado que de viejuno no tengo nada. Y mi “hermano” el de abajo, tampoco —dijo riendo.

—Sí, sí, no te preocupes que ya me ha quedado clarinete —musité...

Estuvimos un buen rato, nos tomamos hasta otra copa más y luego nos fuimos a la cama...

Le puse un mensaje a Brenda diciendo que no iría a dormir. No quería que se preocupara al no verme llegar esa noche... Aunque algo me decía que debía estar también bastante ocupada, y no

jugando al parchís precisamente...

Nos acostamos abrazados, era el hombre más cariñoso y atento del mundo. Estaba que no me lo creía, lo tenía ahí, conmigo, piel con piel ¿Podía haber sido mejor la noche?

—Ahora espero que descanses y que tengas el mejor de los sueños, Malvina —dijo, volviéndome a besar lenta pero apasionadamente.

—El mejor de los sueños es aquel en el que apareces tú, Duncan —añadí...

Me quedé dormida después de un buen rato. Aquello había sido demasiado y no quería que terminara, deseaba seguir sintiendo el placer de sentir su contacto con mi piel.

Me volvía una y otra ve para comprobar que aquello era real y sonreía feliz cuando corroboraba que así era.

Capítulo 13



Sus manos acariciando mi cabello fue lo primero que sentí al despertar. Sonreí y le besé la mejilla.

Desde luego que no había sido un sueño y no recordaba una sensación de felicidad mayor en mi vida.

Necesitaba ir al baño, así que con todo el dolor de mi alma me deshice de él y fui. Me asee un poco y me lavé los dientes. Al salir me estaba esperando sonriente en la puerta y me pegó a él y comenzó a besarme.

Otro punto a su favor: tenía un buen despertar de escándalo. ¿Sería aquello una especie de “cámara oculta”? No podía imaginar un hombre más perfecto...

Estaba desnuda, igual que él. Me cogió con aquellos brazos imponentes que tenía y me puso contra la pared. Yo volvía a notar aquella intensa humedad que se apoderaba de toda mi zona íntima...

Me penetró y me lo hizo ahí en volandas. Yo estaba alucinando, pero me agarré a sus brazos con fuerza para no salir disparada por aquellos movimientos que estaba haciendo de forma tan contundente...

Aquello era todo un espectáculo que no había visto jamás, su manera de hacerlo y el control que poseía sobre mí, era algo que no estuvo nunca al alcance de mi mente.

Eran unas escenas que parecían sacas del más tórrido de los relatos eróticos que hubiera caído en mis manos. Solo deseaba estar a la altura de las circunstancias...

Después de hacerlo me sentó en la cama sonriendo y cogió el teléfono de la habitación para encargarse del desayuno “De luxe”, la expresión ya lo decía todo.

Me puse la camiseta y el tanga. Me dirigía al baño cuando llamaron a la puerta. Dispusieron todo cuidadosamente en la mesa.

Me senté junto a él en el sofá. Estaba sonriente, feliz y me dio el café, acompañado de un bombón.

—Un bombón para otro bombón —guiñó el ojo...

—¡Te como! —chillé.

Ahí había de todo: pan, mermelada, mantequilla, bollería, zumos... un banquete para coger fuerzas.

—Has pedido demasiado. Esto es demasiado —dije.

—Malvina, esto es un simple detalle sin importancia. Te lo mereces todo y me encanta ponerlo a tu alcance.

Desayunamos con sonrisas y miradas confidentes.

Tras el desayuno él me echó hacia atrás en el sofá. Ya me lo veía venir, comenzó a besar mi barriga y a quitar mi tanga... Después se colocó entre mis piernas y comenzó a lamer y

mordisquear. Pensé que no aguantaría me agarré al sofá con fuerzas ante aquel estímulo de sensaciones que recorrían mi cuerpo....

Con su lengua tocó mi clítoris de forma desmesurada, mientras sus dedos se introducían en mi vagina. Chillé de placer, gemí, me corrí a gritos como jamás antes lo había hecho y caí sin fuerzas en el sofá donde sabía que de esa iba a tardar en recuperarme...

Me levantó y me puso de cuclillas encima de él. Ya tenía un preservativo, con sus gestos me ordenó que me sentará justo encima de su miembro para entrar dentro de mí.

Lo hice y él rápidamente cogió el mando. No era yo la que saltaba ahí, era él con sus manos el que hacía mover todo mi cuerpo, hasta que se corrió, después de un rato de intensas entradas, se corrió y me abrazó con una fuerza desmesurada.

Ni siquiera cuando se suponía que había llegado mi momento de demostrar que no había nacido ayer me dejó hacer...

Aquello había sido demasiado. Quería una noche de fiesta y la tuve, pero no cómo me imaginaba y encima estaba lo de ese despertar tan bonito y excitante. Era una mezcla de todo, una sensación indescriptible...

Pasamos la mañana en la habitación entre caricias, besos y demás, luego a medio día entregamos las llaves y nos fuimos a comer a un restaurante perdido por aquellos lugares. No había ningún género de duda. Él deseaba tanto como yo pasar el máximo tiempo posible juntos aquel día.

Almorzamos en un lugar súper romántico, exclusivo y bonito, en un rincón con un marco incomparable, una de las vistas más impresionantes al acantilado que yo había visto jamás.

Duncan estaba atento y caballeroso en todo momento. Era todo un señor en la calle y en la cama un rebelde muy fogoso, así lo veía, me había sorprendido gratamente mucho esa parte íntima suya.

Pasamos un precioso día en el que tomamos café, paseamos por otro lugar y por la noche me dejó en la puerta de Brenda para recoger mi mochila y nos despedimos.

No quedamos en nada. Al día siguiente nos íbamos a ver en su casa, pero esta vez estarían todos, así que no sabía lo que pasaría a partir de ese instante, pero sobre todo quería que la vivida no fuera la primera y última vez.

Le conté a Brenda rápidamente y ella a mí. Williams había pasado la noche con ella en su casa, cosa que no dudé desde que los dejé solos, así que le vino genial mi escapada.

Ella alucinó con lo de Duncan, no se lo podía creer, yo estaba feliz y emocionada. Había sido uno de los días más bonitos de mi vida, sin dudas, así lo calificaba y lo tenía claro.

—Te juro que casi me desmayo hasta yo cuando lo vi en el pub —me dijo...

—Sí. Es que fue alucinante. Yo tampoco me lo podía ni creer. Aquel esposo y padre tan formal, de repente solo, de marcha nocturna y buscándome. Es un sueño.

—¡Y anda que no estaba atractivo! Creo que, de haberte quedado en el local, más de una envidiosa te habría tirado de los pelos...

—¡Madre mía! Sí. Es guapo a rabiar...

—¿Y desnudo?

—Desnudo gana todavía más...

—¡Bueno, bueno! Es el “acabose”. ¿Quién te lo iba a decir? Malvina estás “triunfando como la coca cola”.

—¡Tienes unas cosas! Aunque he de reconocer que esto ha dado un giro espectacular. Y es que sentía que...

—¿Qué sentías? A ver, no quiero parecer ilusa ni nada parecido, pero sentía que no era solo un polvo para él. No puedes imaginar con el mimo con el que me ha tratado...

—Mira, visto desde fuera, tampoco parece que seas solo un pasatiempo para él...

—Dame tu opinión. Me vendrá fenomenal...

—Pues mira. Si fueras solo un polvo, lo habría buscado en su casa el otro día, cuando no estaba su mujer y tal... Y, sin embargo, fue súper educado y no se aprovechó un ápice de la situación...

—Eso es verdad.

—Lo ha hecho en plan romántico y sorpresivo, como a las mujeres nos gusta. Te ha buscado “por cielo y tierra” esa noche hasta dar contigo. Te ha conquistado y lo ha hecho con la máxima elegancia... Y después...

—Después me ha empotrado como no lo habían hecho en mi vida. No puedes imaginar el control que tiene sobre la situación... Yo estaba “hecha un flan” dejándome llevar. El tío es un mago de la seducción...

—Y “del folleteo” por lo veo. ¡Anda que no encierra nada Duncan! Se lo tenía muy calladito...

—Bueno, ya le deben estar pitando bastante los oídos a Duncan. Ahora, cuéntame qué tal con Williams...

—Bueno pues nosotros nos hemos dado también “la del pulpo”, como era de esperar, pero vamos, que, sin intención de más, supongo, o no sé o...

—Vamos que si suena ahora mismo el teléfono te das “patadas en el culo” para correr a su lado, ¿no es eso?

—Bueno más o menos, pero “que nos quiten lo bailado” esta noche...

—Querrás decir “lo follado...”

—Más o menos....

—¿Crees que nos estamos “metiendo en la boca del lobo”?

—Pues igual un poco sí, Malvina, para qué vamos a engañarnos, pero el caso es que nosotras no somos convencionales y nunca nos ha ido lo común. Nosotras somos más de “nadar contra corriente...”

—Y contra eso no se puede luchar, ¿no?

—Pues yo creo que no. Es más, no sé si no podemos o no queremos. Así que para adelante y ya veremos lo que el destino nos tiene deparado a las dos...

Me quedé un rato en su casa y hasta cené un sándwich. Mis padres sabían que solía pasar el domingo entero con mi amiga, así que no sospecharían nada. Además, no eran preguntones, tenían la tranquilidad de que yo les solía contar todo, menos esto. No se lo podía contar, los dejaría locos.

Nos reímos mucho cuando le intentaba explicar más todavía al detalle a Brenda cómo me lo había hecho desde el principio. Ella decía que eso era de “fuera de serie”. Yo estaba de acuerdo, lo que había vivido esas horas era muy fuerte, no se me iba a olvidar en la vida.

—Malvina, pues eso ya se queda en tu retina para siempre.

—Sí, sí, “escocidita” del todo me ha dejado. Joder, cómo se las gasta...

—Tienes cara de enamorada, amiga. ¿te estás dando cuenta?

—Sí, me parece que me estoy quedando “colgada” a tope...

—Y ahora, ¿qué piensas que va a pasar?

—Eso sí que es un enigma. No sé qué “papeleta” me voy a encontrar a partir de ahora en la casa, pero está claro que las cosas han cambiado...

—¿Y qué te dice al respecto “el viejo ese” que tienes en la barriga?

Brenda compartía la opinión de mi madre de que yo tenía “algo”, una especie de sexto sentido que me permitía “ver la hierba crecer” y ojalá tuvieran razón porque mi corazón me decía que luchara, que merecía mucho la pena... pero mi cabeza me decía lo contrario.

Volví a casa feliz, caminando relajada, con ganas de volver a ver a Duncan, de volver a tener la posibilidad de vivir otra noche así, de perderme en sus brazos, en su cama, de dejarme llevar por esa fogosidad que desprendía “por los cuatro costados”.

En mi casa estuve un rato charlando con mis padres que me contaron que habían pasado el día paseando. Los domingos no trabajaban, tenían contratado para ese día a un chico, pero le dejaban todo listo el día anterior, así que aprovechaban para relajarse y pasar el día haciendo lo que les apeteciera.

—Y tú, hija, ¿te has divertido?

—Yo lo he pasado fenomenal también, mamá —dije —¿Si ella supiera cuánto igual no sonreía así!

—Muy bien, Malvina, trabajas mucho y tienes derecho a divertirte. Si yo tuviera tus años...

—¿Te irías por ahí “de marcha” con tus amigas como dicen ahora? —le preguntó mi padre, que estaba cómodamente sentado en su butacón...

—No, marido no me refería a eso —dijo —Es solo que la juventud es muy bonita y querría explotarla hasta las últimas consecuencias, pero contigo —rio.

—Vale, vale, si es así vale —le guiñó un ojo...

—Vosotros no sabéis ir “ni a la puerta de la calle” el uno sin el otro —dije.

—Eso es verdad, hija —añadió mi madre.

Me acosté pensando en todo, en las miradas de cuando nos conocimos, los mensajes que yo veía a través de sus ojos, la sorpresa de verlo en aquel pub, la proposición de perdernos de la vista del resto del mundo...

Y después me recreé mentalmente en ese primer momento en la terraza, después en la habitación, el desayuno, el momento sofá, era todo lo que se agolpaba en mi cabeza, aquello que había pasado sin yo esperarlo, pero deseándolo con todas mis fuerzas...

Si cerraba los ojos todavía podía notar sus manos sobre mis caderas, sus pasionales embestidas, el modo tan sugerente en el que me daba las instrucciones...

Mi piel volvía a erizarse con cada uno de aquellos pensamientos... Cada vez invadía más mi mente... ¿Sería Duncan el hombre de mi vida? Pero ¿a qué precio? No estaba dispuesta a ser “la otra” bajo ningún concepto...

Ahora me golpeaba en la cabeza el volver a la casa, encontrarme con su mujer, con Sienna, esa que tan mal rollo me transmitía...

Le pedí al universo que las volviera a mandar a las dos unos días de nuevo fuera, reía al pensarlo, pero es que lo deseaba con todo mi corazón. Sabía que lo que había pasado marcaría un antes y un después en mi vida.

Aunque sonara mal, de momento me conformaba con verme con él a escondidas, con amarnos como lo habíamos hecho esa noche, en la que notaba en todo momento la sensación que causaba en él. Era esa misma que causaba en mí.

Me resultaba difícil conciliar el sueño con todo lo vivido en tan poco tiempo, muchas preguntas que me hacía a mí misma, pero de ninguna tenía una respuesta clara y certera, todo se

podía suponer, pero nada dar por sentado.

Me abracé a la almohada, tenía ganas de llorar, de felicidad, pero por otro lado de tristeza por saber que era una historia por la que no podría luchar, no tenía lugar en su vida, en su entorno, por muy injusto que fuera, así era.

Él estaba sumido en un matrimonio que no lo hacía feliz, pero al que no iba a renunciar por algo que había que los unía por encima de todo, por muy fuerte que sonara, pero era así.

¿Qué podía llevarlo a estar con alguien que no deseaba ni amaba? ¿Qué lo llevaría a hacerlo cuando tenía todo lo necesario para ser feliz y vivir una vida a su modo?

No lo sabía e intuía que nunca lo llegaría a saber, eso era lo que más me dolía, el no entender lo que podía mantenerlos unidos a pesar de no haber nada entre ellos, eso era lo que mi cabeza y mi mente no podían llegar a alcanzar.

Pero así era, así lo había conocido y solo me quedaba el soñar con volver a vivir un momento como el que había vivido, en el que me había sentido deseada, amada, cuidada y un sinfín de cosas que nunca antes había experimentado y eso era amor, sin dudas lo era...

Capítulo 14



Desperté y todo me vino de golpe a la cabeza...

Salí directa a la calle y me compré un café para llevar. Pasaba de pararme ya que iba justita de tiempo y aunque en la casa lo podía tomar, prefería llegar ya con un poco de café “inyectado en vena”.

A aquella casa había que llegar fuerte de mente y con refuerzos, vamos que, porque no podía, pues en otro caso, me hubiera llevado “al séptimo de caballería...”

—Buenos días —dije al cruzarme en los pasillos a Alison.

Me ignoró por completo la muy zorra, me miró de arriba abajo y siguió para el jardín a coger su coche y eso que había llegado el día anterior por la noche, aunque por mí que no volviera nunca.

Por mi parte ya podía partirla un rayo, o dos, para así estar más seguros... A ver si volvía a cogerse unos días con su amante y teníamos el resto “la fiesta en paz”.

Me cambié y me metí en la cocina. No tardó en llegar Isla pidiéndome un café. Por fin una cara amable.

—No puedo con esa mujer —dije refiriéndome a Alison, no conoce la vergüenza ni la educación.

—Ya se acabó lo bueno y al medio día llega la “simpática” —volteó los ojos refiriéndose a Sienna.

—Ya estoy rezando para que sea sábado de nuevo —reí. Esto vuelve a ser el mismo “nido de víboras” de siempre...

—Pues no es por amargarte, pero falta muy poco —me sacó la lengua.

—Ay Dios, vaya pereza volver a ver por la cocina a esa —negué con la cabeza.

—Y eso que no sabe que preferimos tus platos a los suyos que, si no, mandaba a “formar un pelotón de fusilamiento” exclusivo para ti...

—Eso es verdad, pero si ella subiera las ganas que tengo de “echarle mano al pescuezo” —volteé los ojos...

En ese momento asomó la cabeza Duncan por la cocina y el corazón me dio un vuelco.

—Buenos días —sonrió. Isla y yo le contestamos a la vez —Malvina, tengo que hacer en mi despacho unas cosas para enviar a la gestoría ¿Me puedes llevar un café por favor?

—Claro, ahora mismo voy —dije intentándolo no mirar para no parecer nerviosa.

Se marchó e Isla me miró.

—La primera vez que pide un café en su despacho. En esta casa está pasando algo más raro de lo normal y tenemos que averiguarlo —dijo sonriendo y tocando mi trenza.

—Oremos —solté bromeando.

Isla se fue, ya que tenía que ir a recoger unas cosas a la compañía postal y yo le preparé el

café. Lo puse en una bandeja con dos o tres galletas de manteca y subí hasta su despacho.

Llamé a la puerta.

—Adelante —dijo y entré de lo más nerviosa.

—¿Te lo pongo en la mesa? —pregunté temblorosa.

—Sí, por favor —se fue a cerrar la puerta y contuve la respiración.

—Se vino hacia mí y me arrastró a la mesa donde se apoyó, me pegó a él y comenzó a besarme. Yo empecé a ruborizarme, no me esperaba eso por nada del mundo.

Metió sus manos por debajo de la bata apoyándose en mis caderas y haciendo que me rozase con su miembro.

—Duncan —me quejé gimiendo.

—Malvina...

Se incorporó y me puso pegada a la mesa, de espaldas, me echó hacia delante y bajó mis bragas hasta el suelo.

A mí me temblaba todo el cuerpo por la posibilidad de que entrara alguien, pero no había nadie en el interior de la casa.

Abrió mis piernas y escuché cómo se desabrochaba los pantalones. Levantó mis caderas y me penetró, con una mano en mi espalda y otra en la cadera, me embistió e hizo que yo soltara todo el aire contenido.

—Bien —dijo gimiendo una vez dentro y comenzó a embestirme con fuerzas.

Yo no quería gritar, pero no era para menos, me retorcía de placer, de excitación de aquello prohibido a lo que me veía sucumbida.

Fueron unos momentos de lo más inesperado y morbosos. Nuestros pechos palpitaban al unísono, yo notaba el suyo a través de mi espalda.

Cuando terminó me dijo que no me moviera y fue al baño que tenía en el despacho.

Hice caso y cuando regresó se sentó en el sillón del despacho y me ordenó que me sentara frente a él en la mesa.

Contuve el aire y le hice caso, me senté en el borde de ella y él se acercó a mí. Colocó cada una de mis piernas a cada lado de los brazos del sillón.

Estaba blanca, abierta ante él que miraba mis partes con deseo, con el batín por encima de mis caderas. Aquello era demasiado para mí, pero yo deseaba todo con él.

—Tócate para mí —dijo apoyando su codo a un lado del brazo del sillón.

—Duncan... —respondí ruborizada.

Cogió mi mano y la puso en mi clítoris.

—Tócate, Malvina...

Comencé a hacer círculos y apretar en mi clítoris. No tardó en inflamarse, él me miraba con esos ojos morbosos por la situación...

Se acercó un poco y puso una mano en mis caderas y con la otra por debajo de la mía comenzó a meter sus dedos en mi vagina.

Empecé a llegar al orgasmo y él movía sus dedos con más agitación y dureza, hasta que me corrí, quedándome desgastada por la situación.

Me ayudó a levantarme y cuando pensé que me dejaría ir, me giró y me sentó sobre él, poniendo su cabeza en mi hombro.

—Me encantas, Malvina, me encantas —dijo abrazándome y yo me quedé callada, sin saber que decir

—Tengo que bajar —dije sonriendo.

Me levanté y se levantó, me cogió por la cintura y me pegó de nuevo a él, comenzó a besarme.

Tampoco imaginaba él hasta qué punto me encantaba a mí ni yo quería decírselo en ese momento. No era cuestión de “forzar la máquina” más de lo que lo estábamos haciendo. Mis sentimientos eran más que contradictorios.

Cuando nos separamos miré al café que ya estaba frío.

—No te preocupes, ahora bajo a tomar uno —sonrió.

Me puse el tanga y salí de allí sonriente, negando con la cabeza, todo aquello era una locura.

Bajé a la cocina y me encontré al mirar hacia fuera al niño jugando con el jardinero que se había quedado a cargo de él mientras Isla salía a entregar unos paquetes...

El pequeño Lain empezó a saludarme con la manita y yo es que me derretía con él. A cualquiera que se lo hubiese explicado podría pensar que estaba “arrimando el ascua a mi sardina” pero bien sabía yo que no era así.

—Malvina, Malvina, ¿vienes a jugar conmigo? —me dijo mientras tiraba de mi brazo.

—No puedo Lain, pero te prometo que en cuanto tenga un ratito, voy.

—Es que Isla no está.

—Pero está Graham, que es muy bueno contigo...

Entré en la casa pensando en que la vida era un asco en algunas ocasiones. Su madre, como siempre, “despendolada” Dios sabría dónde y el pobre crío pidiéndole jugar a una extraña.

Me puse a preparar comida y no tardó en bajar Duncan al que le puse un desayuno y se sentó como siempre en la cocina.

Me miraba buscándome, de manera cómplice, sonriendo, me encantaba, pero me ponía de lo más nerviosa.

—Se ha quedado buen día —bromeó como si no tuviéramos nada que decirnos.

—Parece que sí —repliqué...

El pequeño entró chillando y abrazando a su padre.

—¿Quieres un vaso de leche? —pregunté mirando al pequeño.

—Ya me tomé uno, pero me tomaría otro —reía avergonzado.

—Ahora mismo te pongo otro ¿Le pongo un poco de cacao?

—Sí —reía feliz.

—Duncan, antes me ha estado pidiendo que jugara con él fuera. Me da la sensación de que necesita algo de atención.

—Pero ¿estaba solo?

—No, no. Estaba con Graham, pero yo creo que este niño tiene algo de “papitis”.

—Pues tomo nota y, en cuanto desayunemos, mi campeón y yo jugaremos a lo que a él le dé la gana en el jardín. ¿Quieres, mi niño? —preguntó.

—Sí, ¡quiero jugar con papá! —chillaba feliz...

Le puse el vaso y después de tomarlo salieron un rato al jardín, jugaron un poco...

Me encantaba observarlos desde la ventana de la cocina. Era ideal la forma en la que el padre le hacía cosquillas para quitarle el balón. Resultaba una estampa de lo más bonita y emocionante, me gustaba mirar ese hombre que tanto me hacía suspirar.

—¡Eres un tramposo, papi! ¡Me has hecho cosquillas!...

—No soy un tramposo. Solo he utilizado una estrategia...

—¿Qué es una estrategia?

—Pues un plan previamente trazado para lograr un objetivo.

No pude evitar ponerme un poco a la defensiva por aquellas palabras. Nada me hacía sentir

más insegura que pensar que yo pudiera ser objeto de una estrategia suya, ¡ojalá que me equivocase!

Llegó la hora del almuerzo y lo serví para todos. Un rato después llegó la “cara amargada” y sin mediar palabra revisó la cocina y se fue a su cuarto.

¡No la aguantaba! Por favor que la encerraran en la habitación un año, yo solo la quería perder de mi vista...

Pasaría las dos horas que quedaban mirando el reloj para comprobar cuánto faltaba para irme. También estaba a la expectativa por si volviera a aparecer Duncan, aunque ya había sido demasiado por esa mañana en la que nos dejamos llevar por una pasión desenfrenada.

Busqué alternativas. Comencé a ordenar la despensa e Isla no tardó en llegar para echarme una mano.

—Menos mal que se ha ido a dormir, anda, a ver si le pasa como a Blancanieves y no la podemos despertar ni a hostia limpia... —dije.

—Sí, será porque la muchacha es una “princesita Disney” —dijo.

—Una bruja de cuento es lo que es, que además tiene hasta una verruga y todo, la muy desgraciada... ¿No te has fijado?

—Sí, sí, ¡es para fijarse! Muy completita la muchacha, anda y que le den “por donde amargan los pepinos”.

—A esa no le han dado un buen meneo desde hace tres siglos. Te lo digo yo. Por eso está tan amargada...

—Por eso no lo digas, cariño, porque aquí servidora tampoco ha compartido catre con nadie “desde el año de los tiros...” Eso tú no lo podrás entender que eres tan guapa y tan joven, pero yo es que no me veo ya “para esos trotes”. A no ser que fuera con una pareja y no es el caso.

—¡Madre mía si Isla supiera lo bien que me lo había pasado yo mientras que ella había ido a enviar aquellos paquetes! Bueno, lo mío también había sido una cuestión de paquetes, ¡pero de echarle mano al de Duncan!

—¿No sales, Isla?

—No mucho, bonita. Mi poco tiempo libre lo ocupo leyendo, haciendo encaje de bolillos que me gusta mucho o saliendo a tomar un café con unas amigas, pero poco más...

—Pues tienes que darle alguna alegría a ese cuerpo, que después se atrofia y llegan los problemas...

—¡Ay, niña! Atrofiado lo tengo que tener ya, telarañas han de haber ahí, hazme caso...

—A ti lo que te hace falta es “una manita de chapa y pintura”.

—¿Cómo?

—Pues un arreglito, modernizarte un poco y salir a airearte, ¡cómo está mandado! Que eres muy joven y te has enterrado en vida... Te estás dejando contagiar por el aire lúgubre de esta casa...

—¿Tú crees? Yo ya me miro al espejo y no veo nada que me guste...

—Eso es porque tienes una “depresión como un piano de cola” de estar aquí dentro... A ver, ¿y si te cortaras un poco el pelo?

—¿En serio me lo dices?

—Un día te vienes a una peluquería de una amiga mía y te va a dar un cambio de look total, ya verás lo segura que te sientes...

—¡Pues mira, igual te cojo la palabra! No voy a ser yo quien diga que no...

Me sentí fenomenal de poder en contribuir en algo a sacarle la sonrisa a Isla...

De aquella manera terminamos de “matar el tiempo”. La calle me esperaba, aunque ahora resultaba algo paradójico porque salir de allí representaba, apartarme de Duncan.

Capítulo 15



Me fui caminando hacia casa de Brenda, todo era demasiado para mí. Además, no me podía quitar de la cabeza a Duncan, esos momentos tan pasionales junto a él, esa manera de tocarme, de hacérmelo...

Necesitaba respirar hondo porque me agobiaba cien por cien la idea de no saber por dónde iba a salir aquello...

—Vaya careto me traes —dijo al abrir su puerta.

—Esto se me va de las manos —entré y puse el bolso sobre la mesa y me tiré en el sofá.

—¿Lo viste hoy?

—Claro y me ordenó que le llevara un café al despacho y allí mismo me lo hizo, además me dijo que me tocara para él después de embestirme... —negué con la cabeza riendo.

—Ese tío es un portento —reía mientras cogía del frigorífico unas latas de refresco. ¡Anda que no comienzan moviditas las semanas en esa casa!

—Yo no sé dónde me estoy metiendo, pero te juro que no quiero salir de ahí.

—Te estás enamorando, no lo puedes negar... Vamos que, si Duncan se tira a un pozo, tú te tiras con él...

—No, lo peor de todo es que estoy enamorada hasta las trancas —resoplé moviendo las manos de forma ligera y exagerada, estaba de lo más nerviosa con toda aquella situación.

—Y él te miraba el sábado con unos ojos... Hay miradas que hablan más que las palabras y la de Duncan eran de esas.

—Tengo claro que le gusto, o que está haciendo “el papel de su vida” y trata así a todas, vete tú a saber...

—De ese hombre no se sabe nada, como bien me dijiste, vive en su casa y para el trabajo, dudo que vaya por ahí de conquistador o tipo “aquí te pillo y aquí te mato”.

—No lo sé, pero te juro que me gusta mucho y tengo mucho miedo a terminar brutalmente enganchada a él, en una relación que no puede ir a ninguna parte.

—Te veo todos los días follando en su despacho —se puso la mano en la cara.

—No, ya quisiera yo —reí —pero siempre está la “cara de cerda” a no ser que salga a hacer algo o esté fuera como hoy, que llegó tarde, además de que Isla salió a hacer unas gestiones al servicio de envíos postales.

—Ya buscará la forma, después de probar la manzana, no podrá dejar de comerla —me provocó una carcajada.

—De verdad, me busco los líos sola —me puse la mano en la frente.

—¿No decías que querías durar un mes en el trabajo para cobrar el primer salario completo?

—Sí —dije expectante a lo que me diría.

—Pues qué mejor que pasarlo follando —soltó una carcajada y me tuve que echar a reír. ¡Vas

a cobrar en dinero ¡y en especie!

—Calla. Imagina que nos descubre, me muero, sería la comidilla de Inverness.

—Les jodan a todos, que cada uno se preocupe de su vida y que tire la primera piedra el que esté libre de pecado...

—Les daría el disgusto del siglo a mis padres, deja, deja. Por cierto, ¿alguna novedad de Williams?

—Esta noche se va a pasar por aquí a cenar...

—Claro y a follar, todos a lo mismo, para qué perder el tiempo —dije riendo.

—Te juro que está diferente y parece que esta vez me mira con más intensidad...

—Brenda, cuidado que ya sabemos que se tiene que volver a ir, no me fio un pelo, luego vienen los lloros.

—¿Y qué hago si me gusta tanto?

—Follar, disfrutar y no pensar en nada más allá de eso y de hacerte a la idea de que durará lo que dure el tiempo que esté aquí. Así de sencillo, aunque sé que es difícil.

—Veremos cómo terminas tú, así que aplícate el cuento, que no es fácil.

—Yo sí que lo tengo jodido, soy consciente de ello, porque claro, puedo sufrir mucho. Es más, ya en cierto modo lo hago, somos imbéciles —negué con la cabeza.

—Pues eso te digo, que tú mucho “leerme la cartilla” a mí, pero luego haces “lo que te sale del higo”. Y lo tuyo es peor porque...

—Tienes toda la razón, porque Williams no tiene ni mujer ni hijo. Me estoy convirtiendo en “la otra” a toda leche. Justo lo que nunca he admitido y encima no me estoy dando ni cuenta. Debo ser idiota...

—Yo lo que creo es que algunas veces “nos falta un hervor a las dos” —añadió Brenda, provocando a tope mi risa.

—Pasé un rato con ella lamentándonos y disfrutando a partes iguales lo que estaba pasando en nuestras vidas, pero sabíamos que, ante todo, queríamos seguir disfrutando de esa aventura que se habían cruzado en nuestros caminos.

—Mira, Malvina, yo digo una cosa. Si paramos ya, de todas maneras, vamos a tener llanto “para parar un tren” las dos. Así que por lo menos diremos esos de “de perdidos...”

—“Al río” —terminé yo la frase —Pues mira Brenda que tienes toda la razón y que “a lo hecho, pecho”. Tú y yo seremos cualquier cosa menos unas cobardes...

Me fui a mi casa con la cabeza a mil por hora, para volverme más loca aún...

No podía apartar de mi mente esa noche del sábado, el hotel y ahora en su despacho, todo estaba siendo muy rápido e intenso, en muchos momentos sentía que me mareaba...

Era algo que aturdía y emocionaba mi mente a partes iguales ¿no era para volverse bipolar? Bipolar o no, yo me estaba quedando loca, pero lo deseaba con toda mi alma, hasta “me importaba un bledo” ser la amante de mi Highlander...

Ya lo había dicho. Estaba sucumbiendo y eso iba en contra de mis principios, pero al final, “pasaría por el aro” con tal de poder vivir aquellos increíblemente apasionados momentos en la intimidad con él.

Llegué a mi casa y me senté a cenar con mis padres. Me dijeron que al día siguiente salían una semana de vacaciones, que se iban a perder por el país en el coche, haciendo paradas en rutas.

—Pero bueno, pero bueno, ¡lo teníais muy calladito!

—Si es que yo no tenía ni idea, hija. Ha sido tu padre que está de un sorpresivo últimamente que me tiene embobadita...

—Papá, eso es muy bonito. Yo quiero tener algún día a un hombre que actúe como tú...

—Gracias, hija. No voy a decirte que el amor no sea un poco una lotería, pero también hay que tener buen ojo. Yo supe desde el primer momento que tu madre era la mujer de mi vida...

—¿Y eso, papi?

—Porque la vida da señales, Malvina. La decisión de elegir la persona con la que vas a compartir tu vida no es como “un huevo que se echa a freír”.

—Así es, marido —añadió mi madre —Ya me advertía mi abuela que “con la cuchara que cogiera era con la que iba a comer”.

—Y tú te quedaste con un “cucharón de lujo” —mami... ¿Se lo habéis comentado a Kirk? Él seguro que se va a poner como loco de contento también por la noticia —dije.

—Tienes razón cariño —ahora lo llamaremos —Que ese es “otro que mejor baila”. Está emocionadito con su chica —dijo mi padre.

—Así es y yo no es por nada, pero no puedo evitar hacerme ilusiones de ser pronto abuela. ¡Mira que si esto prospera y en nada tenemos por aquí a un chiquitín tirando de la chaqueta del abuelo para que le compre caramelos! —añadió mi madre.

—¿Y por qué no? —dije yo —¡Y anda que no iba a tener suerte el chiquitín en cuestión!

—Ver la cara de felicidad de mis padres en aquellos momentos no tenía precio y me hizo acordarme del chiquitín Lain. Rápidamente intenté apartarlo de mi mente.

Aquellos pensamientos no me hacían ningún bien, yo no era la madre de ese niño, ni siquiera la pareja de su padre...

—Malvina, hija, ¿estás bien? —dijo mi madre. Parece que te has quedado como “cogida”. Tú estás un poco rara estos días...

—No mamá, igual estoy incubando un resfriado o cualquier cosilla...

Bien sabía yo lo que estaba “incubando”. A esas alturas de la película tenía un entortamiento con Duncan que “no se lo saltaba un galgo”. Y mi madre se estaba oliendo algo...

—Traté de esquivar el tema y seguí hablándoles del viaje...

Aunque lo hacían todos los años, en la que se cogían una semana y se iban a cualquier lado, cualquier país o cualquier destino que les apeteciera en esos momentos, no esperábamos ni madre ni yo que fuera en aquellos días.

Esta vez se quedarían por Escocia. Ellos siempre me habían hecho ver que el nuestro era un “paraíso verde” que merecía la pena recorrer al detalle.

En mi caso, había cogido muchas veces “carretera y manta” con Brenda y nos habíamos plantado en multitud de sus rincones. Y es que por algo muchas personas consideran a Escocia “el país más bello del mundo”.

En su caso y, en cuanto a la panadería, estaría atendida, pues se quedaba la persona que siempre les sustituía los domingos, así que se iban tranquilos, era de su total confianza.

Les di un abrazo muy fuerte y les deseé que lo pasaran genial, que no se preocuparan por nada, que disfrutaran por mí que tenía que trabajar y cómo no, que me compraran muchas cositas.

—Seguro que muy pronto tú también vas a poder viajar cariño. Ese trabajo no está hecho para ti. Es algo temporal y lo sabes...

Desde luego que lo sabía. Otra cosa era que ese trabajo había supuesto para mí algo que no esperaba. Tras aquellas paredes había encontrado el amor. Un amor que tenía que llevar en silencio, por las circunstancias, pero que me hacía estremecer más por momentos...

Me metí en la cama y suspiré, esa semana la pasaría sola. Además, era consciente de que por las noches Williams me robaría a mi amiga. así que para ser justa no la pondría en el compromiso

de dormir con ella ninguna noche. No sabía el tiempo que pasaría en Inverness él, pero el que fuera que lo aprovecharan, que eso me alegraba mucho.

Me costó coger el sueño, inclusive me veía alterada y con un poco de ansiedad, me oprimía el pecho y tenía la garganta cerrada, eso me pasaba por todo lo acontecido en una semana.

Había sido demasiado fuerte e inesperado, cómo me había cambiado la mente y la vida...

Siempre me juré que nunca me liaría con un casado que, si el hombre que conociera no respetaba a su mujer, yo sí lo haría, aunque no le debiera lealtad a nadie que no conociera, pero yo era así...

En este caso su mujer era infiel, estúpida y “me caía como el culo”, así que partí mis propias reglas y me dejé arrastrar por ese hombre que me hacía estar todo el día entre suspiros.

Al menos no tenía que sentirme culpable por esa cuestión. Ni mucho menos. No le debía nada a aquella estirada y engreída que ni siquiera se dignaba a devolverme el saludo. Eso lo tenía muy claro.

Lo que no podía evitar era que, con la caída de la noche, volvieran todos los fantasmas. Mi corazón estaba tan ilusionado como asustado. Era lo suficientemente valiente como para no renunciar a vivir aquello, pero sabía que podría llegar a pagar un precio muy alto.

En cualquier caso, si me equivocaba, ya pagaría las consecuencias y procuré disfrutar de aquellos pensamientos positivos que tanto y tanto me motivaban.

Recordé los instantes vividos aquella mañana y en particular, el momento en el que me pidió que me masturbara para él. No solo era un “empotrador” nato, sino que rezumaba morbo por encima de las orejas...

Fue entonces cuando me pregunté si él estaría pensando en mí del mismo modo que yo lo hacía en él. En la soledad de mi cama, cerré los puños, ante la posibilidad de que yaciera al lado de aquella helada pécora que “ni le iba, ni le venía”.

Capítulo 16



Esa mañana me fui hacia el trabajo muy enfadada. Me había levantado de un mal humor que no me aguantaba ni yo.

El último pensamiento de la anterior noche me había dejado echa polvo y parecía “que me había pasado un tren por encima”.

Entré en la casa, me cambié y fui para la cocina a encontrarme con la “cara de cerda”.

—Buenos días —dije en tono seco, nada de sonrisas. Si ella no lo hacía, yo tampoco.

Se habían acabado las contemplaciones. Ya no me veía a mí misma como la chica que había llegado un tanto asustada a la casa la semana anterior. Me sentía mucho más poderosa y pisaba con fuerza.

Sienna me miró asombrada de arriba abajo, con esa cara que “despedía al mismísimo diablo”, luego negó con la cabeza y siguió a la suya.

Resoplé con todas mis fuerzas, me salió del alma. No me importaron las consecuencias.

—¿Te pasa algo? —preguntó con retintín y desprecio.

—Nada, de vez en cuando hay que sacar la tensión —dije con el mismo tono que ella me habló.

—No estoy acostumbrada a aguantar actitudes insolentes en mi cocina. No al menos mientras yo estoy en ella.

—¿Insolencia? Nada de insolencia en todo caso, algo de indiferencia —dije.

Volvió a negar y pasó de ella. En el fondo creo que notó que “si venía por lana, iba a salir trasquilada”, así que pasó igualmente del tema y yo me sentí aliviada.

No tardó en aparecer la estirada de Alison por la cocina, pidiendo un café exprés. Siempre iba con prisas, lástima que no se llevara a la otra bruja. Un vuelo de escobas entre ambas quizás las distraería.

Me puse a fregar y se fue. No le dije ni “adiós”, porque lo único que me hubiera salido decirle era “por ahí te pudras”.

Sería mejor que danzara, a ver si se la follaba su médico particular o un pez espada “que la tiene fresca y afilada”. Por mi parte, yo no estaba para rendirle pleitesía.

Muy al contrario, mi papel en aquella casa se limitaba únicamente a trabajar y eso lo hacía “como una mula”, por lo que nadie tendría nada que reprocharme.

Decidí que únicamente a eso me dedicaría a partir de ese momento, empezando por la “cara de cerda” y terminando por la “putona” como la bauticé. Así la llamaría de ahora en adelante.

En ese momento llegó el niño y dijo que su padre quería un café en su despacho.

—¿Y te ha mandado a ti para que le hagas el recado?

—Sí, ha mandado a Lain —decía él.

—Si es que eres muy bonito, y muy listo —le dije —¿Tenía a quien parecerse!

A renglón seguido comprobé cómo salía con Isla al jardín. Aquella mujer era un verdadero amor con él y lo más parecido que la criaturita tenía a la figura de una madre de verdad, porque la suya era “para comérsela y cagarla en la gran puñeta”.

—Sienna se puso a preparar el café. Igual pensaba que yo no sabía hacerlo o algo, porque claro, cómo ella no hacía las cosas nadie...

—Ve tú, a mí me duelen muchos las rodillas con esas escaleras —dijo con el mayor de los desprecios.

La verdad es que su habitación estaba en la planta baja de la casa. Nunca la había visto subir a la de arriba, pero vaya que a esa le dolían las piernas o rodillas cuando “le salía del mismo”.

Lo decía porque, en otras ocasiones, se agachaba y se levantaba como una niña de quince años, vamos que el suyo era un dolor selectivo. Y encima, no es que fuera tan mayor, lo que tenía era muchas ganas de guerra.

Por el camino iba riéndome tela, pensando en la cara que pondría Duncan si era ella quien llegaba a su despacho en vez de yo. Al pobre mío se le podía encoger aquello y no querer volver a salir ni para mear.

En fin, me tocaba volver a ese lugar donde el día anterior nos habíamos dejado llevar por la pasión.

Llamé a la puerta y escuché un “adelante”. Duncan sabía que era yo, sí ella no subía jamás y el niño estaba en el parque del jardín con Isla, nadie más podía ser, dado que su mujer no estaba. Me tocaba a mí ser la que apareciera por allí.

—Buenos días —sonreí ruborizada andando hacia a la mesa para ponerle el café sobre ella.

Me siguió y me agarró por detrás cuando estaba apoyando el vaso en la mesa.

Metió por debajo de la bata las manos y bajó mis bragas, sin decir nada, sin articular palabra.

—Duncan...

—Schhh —apartó el café y me echó hacia delante.

La verdad es que me imponía la forma en la que lo hacía. El control que tenía sobre mí, siendo capaz de ponerme a sus pies en cuestión de segundos.

Me dejó tirada allí con las piernas en el suelo, abiertas. Se movió y cogió la silla, para sentarse delante de mi culo, entre mis piernas, a la altura perfecta. Yo cogí aire con fuerzas.

Sabía lo que venía después y mi piel se iba erizando por segundos...

Agarró mis caderas y las levanté un poco por exigencia de sus manos. Abrió mis nalgas con fuerzas y soltó un gemido, yo estaba cogiendo y soltando aire.

Abrió bastante mis labios menores y metió su cara en mi zona, introduciendo su lengua por mi vagina. Me abracé con fuerza a ambos lados de la mesa.

Jamás había sentido un estado de excitación similar. Ese hombre sacaba una versión de mí que ni yo misma conocía. Quería que me hiciera, lo que fuera, pero que me hiciera...

Comenzó a tirar bocados, a meter su lengua, sus dedos, volviéndome majara y dañando mis dedos al sujetar cada vez más fuerte la tabla.

Sus dedos parecían los de un pianista en mi clítoris y los de su otra mano, azotaban con fuerza mi interior. Aguanté los chillidos, los gemidos que salían entre dientes y me corrí cayendo sobre la mesa desplomada...

Esperó unos segundos y me agarró para levantarme. Él seguía sentado, me giró y me puso frente a él en la mesa, haciendo que me apoyara en ella.

—Quítate los botones —se refería a los de mi bata. Me iba a dejar desnuda ante él, lo estaba viendo venir. Yo no llevaba sujetador, solo una fina camiseta blanca de tirantes que sujetaba bien

mis pechos y me hacía estar más cómoda.

Me comencé a quitar los botones, ruborizada, nerviosa, pero lo hice como Duncan me dijo. Luego me echó hacia atrás la bata tirándola sobre la mesa, dejándome con esa camiseta y puso sus manos en mis pechos, soltando un gemido.

Me abrió las piernas, se levantó y comenzó a desabrocharse los pantalones sin dejar de mirarme. Me intimidaba, pero me hacía sentir deseada a la vez.

Se puso un preservativo y me agarró la cadera con una mano. Con la otra se la agarró y la colocó en mi entrada. Me penetró desmesuradamente y casi me agarraba en el aire de esa mesa en la que solo apoyaba mis brazos hacia atrás.

Lo hizo con todas sus fuerzas. Yo pensaba que, o me caía o me quedaba ahí doblada, pero su firmeza sabía mantenerme bien sujeta.

Era como si tuviera el control de todo y, lo hacía con tal naturalidad, que mi atracción por él estaba alcanzando cotas desorbitadas.

Terminó y me besó. Entró al baño y se aseó. Volvió a salir y yo ya estaba vestida. Se bebió el café de un trago y lo puso sobre la bandeja.

Agarró mi nuca con su mano y volvió a besarme.

—Todo contigo me sabe a poco. Me quedo con ganas de mucho más, mañana te quiero aquí con otro café, yo me encargo cuando se vaya Alison...

—Duncan, nos pueden...

—No pongas excusas —me besó y se apartó para que me retirara.

Cuando fui a salir me agarró del brazo.

—No te pongas mañana bragas, me da mucho más morbo —besó mis labios y me soltó volviendo a su mesa.

Cogí el aire y salí de allí. Todo aquello me estaba superando, pero me parecía de lo más excitante, yo lo deseaba y que tuviera ganas de mí me hacía sentir que le gustaba y mucho.

Según avanzaba por el camino me iba riendo al recordar aquellas palabras tuyas “todo contigo se me hace poco”. Me daba unas embestidas que un día de estos me embarcaba en Marte, pero todavía le sabía a poco. No quería yo saber lo que pasaría cuando diera rienda suelta...

Llegué a la cocina y Sienna no tardó en preguntar.

—Tardaste mucho...

—Estaba limpiando el suelo del señor. Se le cayó un poco de café y también sobre la mesa.

—Hiciste bien —dijo con tono no muy convincente, pero me importaba “una real mierda” lo que pensara o no.

En el fondo, aquella cabrona debía valer más por lo que callaba que por lo que decía, pero por mí como si la cogía el tren... ¡Y “no caería esa breva”!

Me puse a recoger todo y a preparar lo que faltaba para la comida, hasta que llegó la hora del almuerzo y apareció la “putona”. Ese día no comía fuera, una lástima para mi salud mental.

Duncan apareció con el niño y se sentaron a la mesa, le pusimos los platos y me puse a fregar las ollas.

Eran la mismita imagen de una familia feliz. ¡Vivir para ver! Los padres ni se miraban a la cara, ¡parecían “no poder verse ni en pintura”!

Solo hablaba el niño, ahí pasaban los unos de los otros y se notaba que no reinaba precisamente el amor, más que el que sentían por ese pequeño. Y en particular el del padre, porque la madre era de lo más pasota.

Después de la comida se retiraron y yo me quedé haciendo un bollo. A la hora de la salida me

fui con la cabeza peor que llegué. No entendía nada de lo que estaba pasando y eso me estaba volviendo loca.

Me fui caminando para casa de mi amiga y me recibió negando al ver mi cara. ¡Menos mal que la tenía a ella!

Le conté todo y Brenda alucinaba mientras tomábamos un café. No daba crédito a lo que pasaba.

Ella había vuelto a citarse con Williams, pero me rogó que me quedara a cenar con ellos encarecidamente. Se lo agradecí, pero no tenía ganas. Quería llegar a casa y relajarme en el sofá. Ese día tenía el humor de perros y una sensación de lo más extraña.

—Pero Malvina, no sé qué decirte. No me malinterpretes pero, para unos instantes de felicidad que te da esta relación, parece que luego te está creando una desazón considerable...

—No te voy a decir que no, pero me niego “a tirar la toalla” antes de tiempo y quedarme toda la vida con la sensación de qué habría podido pasar.

—Eso también lo entiendo, pero creo sinceramente que comienza a hacerte daño.

—No te quito la razón, pero eso ya lo sabía desde el momento en el me metí en este “berenjenal”. Es todo muy complicado y aun así no tengo fuerzas para rendirme...

—Bonita frase... Siempre la había escuchado al contrario... Me la quedo...

—De veras que mi coco está ardiendo, Brenda...

—Mira, Malvina, yo lo único que no quiero es que te pase eso de que, “para veinte centímetros de chorizo, tengas que quedarte con el cerdo entero”. Tú ya me entiendes...

—Sí, sí, jodida. Tú y tus explicaciones, pero sé a lo que te refieres y que lo dices por mi bien. Espero ser más que sexo para él, porque él ya lo es para mí...

—“El señor nos coja confesadas” amiga. No tengo ni idea de cómo vamos a salir de esta situación ninguna de las dos. Vas a tener que darle al “on” al “viejo ese” que tienes en la barriga porque estamos un poco perdidas...

—Pues sí, pero es más fácil ver las cosas de los demás que las propias. Todos servimos para dar consejos al resto, pero, cuando nos llega el turno a nosotros, no sabemos ni por dónde empezar...

—Ahí tienes toda la razón. Anda, tómate al menos un refresco conmigo si es que no te vas a quedar a cenar que, por cierto, tú te lo pierdes, que llevo toda la tarde cocinando...

—¿En serio? No huelo nada...

—Pues será entonces que tendría que haberle quitado el cartón a las pizzas congeladas que he guardado...

—¡Eres la leche! Ya me extrañaba a mí. Sé que cocinar no es tu fuerte.

—Pues bien sabes que no. Eso te lo dejo a ti. Y el caso es que, de hacer un esfuerzo un día, lo haría para nosotras, no para un tío que, a lo mejor tiene un pie hoy aquí y mañana en Pernambuco.

—¡Eso es amiga y es un avance! Si se van a ir, al menos que no nos dejen con la sensación de habernos desvivido por ellos. Eso hace que una se siente muy vacía.

—Ahí tienes “más razón que un santo”. A mí no me da la gana de hacer ya el “candado” con ninguno, por muy guapito de cara que sea. De mí no se pitorrea ya ningún tío.

Estuve un rato con ella, le di un abrazo y me fui para casa caminando lentamente. Al llegar me tiré en el sofá bocarriba con la mano en la cara y resoplando por lo idiota que me sentía ¿qué me estaba pasando?

No podía evitar darle vueltas a la idea de que me encantaba que Duncan llevase “la voz cantante” en lo sexual, pero ¿y si se me estaba escapando algo y en el fondo la llevaba en todo? ¿Y

si solo estaba jugando conmigo?

No quería pensar mal, pero era innegable que, dada su posición social, “la cosa no pintaba bien”. Por unos momentos, maldije las diferencias sociales y todo lo que representaban.

Llegué a la conclusión de que a mí me importaba una mierda su dinero y que, sin embargo, si fuera un tipo corriente, una separación de su mujer sería más sencilla.

Y luego estaba el hecho de que aquellos encuentros en el despacho me desconcertaban. Por un lado, me volvían loca de placer, pero por otro acrecentaban sus temores de que me estuviera convirtiendo en una muñequita sexual para él.

Lo peor del caso es que, fuera como fuese, yo no quería renunciar a poner los pies en ese despacho y, al día siguiente allí volvería a estar, “a pecho descubierto”.

Capítulo 17



Ahí estaba cambiándome de nuevo en la casa antes de ir a la cocina. Recordé lo de mis bragas y me las quité. Las metí en la taquilla negando con la cabeza por hacerlo, pero en el fondo lo deseaba y quería hacer todo aquello que le complaciera.

Me reí pensando que, en vez de en la taquilla, también se las podría rebolear a la “cara de cerda” en su mismita cocina. Eso sí que sería un gesto “digno de enmarcar”. Al tiempo.

Para mi asombro en la cocina estaba ella, pero también la “putona” y el adorable niño que no tenía culpa de nada.

—Nos vamos todo el día a llevar a Lain a las actividades de Fort William —dijo Sienna con esa voz de terror —Volveremos a la noche, deja la cena lista antes de irte.

—Claro —dije celebrando que las iba a perder de la vista.

Se veía que el Señor había escuchado mis plegarias y se las llevaba a las dos “a hacer unas pocas de puñetas” al aire libre.

No tardaron en irse. Para colmo de mi regocijo, Isla era quien conducía el coche, así que la casa se quedaba de lo más relajada, solo con Graham que ese no pasaba de la planta baja.

El interfono de la cocina sonó y era Duncan.

—Sube a mi despacho un café, por favor —dijo al otro lado del aparato.

Presioné el botón antes de coger aire.

—Ahora mismo —dije con voz temblorosa.

Me seguía imponiendo así dijera yo misa. Era increíble porque se trataba de mi amante, pero no podía evitar aquella sensación.

Eché el café en la taza y lo subí en la pequeña bandeja. Llamé a la puerta y como siempre me dijo que “adelante”.

Entré temblorosa y me señaló que lo dejara a un lado de la mesa. Accedí gustosa.

Levantó mi bata un poco cuando lo estaba poniendo y volvió a dejarla caer.

—Me alegra que te hayas acordado —se refería a no llevar bragas.

—Duncan, esto es una locura —dije con tristeza girándome.

—No puedo ofrecerte más de lo que te doy. Lo siento, no puedo, aunque lo desee con toda mi alma, pero de ti depende. No te voy a obligar a hacer algo que no desees —me dio un beso con ansias renovadas.

Me apoyé sobre la mesa. Me había quedado un tanto “desinflada” al escuchar de sus labios lo que mi cabeza me repetía una y otra vez.

—Duncan, yo también lo deseo y lo hago porque quiero, de lo contrario no me pondrías una mano encima.

—Eres lo mejor que me está pasando desde hace mucho tiempo. Eres ese imán que me arrastra a ti en todo momento, pero no puedo coger el control de mi vida, ni debo, solo te pido que te

quedes a mi lado, no podría estar sin ti.

Lo abracé, yo también sentía lo mismo y que me dijera eso me hacía daño, pero a la vez me hacía sentir que yo lo era todo para él y aquello, en cierto modo, me reconfortaba.

—Ven —agarró mi mano y me llevó al sofá. Me sentó a un lado mirando para él. Hizo que me recostara un poco y puso mis piernas sobre las suyas y sus manos en mis muslos.

—Debería estar trabajando —sonreí.

—No pienses en nada, te necesito aquí, no en la cocina —dijo metiendo una de sus manos a la entrada de mis labios menores y los apretó mientras soltaba un rugido de placer.

Y digo bien un rugido porque la fuerza y la potencia de mi “guerrero oscuro” se me antojaba como la de un auténtico león.

Abrió un poco mis piernas y comenzó a quitar los botones de mi batín, luego me lo sacó de los brazos y lo dejó a un lado. Me quitó la camiseta y me volvió a dejar recostada, con las piernas reclinadas por encima de su falda.

Apretó uno de mis pezones con fuerza, mientras su mano rodeaba mi pecho con decisión.

Me miraba con ojos de deseo, de excitación, de querer disfrutar de mí como él sabía hacerlo.

Era todo un maestro en las artes amatorias y, en su mano, me sentía una sugerente y picante alumna con ganas de tomar todas las lecciones juntas.

Sus dedos comenzaron a jugar con mi parte más sensible. Cuando estaba muy excitada, paró. Cogió algo de una mesita que había a su lado. Abrió el preservativo, lo puso sobre su dedo y luego lo metió en una lata con una crema. Yo no sabía para qué estaba haciendo eso.

Un escalofrío recorrió todo mi ser y aquello se tradujo en un erizamiento extremo de mi piel que él no tardó en notar.

—Fíate de mí —sonrió y siguió con sus dedos tocando mi clítoris.

Con la mano contraria a la que había puesto “eso”, colocó su miembro en la entrada de mi ano. No me lo esperaba, di un bote y rápidamente me dijo que me calmara que no haría nada más allá que jugar por fuera.

Aquello me dejó un poco más tranquila, pero, aun así, mis ojos parecían preguntar lo que mis labios no se atrevían.

Volvió a poner su dedo mientras me exigió a mí que me tocara. Comencé a hacerlo y él jugueté por fuera de mi orificio, jamás me había hecho eso...

El caso es que no entraba, pero se dejaba asomar con delicadeza y eso me ponía “como una moto”. No imaginaba que aquello fuera tan placentero, su otra mano fue directa a mi vagina metiendo sus dedos...

Era la primera vez que me sentía tocada “a tres manos” y estaba siendo de lo más excitante. Chillé entre dientes y él apretó un poco más hacia dentro. Fue entonces cuando me corrí, de una forma que jamás hubiera imaginado, aquello había sido de lo más explosivo.

—Me encanta verte disfrutar así —dijo quitándose “eso” del dedo y metiéndolo dentro del envoltorio del preservativo.

Se bajó los pantalones mientras me recuperaba y se puso un preservativo. Agarró mis manos y me sentó de cuclillas frente a él, no tardando en lamer mis pechos y penetrarme con furia.

Saltaba encima de él mientras me apretaba y mordisqueaba los pezones. Me dolía y gustaba a la vez, me agarré a sus hombros y grité de forma contenida. Aquello era todo un derroche de pasión y desenfreno.

Cuando terminé, como siempre, entré al baño. Antes me había advertido que no me moviera.

¡Cualquiera lo hacía! Además, no era lo que pedía el cuerpo...

Salió y yo seguía ahí tendida desnuda sobre aquel sofá, me miró sonriente y se sentó a un lado de mi cadera.

—Me encanta verse así desnuda, al natural, eres preciosa —acariciaba mi pelo.

—Tengo que trabajar —reí.

—No te preocupes, hoy solo tienes que cocinar para Graham y para mí, no hay prisa —fue con su mano a mis senos y los acarició con cuidado, mientras apretaba mis pezones y perdía su vista en ellos.

—Duncan, no podemos pasar la mañana así —reí al ver que acariciaba otra vez mis partes y las agarraba con fuerzas.

—No llevamos toda la mañana. Me encanta admirar tu belleza, tocarla... —volvió a meter sus dedos en mí y me retorció reteniendo el aire.

Además, no te preocupes, tu jefe no se va a enfadar porque hoy trabajes menos. Te lo mereces —rio —Y, de paso, él también...

Sacó sus dedos. Me levantó y sentó sobre él, apoyándose bien sentando sobre el respaldar del sofá. Nos comenzamos a besar “como si fuera nuestra última vez”, mientras abrazaba con fuerzas mi espalda y nalgas. Estuvimos así por lo menos diez minutos, sonriendo y devorándonos.

La nuestra era una atracción bestial y yo esperaba que quedara en eso y no llegara a ser “fatal”. Me confundían aquellos momentos más de lo que él pudiera imaginar.

Luego me tiró hacia atrás. Se puso un preservativo y me penetró. Tenía muchas ganas de mí y eso se le notaba, además que yo me sentía la mujer más feliz de la faz de la tierra.

Cuando terminó y volvió a entrar al baño, me vestí y me fui corriendo sin decir nada. Sabía que si me quedaba no me iba a dejar hacer ninguna labor de la casa ese día.

Camino de la planta baja, estaba en un momento álgido y aparté todo pensamiento negativo de mi mente. Quería quedarme con aquellos espectaculares momentos vividos en ese despacho.

A la hora de la comida apareció sonriente. Graham ya había almorzado, así que solo quedaba él.

—Te escapaste y lo pagarás —sonrió mientras se sentaba.

—Tenía que dejar la cena lista, por deseo expreso de “la simpática” —sonreí poniendo su plato sobre la mesa.

—Yo te necesitaba más que a esa cena —carraspeó.

—Bueno, tampoco te puedes quejar.

—Siempre me quedo con ganas de más —gimió al probar la comida, disimulando por lo que había acabado de decir.

Comió y se retiró, no sin antes propinarme un pedazo de beso de esos que me dejaron suspirando hasta que salí de ahí.

Me fui a ver a Brenda, le conté todo con pelos y señales, cosa que le causó una risa. Ella había tenido una relación en la que experimentó el sexo anal, pero para mí aquello era una novedad.

Por fortuna, para ser la primera vez, lo mío solo fue un dedo estimulando la zona. Según ella “o yo era muy antigua o se estaba perdiendo algo”, reí negando, escuchándola meterse conmigo.

No me quería ni imaginar lo que tendría que ser hacerlo “por la puerta trasera”. Eso debía doler muchísimo, aunque Brenda me contaba que con una buena estimulación y entrenamiento todo era fácil y placentero.

—¿Entrenamiento? A ver si voy a tener que ir al gimnasio para empezar a abrir mi culo —reí.

—Mira que eres torpe hija —resopló —pero me da a mí que ese te está preparando “para

darte hasta por las orejas” —dijo produciendo en las dos una carcajada.

—No has dicho nada que no haya pensado yo antes. ¡Ay, Dios! La que me espera. Y con lo que tiene ahí abajo el tío, que parece “la cabeza de un misil nuclear”.

—Anda que no nos ha salido completito Duncan, ¡y parecía tonto cuando lo compramos! — dijo Brenda en un arranque de los suyos...

—Yo no sé si todo esto no se me está yendo un poco de las manos. Cuanto más liada esto yo, más viene este a darme “hasta en el cielo de la boca”. Y más creo que me haya tomado por su juguetito sexual preferido.

—Bueno mujer, por eso no lo digas. Puede simplemente que esté “más aburrido que un comentarista de ajedrez” y le haya dado por experimentarlo todo contigo, porque seas su musa y, a pesar, de eso, te ame locamente.

—O puede que no, que yo tengo un poco “la mosca detrás de la oreja”.

—Pero tú has sido siempre muy desconfiada con los hombres.

—Y tú demasiado confiada, Brenda.

—Eso es verdad. A ver, que no digo yo que Duncan esté en una joyería ahora mismo buscando un “pedrusco” que ponerte en el dedo, pero tampoco tiene que estar jugando con tus sentimientos.

—Oye Brenda, ¿te has dado cuenta de que “nos repetimos más una cabeza de ajos”? Nos hemos vuelto monotemáticas con estos tíos... Vaya asco, ¿no?

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Un rato después llegó Williams. La verdad es que tenía un humor buenísimo y nos hizo reír con sus cosas durante la cena que compartimos. Esa noche sí acepté su invitación.

No me arrepentí un ápice porque necesitaba quitarme cosas de la cabeza y vaya si lo hice...

Pasamos un rato muy bueno...

—Malvina, ¿hay planes para el fin de semana o qué? Le pregunté ayer a Brenda y me dijo que no sabía si tú querías salir o lo que te apetecería —me preguntó Williams.

—Pues lo cierto es que todavía no hemos concretado nada —le respondí.

—Es que ya sabes que, pese a mis increíbles encantos, ella no va a querer hacer planes conmigo hasta que no tenga claro lo que vas a hacer tú.

—Ya, es “una petarda de cuidado” pero en el fondo sé que me quiere tela...

—Sentimentalismos en mi mesa los mínimos —dijo ella —A ver si ahora va a resultar que se me saltan las lágrimas y me dais la noche entre las dos...

—¡Cualquiera te da la noche a ti, bicho! —le dije a Brenda, mientras le sonreía en un gesto que ella sabía que era de agradecimiento.

Luego me despedí y me fui a mi casa. Me encantó la sensación de sentir la brisa de la noche en la cara. Lo necesitaba a tope. Era como si abriera mis pulmones y una voz, desde mi interior, clamara con furia una solución para lo nuestro.

Reí pensando en que, un poco paranoica, sí que me estaba volviendo, pero eran mis mecanismos mentales para defenderme ante una situación que me alteraba y que no siempre era capaz de manejar.

Por el camino sonó mi móvil y era mi madre. Estaban muy felices perdidos por las montañas en una cabaña en la que pasarían esa noche.

Un amor de toda la vida era lo de ellos, un ejemplo a seguir de respeto y admiración mutuos. Así era la historia de mis padres, donde el cariño y el amor se anteponían, ante todo.

Me tomé un vaso de leche y me fui a la cama. No solía hacerlo, pero ese día me apetecía, estaba yo bien rara...

Me encontraba llena de dudas, de sentimientos encontrados, de sin razones para entender lo que me estaba pasando con Duncan, aunque sabía que era amor, en su estado puro, no podía ser otra cosa.

Suspiré, me abracé a la almohada, recordé como cada noche antes de dormir todo. Aquello era un bombardeo en mi cabeza, “como una olla exprés a punto de estallar”.

Había llegado un momento en el que no sabía si deseaba que llegara el sábado o no. Solo quería estar con él, en las manos de mi Highlander.

Esa noche me desvelé varias veces, cosa que nunca me solía pasar, pero no había forma de conciliar el sueño del tirón. Lo peor era que aquello me producía un fuerte dolor de cabeza, así que me tomé una pastilla para aliviar un poco ese estado. Ya faltaban pocas horas para irme a trabajar.

Capítulo 18



Malhumorada, así estaba después de esa noche en la que me desvelaba constantemente...

Si algo tenía claro es que había días en los que era mejor no levantarse. Y sin duda, ese era uno de ellos.

Me preparé un café y me lo tomé mientras seguía rompiéndome la cabeza.

Llegué a la casa, cambié, me quité las bragas y fui a la cocina en la que estaban charlando la “putona” y la “cara de cerda”, vaya un alarde de hipocresía, en el que casi se ignoraban, pero luego iban juntas a pasar el día por ahí, anda qué...

Saludé con seriedad y me puse a fregar, Isla llegó a por el niño que se lo llevaba para el centro de Inverness a un pasacalle que había y su madre cómo no, advirtió que se iba a pasar el día con las amigas.

¡A tomar por culo por ahí! Pensé y luego reía pensando que a lo mejor no era a ella sola a la que le pasaba aquello, casi me tiro al suelo yo sola. Me relajé un poco.

Me puse a preparar todo con Sienna cuando el interfono se encendió y la voz de Duncan exigía un café, le contestó la “cara de cerda” que inmediatamente yo se lo llevaba.

Lo preparó, lo puso sobre la bandeja y me la dio. Así que ahí estaba yo, de nuevo al despacho de los deseos, pensé con ironía, tenía un mal día.

Contuve la respiración antes de golpear la puerta y que me dijera que pasara.

Ni siquiera sabía si podría disimular el mal humor que tenía, aunque en el fondo tenía claro que no podía, ni quería disimularlo.

Vino detrás de mí. Ni le di los buenos días. Puse el café sobre la mesa y al girarme lo tenía frente a mí.

—¿Qué te pasa? —Agarró mi barbilla con su mano.

—No tengo buen día y me voy para abajo que luego la “inspectora” me interroga.

Me hizo un gesto de que me quedara quieta. Cogió el interfono y le dijo a Sienna que necesitaba limpieza en el despacho y ella le dijo que me lo dijera a mí, que aprovechara para limpiar que Isla estaba en la ciudad con el niño.

Resoplé cruzando los brazos y negando con la cabeza. No había forma y ese día, aunque lo deseaba con todas mis fuerzas, me sentía “una mierda como una casa de grande”.

—Dime qué te pasa —se pegó a mí agarrándome por la cintura.

—No tengo un buen día, no quiero hablar, de verdad te lo digo.

—Si no sé qué te pasa, no te puedo ayudar —agarró mi barbilla y la levantó para que lo mirara.

—¿De verdad necesitas que te lo cuente?

—Supongo “por dónde van los tiros”, pero sí, necesito que me lo cuentes...

—Todo me está sobrepasando, solo eso...

—Dime que no quieres estar conmigo y no te buscaré más, pero dímelo mirándome a los ojos.

—No es eso, Duncan. Es todo, pero sabes que te deseo.

—Entiendo Malvina, pero ya te expliqué ayer...

—Y yo no puedo negar que quiera estar contigo, pero ya te he dicho que está sobrepasándome...

Dije eso y me beso con desasosiego, con ganas, como queriendo sentirme de una manera firme y segura.

Estuvimos un rato besándonos. Me calmó en cierto modo. Lo último que necesitaba ese día era sexo. No porque no sintiera la misma bestial atracción, sino porque estaba de lo más sensible.

—Afortunadamente, no me tocó, esta vez no. Todo fue de otra manera, de esa que en cierto modo quizás necesitaba, ya me estaba volviendo loca y no había vuelta atrás, así que necesitaba un poco de ambas cosas.

—No quiero verte mal, me dueles como sí me pasara a mí y yo también tengo momentos de creer enloquecer, pero pensar en ti me hace vivir cada día con más ilusión, como hacía mucho que no lo vivía.

—Ya, pero es que no entiendo muchas cosas y eso me pone peor.

—No las entenderás nunca, es mejor que así sea —volvió a abrazarme dejándome con una pregunta más a todas las que ya me azotaban...

Aquel “no lo entenderás jamás” había desgarrado mi alma, pero confiaba en él aunque no me llevara a ninguna parte.

Luego bajé fingiendo que había limpiado un poco el despacho. Estaba “como los chorros del oro” y encima ella no subía, así que no había que preocuparse por nada.

Y, en el peor de los casos, las órdenes las daba Duncan por mucho que la “cara de cerda” se creyera “la reina del mambo” en aquel casoplón. ¿Por qué se lo permitiría Duncan?

No lo habíamos hecho, pero me sentía tan llena como sí hubiéramos tenido eso de lo que llevábamos disfrutando los últimos días. Es más, diría que más llena todavía porque sus besos y abrazos me habían reconfortado.

Eso no quitaba para que tus desconcertantes palabras siguieran doliendo, pero, al menos, aquella mañana no había sospechado ser el juguete sexual de Duncan.

El resto del día transcurrió con lentitud. Isla almorzó con el niño en la ciudad. La “putona” no había regresado ya que comía con sus amiguís, anda y que le dieran, así que le serví el almuerzo al jardinero y a Duncan.

Él parecía bastante más serio de lo habitual. Había estado un rato al teléfono hablando en el jardín y había entrado como si hubiera hablado con el mismísimo diablo.

—Duncan, mañana tengo que irme a Glasgow como te dije. Me cojo una semana de vacaciones, ya con Isla y Malvina estará todo bien —dijo la “cara de cerdo” en ese tono que tanto asco me daba, pero una alegría recorrió mi cuerpo al saber que se iba.

—Tranquila, ahora me llamó Alison. Se va con el niño esta noche a la casa de Fort William de sus padres, así que no habrá que hacer mucho aquí.

—No se pierde una... —dijo Sienna con retintín, en lo que consideré que, para ser una trabajadora, estaba faltando el respeto, pero allá él si no le contestaba.

—No tiene ninguna razón para hacerlo —soltó sin quitar la mirada del plato con un tono bastante cortante.

—Bueno, me voy a descansar. A ti te veo en ocho días —dijo dirigiéndose a mí con tono despreciable.

—Sin prisas —solté con sarcasmo y me miró con cara de asco, la misma que llevaba siempre. Yo había decidido que a mí aquella infeliz no volvía a hacerme de menos. ¡Ya estaba bien de tragar!

Cuando salió noté como Duncan aguantaba la risa ante lo que yo había acabado de soltar, pero vamos, que esa mujer se estaba buscando que el día que decidiera que era el último, le iba a soltar por mi boca todo lo que nadie en la vida había tenido huevos a decirle, pues yo los iba a tener a pares, que asquito de persona por Dios.

—Desde luego que eres una mujer de carácter —dijo.

—Hombre no. Verás no te ofendas porque, al fin y al cabo, tú eres mi jefe, pero este no es precisamente lo que yo entiendo por “un trabajo para tirar cohetes”, de modo que solo faltaba que me tuviera que morder la lengua...

—Haces bien, yo soy partidario de que, todo lo que no se exterioriza se termina enconando...

—Pues menos mal —dije.

—¿Cómo?

—Nada, nada, cosas mías. Me ha dado por volverme un poco paranoica. Debe ser el ambiente de esta casa, que “todo lo bueno se pega”.

—Malvina yo entiendo que el ambiente de esta casa no es el más sano del mundo, pero es el que hay. A mí también me asfixia.

—Ya, pero la diferencia es que es tu casa y tu mundo Duncan, pero, por suerte fuera de esa verja las cosas no funcionan igual. No sé si me explico...

—“Como un libro abierto” Malvina...

—No me hagas mucho caso. No es mi mejor día...

—Créeme que lo siento —añadió él.

Luego se fue de la cocina y me quedé dejando todo listo hasta que por fin llegó la hora de irme. Ese día no tenía ganas más que de llegar a casa y encerrarme en ella, no pasaría ni por casa de Brenda.

Y ya tenía yo que estar mal para no querer ir a casa de mi amiga, al que había sido desde jovencita mi refugio.

A la hora de irme me crucé con Duncan en el jardín. No sé si por coincidencia o porque me estaba esperando.

—¿Ya te vas?

—Si quieres me quedo a echar horas extras, sí me las pagas bien... —bromeé.

—A partir de mañana estaremos unos días a solas. Únicamente estará Graham, que ya sabes que es como si no estuviera.

—Ya, no quiero ni pensar —dije suspirando.

—Te entiendo y me duele verte así.

—Bueno me voy, mis padres se fueron también una semana de vacaciones y quiero limpiar un poco en la casa.

—No sabía que estuvieras sola...

—Bueno soy mayorcita —volteé los ojos —Hasta mañana —dije negando mientras me iba.

Pasé la tarde limpiando y escuchando música, limpiando sobre limpio, pero tenía la necesidad de estar haciendo algo y ocupar mi mente en cantar esas canciones tan pegadizas que tenía en el móvil.

Y hablando del móvil, ya estaba tardando Brenda en llamarme.

—Que sea la primera y la última vez que no pases por mi casa para darme “el parte del día”.

—Es que hoy no es mi día, amiga. Lo siento. Sabes que me encanta hacerlo y que normalmente, lo necesito, pero hoy no es el día.

—Pero ¿se puede saber “qué mosca te ha picado”?

—Pues no es una “mosca” en particular, es que empiezo a estar “hasta los ovarios” de sentirme un jarrón deseado y hoy he tomado yo las riendas del asunto.

—¿En el sexo?

—No. Justo en lo contrario. En “poner pie en pared”. Ya está bien de “tragar quina” sin siquiera poder decir que me estoy ahogando, porque me estoy ahogando amiga. Mi voz se quebró en ese momento.

—Sigue así y me planto en tu casa “en menos que canta un gallo”, amiga. Tú ya me conoces.

—Sí y te lo agradezco, pero no, hoy quiero estar a solas con mis pensamientos. Creo que me daré un buen baño relajante, aprovechando que estoy sola.

—Di que sí, que eso es un planazo. Que tú no tendrás un jacuzzi de lujo ni puñetera falta que te hace. Nosotros en una buena bañera con espuma estamos “más a gusto, que un arbusto”.

—Tú lo has dicho...

—Bueno, ¿y qué dijo Duncan cuando vio que hoy no iba a haber jarana?

—A ver, ha estado muy condescendiente y eso, por un lado, me reconforta y por otro...

—Por otro, ¿qué?

—Por otro me da pena.

—¿Y eso?

—Pues porque, si de verdad no es un sinvergüenza, ni un caradura, sino que está por mí, pero igualmente no puede quedarse conmigo por su situación también es “una jodienda que no tiene enmienda”.

—Vamos que, lo cojas por donde lo cojas, estás fastidiada...

—Sí, porque en ciertos momentos también dejo de entenderlo y activo el “modo egoísta” y es ahí cuando pienso que las personas que quieren de verdad, saltan todas las barreras y no se esconden bajo ningún pretexto.

—¿Y cuándo el “pretexto” es un hijo? Igual él no se separa por el pequeño Lain, Malvina...

—Joder, Brenda, pero es que estamos en la puta Edad Media, ¿o qué? ¿De verdad un padre pierde un hijo por separarse?

—Perder, perder del todo, supongo que no. Otra cosa es que la madre sea un bicho, nada interesado en la separación y se lo tome como personal, utilizando al pequeño de “arma arrojadiza”.

—Quieres decir que no sería ni la primera ni la última que terminara separándolo de su padre a nivel afectivo, con independencia de lo que un juez te diga, ¿no?

—Pues sí, porque ya sabes eso de que “tal cosa te digan, tal corazón te pongan” y no sabemos hasta qué punto a la gilipollas de Alison le interesa una separación...

—Claro, porque ella lo tiene todo. Un marido que es un auténtico “expendedor de tarjetas bancarias”, un amante, un niño bien cuidado, una casa de lujo, todo el tiempo libre del mundo para hacer “lo que le salga de la nariz...” Vamos que así también vivo yo. Con la diferencia de que yo me tiraría al marido y no al médico...

—Calla cacho de cabrona, que a ese solo me lo tiro yo...

—¿Ves? Ya por lo menos te he sacado unas risas, que es de lo que se trataba...

—Sí y hemos “arreglado” una situación en la que no tenemos ni idea de cuál es el verdadero problema...

—En eso tienes razón, porque que en esa casa hay algo raro, lo hay. Yo cada día estoy más convencida.

—Y yo amiga, y yo...

Esa noche me acosté pensativa por lo que iban a ser los siguientes días, con la casa vacía...

Capítulo 19



Llegué a la casa, me cambié y cómo no, dejé las bragas en la taquilla. Era de risa, pero en el fondo me sentía bien haciendo todo aquello que él me había pedido.

Un momento después llegó Graham y le puse el desayuno. Charlamos un poco. Era muy educado y simpático, además de que no se metía en nada ni era chismoso, una gran persona es lo que se le vía.

Se fue y me quedé limpiando. Sabía que en cualquier momento se haría notar Duncan y no tardó. Apareció sonriente sobre el quicio de la puerta.

—Joder, me has asustado —me puse la mano en el pecho.

—¿Otra vez llamándome feo? —carraspeó.

—Anda, siéntate, te pongo el desayuno, “feo” —dije.

—¿Qué tal estás? —preguntó sentándose.

—Bueno, mejor —sonreí.

—Mañana es sábado —volvió a carraspear y sonreí.

—Me parece que me quedaré en casa. Brenda quiere que me vaya con Williams y ella, pero no me apetece. Este fin de semana solo quiero estar en casa...

—Deja que todo fluya, no te agobies.

—Bueno, eso intento e intentaré, pero no es fácil —sonreí con tristeza.

Un silencio se hizo, a veces no sabíamos ni que decirnos. Sabía que queríamos decírnoslo todo, pero no podíamos o no nos atrevíamos, porque todo era demasiado intenso.

En el fondo y, mientras duraba aquel angustioso silencio, pensé que, aunque su vida no fuera demasiado feliz, teniéndome a su alcance, ya lograba más que yo. Una amante en la sombra y una vida que no se resentiría.

Mientras yo, me pudriría de asco pensando que él no había arriesgado nada por mí. Intenté apartar aquel pensamiento tan negativo de mi mente.

Terminó de desayunar y se acercó a mí tocando mi mejilla con sus dedos.

—Voy para el despacho, tengo que enviar unos emails. En media hora te espero allí.

—Vale —dije mirando hacia el suelo.

Levantó mi cara, me dio un beso y se fue hacia arriba.

Me quedé inmersa en mis pensamientos y decidí que, al menos, no estaban las arpías aquellas en la casa y eso me alegró. Me puse a canturrear.

Terminé de preparar la comida del medio día que solo era para ellos y para mí, así que había poco que hacer y todo estaba recogido. Además, la cena la tenía hecha ya que había preparado un puré de verduras y unas empanadillas que tenía elaboradas del día anterior.

Si hubiera estado la “cara de cerda” por allí, seguro que me hubiera obligado a sacar brillo a todo lo que estuviera en la cocina, pero eso no era necesario y yo había cumplido con mi

cometido.

Media hora después subí al “despacho de los deseos”, como ya lo tenía bautizado...

Esta vez no hizo falta llamar. La puerta estaba abierta, me asomé y me sonrió desde su sillón del despacho.

—Cierra la puerta —no dejaba de sonreír.

Entré y la cerré, él giró la silla para mirarme bien y me echó las manos para que me sentara de lado en su falda.

—Quiero verte sonreír —dijo acariciando mi cara.

—Tranquilo, son días tontos, ya se me pasará.

—¿Dejaste ya lista la comida?

—Sí —sonreí con tristeza.

—Sabes que te adoro ¿verdad? —acarició mi barbilla.

—Sí —dije segura —De eso lo estaba...

—Dame un abrazo, anda —Puso cara de suplicar y lo abracé, si lo me pedía así yo me derretía.

Nos miramos después de casi un minuto en silencio abrazados en los que acariciaba mi espalda con cariño.

No hablábamos, pero las miradas hacían el trabajo de nuestras bocas.

Sonrió provocando una sonrisa en mí. Ya me tenía ganada, ya todas las penas a la mierda, su maldita sonrisa y el efecto que provocaba en mí.

Duncan me había cautivado desde el primer momento y ya era tal la “bola” que se había formado que no veía manera de pararla.

Me levantó de la silla bromista y se puso delante de mí.

—Gírate —dijo señalando hacia la pared sonriendo.

Parecía más juguetón que de costumbre, que ya era decir...

—Duncan —reí poniéndome de espaldas a él.

—¿Ves la puerta?

—Claro ¿me vas a echar? —pregunté nerviosa riéndome y notando cómo se pegaba detrás de mí. Podía sentir su miembro entre mis nalgas.

—No exactamente, te voy a invitar a que salgas por la puerta, te cambies, te vayas a tu casa, prepares una maleta hasta el domingo y a las tres te recojo en la farmacia y más te vale que no me hagas preguntas, que nadie sabrá que saliste antes y que no trabajarás el sábado —me dio una palmada en el culo —A las tres nos vemos.

—Duncan...

—Sal, por favor —carraspeó.

Era mucho más de lo que había podido soñar para aquel fin de semana. Estaba como aturdida, no sabía ni qué decir, ni qué hacer...

Bajé incrédula. Miré que todo estuviera bien, limpio, la comida lista para que se la pusiera y ¡la madre que me parió! ¿Dónde nos íbamos? A mí me daba igual, pero me había alegrado el día y el fin de semana.

Llegué a mi casa con un trozo de pizza que me había llevado de casa de Duncan. Ya que me había echado, la comida me la llevaba, reí al pensarlo.

Comí y me puse a preparar una bolsa de viaje con ropa de dormir, interior, que no sabía para qué, si no quería que llevara bragas, pero las eché, además de vestimenta para el sábado y domingo, de todo tipo, informal y no, con eso de que era verano cabían más prendas y parecía que

me iba para un mes.

Me sorprendí a mí misma dando brincos por toda la casa. Si hubieran estado mis padres, habría tenido que disimular, pero no era el caso, ni mucho menos...

Me metí en el baño y me vestí. Una camiseta negra de mangas cortas y una falda blanca ajustada por las caderas y voluminosa hasta la rodilla.

Se trataba de un arreglo informal de lo más juvenil que sabía que le entusiasmaría, porque todo lo mío lo hacía. ¡Esa era la actitud!

A partir de ahora, intentaría ser más positiva. ¿No creía en la “ley de la atracción”? Pues últimamente la tenía un poco abandonadita...

Me recogí la melena. Me pinté los labios de rojo y a las tres estaba saliendo hacia la farmacia donde ya podía ver su coche.

La emoción me embargaba y no tenía por qué esconderla. ¡No falta más!

Se bajó y metió mi bolsa en el maletero, estaba sonriente y feliz, nos montamos en el coche y me dijo de mil maneras que estaba preciosa.

Yo estaba pletórica. Había que joderse con la forma en la que había sido capaz de transformar el que se avecinaba como un fin de semana de mierda, en uno extraordinario...

Condujo con una mano en mi muslo, acariciando mi entrepierna y sonriendo al comprobar que no llevaba bragas.

Le fascinaba poner aquellas normas tan morbosas y que yo las acatara. Y a mí, el juegucito “de marras” me seducía hasta decir basta.

Lo miré aguantando la risa.

—Mira para adelante que nos vamos a matar —separé su mano de mi zona y la dejé entre mis muslos —Por cierto, dime ya hacia dónde vamos —resoplé.

—No, aún no —apretó mis muslos mientras sonreía.

—Pero ¿dónde se ha escrito que aquí pongas tú todas las normas? —saqué la lengua.

Por toda respuesta, arqueó la ceja y, si no llega a ser por el hecho de que estaba conduciendo me lo como allí mismo, ¡y crudo!

Después de casi dos horas de viaje, cada vez tenía más claro hacia dónde íbamos: a la isla de Skye, unida por un puente a la costa noroeste de Escocia.

Desde luego, vaya si tenía gusto el muchacho para todo y no solo lo decía por lo tocante a las mujeres, pensé auto regalándome un piropo.

Y es que, de la que estábamos hablando era, nada más y nada menos, que de la isla más conocida de las Highlands de Escocia. Baste para entenderlo el dato de que la llaman “la Isla de las Hadas”.

De ella sorprenden sus impresionantes paisajes y sus parajes escondidos. Me resultaba tremendamente emocionante estar con Duncan en aquellos lugares tan remotos del Norte de Escocia.

Mientras nos adentrábamos en ella, era fácil explicarse cómo esa preciosa isla había servido de inspiración a escritores y pintores. Al mismo tiempo, despertaba una increíble admiración entre los viajeros.

—En cuanto al puente que habíamos cruzado, fue el que se construyó en 1995 para unir las poblaciones de Kyleakin y Kyle of Lochalsh. Antes de que existiera, la que también llaman simplemente “La Isla” siempre estuvo separada del suelo británico.

Yo sabía todas esas cosas porque había estado en ella hacía unos años con mis padres y mi madre siempre fue una enamorada de la historia, que devoraba todo libro sobre la temática que

cayera en sus manos.

Aquella formidable isla también constituyó la “tabla de salvación” para no pocos marineros y fue considerada “refugio de reyes”.

Pero, más allá de aquellos datos constatables, reza la leyenda que era “hogar de hadas y gigantes”, aparte de ser el lugar en el que se elaboraba uno de los mejores whiskies de toda Escocia, ¡ahí es nada!

Adentrarnos en ella era hacerlo en un increíble universo de acantilados que desafiaban al norte.

—¿Sabías que esta es la mayor isla de las Hébridas Interiores? —me dijo, Duncan...

—Sí, sé eso y un montón de cosas más. Te reto “sapiéntín” —le dije.

—Nada, nada, no lo pongo en absoluto en duda —dijo él —Pues si eso es así, serás una cicerone perfecta.

—Mira tú por dónde voy a llevar yo las riendas de algo en esta relación —guiñé el ojo.

Me hizo gracia la forma en la que solté lo de “en esta relación”. Así, tan campante. Desde luego, tan pronto estaba hecha “un mar de lágrimas” que me sentía la “reina de corazones” de Duncan.

—

Me gustaba la idea de perdernos en esa isla, de pasar un fin de semana juntos alejados de todo, del mundo.

Cruzar ese puente daba la sensación de estar más cerca de la libertad, de la vida sin esas personas que tan mala energía me transmitían, era saber que íbamos a estar solos él y yo, sin escondernos de nada ni de nadie, al menos por ese fin de semana.

Miré a Duncan y le di un beso en la mejilla, sonrió, sabía por qué, no le hacía falta que le explicara lo que estaba pensando en esos momentos.

Yo iba exultante y comencé a cantar como loca. Él me miraba perplejo.

—Me has dado vida, Malvina. Me has dado vida —reía, negando...

—¿Y eso?

—No era un viejuno, no empieces, pequeñaja, pero sí estaba anquilosado y lo sabes...

—Lo sé, lo sé.

—Ahora tengo un motivo por el que levantarme alegre cada mañana y estos días vamos a sacar el jugo a cada instante. Quiero que me contagies de esas ganas de vivir que rebotas...

—¿Y algo más quiere el señor? —volví a sacar la lengua.

—Pues que sigas sin ponerte bragas y que no saques tanto esa lengua a pasear porque tienes un bocado en ella que no sé si podré resistirme.

Rumbo a aquellos accidentados paisajes y a aquellos pintorescos pueblos de pescadores, salpicados por castillos medievales, entendí que el sonido de nuestra risa conjunta era lo más parecido que escucharía nunca a la felicidad.

Capítulo 20



—Una preciosa cabaña... —dije poniendo mis manos en la boca cuando paró frente a ella.

—Sabía que te gustaría —abrió la puerta del coche y salió.

—¡Cómo para no gustarme! —tendía que ser “tonta de remate” —solté espetándole un sonoro beso.

Me bajé mirando al mar y a la cabaña, uno frente al otro. Aquello era imponente, además esa brisa era de las que “cargaban pilas” y te transportaba a una armonía de lo más placentera.

Metió bolsas y bolsas, incluso no me había dado cuenta, pero él había introducido la mía en el maletero. Aquello iba a tope de provisiones: de comidas y bebidas del súper al que fue antes de recogerme.

La cabaña era una monada, la cocina, el salón y la cama, todo en diáfano, muy confortable y amplio, pero lo único que tenía intimidad era el baño.

Tenía una terraza pequeña con dos sillones y una mesa mirando al mar, aquello era lo más romántico del mundo.

Las vistas eran tan impresionantes que no daban ganas de quitarles el ojo de encima. El lugar rezumaba calma y tranquilidad por doquier.

Una mesa estilo barra separaba una parte del salón y la cocina, podías sentarte por ambos lados. Era tremendamente coqueto aquello, lo mejor de todo, que no había ninguna otra cabaña en los alrededores. Era pura privacidad.

Me quité los tacones y me quedé con la falda y la camiseta, estaba cómoda, cogí la copa de vino que había servido Duncan después de que hubiéramos organizado y colocado todo.

—Sé que no es la primera vez que te lo digo, pero es que no puedo resistirme... —dijo, mordiéndose el labio.

—¿Qué? ¿Qué? —dije, suéltalo ya, que me da la impaciencia y me pongo nerviosa.

—Pues lo que ya sabes que, cuanto más natural estás, más me atraes...

Lo miré sonriente en aquella terraza y lo besé antes de dar un trago.

—Ojalá el mundo se parara aquí indefinidamente... —dije sincerando lo que sentía en esos momentos.

—Disfruta cada respiro, cada suspiro, cada sensación... —me abrazó con mucho cariño y mordisqueó mi hombro —De nada sirve ansiar lo que no sabrás si tendrás mañana cuando no eres capaz de disfrutar lo que tienes hoy.

Nos quedamos tomando el primer vino en aquella barandilla mirando al mar. Él detrás de mí con su cabeza sobre mi hombro. Aquello era todo lo que quería, no necesitaba más.

A mí me pasaba con él algo parecido a lo que él sentía respecto a lo de la naturalidad, es decir, que cuanto más se alejaba de su mundo lujoso, más me atraía. Era una pasada tenerlo así, como un tipo de lo más normal.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Pues en que, cualquiera que vea la “estampa” desde fuera, bien puede pensar que somos una pareja, ¿cualquiera diría que no!

—Y es que lo somos...

—Expílicate...

—Pues que el término “pareja” implica dos integrantes y eso somos nosotros dos personas que...

—¿Qué? Venga expílicate que ardo en deseos de ...

—Yo sí que ardo en deseos y ya te lo demostraré dentro de un rato —guiñó el ojo.

—Yo me refería en deseos de saber, pero vamos, que lo que tú digas —reí.

—¿Solo de saber? —arqueó la ceja.

—No solo de eso, no...

—Vale, mejor, mejor. Y respecto a lo que has dicho antes de que parecemos una pareja...

—Dime.

—Pues que me estaba preguntando si ello a pesar de ser tú una niña y yo un viejuno...

—Tú tienes de viejuno lo que yo de monja y lo sabes —reí.

—No, no sabía, pero si tú me informas, a lo mejor...

—Pues que sabes que eso lo dije porque tú me “atacaste” diciéndome que era una niña...

—Y lo repito —dijo...

—¡Vaya ataque más gratuito! —solté espontáneamente y ambos comenzamos a reír al mismo tiempo...

—He pensado que mañana sábado tendremos mucho tiempo para que me enseñes toda la isla a placer... pero hoy, lo que vamos a explorar a fondo es esta confortable cabaña, ¿te parece?

—No podría estar más de acuerdo —dije.

—Aquí no nos faltará de nada y, lo que más ansío, es tu cercanía...

No podía estar más de acuerdo. Con él me pasaba demasiado a menudo aquello de que me anticipaba a sus pensamientos. O él a los míos. Estaba llegando a la conclusión de que, simplemente, eran nuestros pensamientos.

—Yo ya te he dicho antes lo que me aportas. Ahora te toca a ti, enana —dijo.

—Ya lo sabes. Vas a hacer que me ponga “más roja que un tomate” y al final las orejas me echan humo y se ponen también hirviendo —reí.

—Me encanta saber esos secretillos. Quiero que me lo cuentes todo de ti. Estoy deseando conocer más a esa pequeña gran mujer que habita en tu interior...

—¿Pero secretillos del estilo de si tengo cosquillas y esas cosas? Lo típico, vamos...

—Secretillos que me den a entender, cómo puedo “dar en la tecla” para hacerte vivir los momentos más increíbles de tu vida Malvina... No soy un hombre común...

—¿No? ¿Y eso?

—Porque no soy una persona que ambicione nada material, pero sí momentos. Ya lo irás comprobando.

—¿Momentos? No entiendo muy bien...

—Sí, momentos. Verás, creo que en esta vida solo tiene valor aquello que puedas “grabar en tu retina”. Nada de lo que se compre con dinero puede compararse.

Cuando terminamos, pasamos al interior a preparar un picoteo y nos sentamos frente a la mesa del sofá con el vino y algo para comer.

La mirada de Duncan era diferente a la que me tenía acostumbrada cuando estaba en esa casa,

en ese ambiente, con esa vida que yo estaba completamente segura de que no le correspondía.

Pasamos todo el tiempo cenando y con risas por esas miradas cómplices que eran las únicas que hablaban.

—Oye, me tienes que contar un día eso que has dicho antes de que “yo tengo de viejuno lo que tú de monja”, pequeña picarona, que me ha puesto mucho...

—No, a ver, que tampoco es que tenga yo para contar “la Biblia en verso” pero, vaya, que no te vayas a creer que “he nacido ayer”, hombre...

—Ya imagino y me da morbillo. Ya me contarás, ya... Tenemos mucho tiempo por delante...

Recogimos todo y Duncan se cambió. Se puso unos pantalones de deporte finos y cortos con una camiseta. Yo me puse un camisón de estilo camiseta por la rodilla. De estilo moderno, tenía media manga de hombro, era blanco y suelto, pero me sentía sensual, además no llevaba nada debajo.

Vamos, ¡eso por descontado! ¡Cualquierita se ponía ropa interior!

Se puso delante de mí y vi cómo subía su mano con un antifaz. Lo miré sonriente y sin mediar palabra me lo puso, dejándome a ciegas. Sonreí ruborizada, pero me gustaba que tomara la iniciativa de todo y diera rienda suelta a su imaginación.

—¿Qué me vas a hacer? —musité, en tono sugerente, a sabiendas de que el no diría ni media palabra.

—Calladita estás más mona, anda...

Bueno sí, no dijo, media, dijo esas cinco...

Me llevó hasta la barra por la parte del salón. Me apoyó sobre ella y apartó la butaca. Puso en mis manos una copa de vino sobre la mesa apoyada. Sonreí al comprobar que, al menos, no me iba a dejar sin beber. Di un trago.

Noté cómo sus manos iban subiendo lentamente por detrás para quitarme el camisón, con cuidado para no hacer caer el antifaz de mi cara. Me encantaba esa sensación de sentir que estaba a su merced, en esas manos que tanto deseaba.

En aquel momento sentí que se estaba poniendo unos guantes. Sonreí de imaginar que íbamos a jugar a los médicos. Si algo tenía claro es que me fiaba de él.

Eché algo de gel sobre sus manos. Se escuchaba el ruido perfecto ante ese silencio en el que yo seguía disfrutando copa en mano e imaginando lo que estaba pasando.

Puso sus manos en mi espalda y comenzó a masajear mis hombros con ese líquido que olía a vainilla, daban ganas de comerse el ambiente que estaba creando ese aroma.

La cosa iba adquiriendo mejor cariz por momentos. Resultaba espectacular la forma en la que Duncan sabía subir la temperatura del ambiente.

Me pegó la banqueta e hizo que me sentara en ella. Tenía el pelo recogido y para adelante, así que siguió con ese masaje tan placentero entre mi hombros y final de la espalda.

Estuvo un buen rato, la música celta de décadas pasadas sonaba en su móvil. Aunque no era de mi época reconocía muchas de aquellas canciones.

Lo bueno nunca pasa de moda y eso era lo que pasaba con aquellas melodías, que se seguían escuchando con el paso de los años, poniendo “la piel de gallina”, como me la ponían a mí esas manos que masajearon con calma mi espalda.

Tras ese rato placentero donde yo seguía tomando la copa y no se vaciaba, más que nada porque sentía cómo la rellenaba, me hizo un gesto para que me girara, lo hice y me cogió en brazos y me sentó sobre la barra.

Volvió a ponerse gel y comenzó a masajear mi pecho, mi barriga, con la misma tranquilidad

que la espalda, escuchando la música, mientras yo seguía disfrutando de ese momento dando un trago a la copa de vino que tenía a un lado.

—Abre la boca —dijo con tono sensual.

—Joder, eso sonó a romper este idílico momento —dije soltando una carcajada y escuchando como él también reía con suavidad.

Abrí la boca un poco, sabía que su pene no iba a ser, a no ser que se subiera al taburete, imaginé aguantando la risa.

Me puso una especie de bombón afrutado, era un deleite para el paladar, esa mezcla fresca con el vino, resultaba impresionante. Gemí de placer al notarlo derretirse en mi boca.

Gemí de nuevo mientras lo tragaba. Él acariciaba mi entrepierna en ese momento con aquel gel y esos guantes que hacían que el contacto con mi piel fuera espectacular.

Abrió mis piernas y metió sus dedos por la vagina. Eché mi cabeza hacia atrás y me apoyé con las manos detrás de mi espalda.

Aquellos guantes y ese gel eran pura magia. Se trataba de una sensación increíblemente buena.

Sacó y entró con fuerzas y me tiré completamente hacia atrás, dejando mis piernas en el borde. Quitó la mano y me agarró con la cadera para sacarla un poco hacia fuera y que quedara más expuesta a él.

—¿Quieres una almohada? —preguntó causándome una carcajada.

—Si te digo la verdad, no estaría mal.

Sentí como se quitó uno de los guantes y fue a por ella. La puso bajo mi cuello, aquello era vida, yo me sentía en el paraíso.

Volvió a colocarse el guante y se puso algo en la mano, no en la que llevó a mi seno y comenzó a pellizcar consiguiendo que metiera algún que otro respingón.

Su otra mano comenzó a jugar en la entrada de mi ano con ese gel que ya reconocía, mientras pellizcaba mis pezones y conseguía hacerme volver loca de placer.

—Tócate —exigió quitando su mano de mi pecho para que yo apoyara la mía en la barriga y pudiera tocarme.

El tono era imponente y más me ponía.

Lo hice y él volvió a agarrar el pezón. Le gustaba jugar con él y estimularlo, con fuerza, mientras su dedo jugueteaba por mi parte trasera. Comencé a chillar de placer y notaba cómo su dedo iba entrando.

—No pares —dijo advirtiéndome por la sensación que sabía que estaba produciendo su dedo en el interior de mi culo.

Era incomodo, pero muy placentero. Me estaba volviendo loca, comenzó a sacar y entrar con cuidado, mientras gemía entre dientes de excitación, al mismo tiempo que yo chillaba como loca.

Me corrí y me quedé lacia, su dedo comenzó a salir de mi interior y solté el aire aliviada.

Escuché cómo se quitaba los guantes y los tiraba a la papelera, volvió y se puso entre mis piernas, yo estaba alucinando con esa situación.

Realmente estaba disfrutando de ese momento que era una pasada, me encantaba el dominio que tenía sobre todo y el tacto, a pesar de ser duro y fogoso, sabía en qué momento y como tenía que hacer las cosas.

Y yo seguía ahí tirada. Escuché cómo daba un sorbo a la copa de vino, entre mis piernas, esas que seguían de par en par.

Fue a la nevera y pensé que me iba a traer otro bombón, pero no, puso un hielo sobre mi cuerpo, venía húmedo, como si lo hubiera metido en agua antes. Comenzó a refregarlo por mis

pezones.

Resoplé al notar ese frío ahí. Juguetecía con el hielo llevándolo por todo mi cuerpo y refregándolo por mi clítoris. No podía más, me estaba volviendo a excitar, le estaba poniendo un gel caliente sobre el hielo que me estaba volviendo loca.

Chillé y le imploré que me tocara, necesitaba otro orgasmo, llegar a él y fue cuando noté que se desnudaba y me penetró, agarrado como loco a mis caderas.

Había dejado el poco hielo que quedaba en el interior de mi vagina y al contacto con su pene, entrando de aquella manera, me daba una sensación que pensaba que iba a explotar.

Me corrí a la vez que él a chillidos, moviéndome como loca. Aquella había sido la “guinda” de aquel pedazo de momentazo que me había regalado Duncan. Una experiencia única, jamás había vivido algo así.

Me quitó el antifaz y lo miré ahí tirada sobre la almohada, sonriente, respirando con dificultad.

—De esta no me recupero —reí.

—Pues he sido bueno —se puso al otro lado de la barra por el lado de mi cabeza y me besó.

Me ayudó a levantarme y me puso la camiseta. Cuando miré el reloj había pasado una hora, una hora de placer, aquello era tremendo.

Nos fuimos a la cama y nos abrazamos. La vivida era una sensación indescriptible, los dos solos, relajados, sin ninguna preocupación más que dejar volar nuestra imaginación, nuestros deseos...

—¿Soy yo solo el que piensa que estar juntos es insuperable? —preguntó.

—No, no eres tú solo —dije, dándole un toquecito en la nariz.

—Ven anda —dijo.

Comenzó a besarme y sentimos que perdíamos la noción del tiempo y del espacio. Jamás habría osado pensar un escenario mejor para pasar nuestro primer fin de semana juntos.

No podría decir si fueron un millón de besos cortos juntos o uno solo, muy, muy largo. Lo único que tenía claro es que, mientras aquel beso durara, mi felicidad habría alcanzado su cota más alta.

Capítulo 21



Me puse de cuclillas encima de él y lo cogí por el cuello bromeando.

—¡Quiero café! —grité riendo.

—Tampoco hace falta que sea de forma amenazante —carraspeó sonriendo mientras que ponía sus manos en mis caderas.

—Ah no, deja las manos que tú te vienes arriba muy pronto —resoplé riendo mientras salía de aquella cama para la cocina.

Me siguió hasta el cuarto de baño donde nos lavamos la cara y los dientes, mirándonos, haciéndonos caras frente al espejo.

Me senté en la barra de la cocina por la parte de la cocina y me crucé de piernas.

—Anda bonito, a preparar el desayuno, como yo hago todos los días para ti —le saqué la lengua en plan burlona.

—Si nos ponemos así, hoy es sábado y deberías de hacérmelo tú —me respondió con sorna mientras preparaba todo sonriente.

—Claro, claro, anda rapidito que me pongo con los nervios por mi café y no me aguanto ni yo —hice una mueca.

—¿Te estás burlando de mí? —se acercó y me mordisqueó el labio.

—Me levanté sintiéndome la jefa de la cabaña —me encogí de hombros.

Preparó un desayuno como Dios mandaba, además de que mientras lo hacía me dio un primer café y le robé un cigarrillo. Aunque yo solo fumaba cuando salía de marcha, ese día me apetecía. Él fumaba bien poco, pero siempre llevaba encima.

En ese escenario me lo fumé con el primer café, sentada allí, tirándole el humo y buscándolo de mil maneras mientras él sonreía y me miraba con esos ojos que me hacían derretir.

Para desayunar nos sentamos uno frente a otro. Yo por la parte del salón y él por la de cocina, bromeando y hablando sobre pasar el día paseando y recorriendo algunas partes de aquella incomparable isla.

Así que tras ese momento en el cual devoramos todo, nos fuimos a la ducha y cómo no, el roce, desnudos, el agua, el gel, una cosa lleva a la otra y ahí lo hicimos, bajo ese chorro cayendo por nuestra piel.

Era algo inevitable el estar así con él, viviendo esos momentos intensos y bajo el control de sus brazos y su cuerpo. Yo con ese hombre estaba viviendo en dos semanas lo que jamás había sentido en mi vida. Era algo descomunal.

Nos vestimos en la cabaña y salimos directos a pasar el día en aquel mágico lugar...

—Haz tú la ruta de los lugares que más te apetece visitar, anda. Va a ser un día solo y tenemos que estructurarlo bien.

—¿Siempre eres tan meticuloso para todo? —reí.

—Más o menos —encogió los hombros —Ahora en serio. Dime a qué lugares quieres que vayamos y yo pondré rumbo a ellos.

—Bueno, como diría mi madre Skye es una isla que “apunta maneras”. En cualquier caso, no creo que tampoco sea la primera vez que la visitas —dije.

—No. No es la primera vez, pero sí la primera vez con mi cicerone particular y eso es lo que cuenta.

—A mí lo que más me llama la atención es que aquí son ya los primeros rayos de sol los que comienzan a dar forma a un paisaje que es totalmente espectacular y lo iluminan, lo mires por donde lo mires.

—Te doy toda la razón...

—Yo flipo con el manto ese que parece de terciopelo que cubre las llanuras y las mesetas y luego están sus lagos, sus acantilados que son salvajes y sus montañas escapadas. Por no hablar de los castillos medievales. ¡Si es que no se sabe por dónde comenzar!

—Yo creo que tú “te has tragado un libro” Malvina. Opino que serías una estupenda guía turística, ¿no te lo has planteado nunca?

—Pues la verdad es que no, pero no lo descarto del todo. Fíjate que cada vez pienso más en retomar los libros...

—¿No me digas? Eso es algo maravilloso...

—¿Tú, hasta dónde estudiaste?

—Yo estudié hasta el final. Carrera y máster de...

—¿De qué? Sé que llevas los negocios familiares. Isla me dijo que te dedicabas a eso, pero no sé nada más.

—Estudié Empresariales, a la imagen y semejanza de mi padre y por expreso deseo suyo...

—¿Y no te gustaba?

—Pues mira, lo cierto es que no. Yo hubiera hecho Derecho, quería ser abogado, pero mi padre estimó que no se me había perdido nada en los juzgados y que eran los negocios familiares los que me reclamaban.

—Y con el tiempo, ¿no te gustó?

—¿La carrera? Sí, bueno, aprendí a amarla, aunque no fuera vocacional.

—Parece que tu padre...

—¿Lo tenía todo orquestado desde el principio? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, da esa impresión por tus palabras.

—Sí, bueno... Era una época en la que yo no sabía decirle que no, pero todo esto comenzó por la posibilidad de que tú comiences tu carrera. Ya hablaremos de ello...

—Vale. Y con respecto al primer sitio al que ir, propongo ir a ver ahora por la mañana las Fairy Pools, las “piscinas de las hadas” que me maravillan.

—Ok. No las he visto...

—Sí bueno. Pon la ubicación en el GPS porque yo no sé llegar exactamente. aunque me parece que quedaban súper cerquita de la playa de Glen Brittle. Hay una ruta de senderismo que es una auténtica preciosidad.

Fuimos charlando animadamente en el coche, hasta bajarnos a los pies de los montes Cuillins, al sureste del bosque de Glen Brittle.

—Esto es un auténtico prodigio de la naturaleza —dijo Duncan. Ha sido una gran idea venir. Ya sabía que no me equivocaba dejándote elegir. Se te veía muy puesta...

—Sí, sí, eso y que en algo sabías que tenías que cederme el mando —guiñé el ojo.

—Parece una postal, Malvina. De veras que me encanta.

—Sí. Es el efecto del río Brittle. Él fue quien moldeó estas cascadas y piscinas. Una maravilla natural en la falda de la montaña.

—Una maravilla total, aunque, si tengo que elegir, me quedo con tu falda... que deja a la vista tus piernas...

—Estás de lo más ingenioso hoy, Duncan. Te sienta muy bien el aire libre. Voy a tener que sacarte más a pasear —reí.

—Será eso y será también un poco la compañía, pero esto último menos —negó con la cabeza y sacó la lengua.

Por suerte, el día estaba resplandeciente, aunque también me encantó la imagen de cuando fui con mis padres, con las cimas de los Cuillins cubiertas por las nubes y el agua cristalina y helada, aunque no azul por completo.

—¿Echaste el bañador como te dije?

—Claro, ¿por quién me tomas? Soy un tío previsor...

—Pues entonces prepárate para un chapuzón cuasi mágico en las mismas piscinas en las que se bañaban las hadas...

—Sí que están heladas de narices, Malvina... —dijo, lanzándose él primero...

—Gracias por advertirme. No pienso entrar ni de coña —saqué la lengua...

—¡Serás tramposa! —no vuelvo a confiar en ti si no...

—¡Ya voy! Era broma...

—¡Has hecho la “bomba”! No me lo puedo creer...

—Claro, pues acostúmbrate porque yo soy así... ¿No querías que te diera vida? Pues ahí tienes vida...

Aunque muy frío, el chapuzón fue realmente delicioso. Una preciosa experiencia que disfrutamos durante unos minutos, mientras nos bañábamos en sus gélidas aguas.

Llevábamos picnic y lo disfrutamos...

—A mí el agua tan fresquita me ha abierto el apetito —dije, mientras Duncan me secaba cariñosamente con su toalla —¿Te has dado cuenta de que me estás secando como si fuera una niña?

—Pues claro, es que lo que eres. Ya lo habíamos hablado —soltó para buscarme la lengua, aunque lo que provocó en mí fue una carcajada.

Y sí que era previsor. Parecía mentira todo lo que portaba en su mochila, pero había traído una pizca de cada cosa y montó un pequeño banquete en plena naturaleza.

—He comido como una reina —dije.

—Pues como lo que eres —me guiñó el ojo.

Estaba de lo más risueño y yo es que me lo hubiera comido allí mismo. Descansamos un poquito y, una vez secos del todo y con el estómago lleno seguimos nuestra particular ruta por la isla.

—Y ahora, ¿hacia qué lugar pongo rumbo? —dijo Duncan, que no podía estar más atractivo al volante.

—Pues dirígete hacia el pueblecito de Dunvegan, que se conoce por su castillo, de lo más famoso. Y ya que estamos por allí, también echaremos una visual a la aldeita de Claigan y a la Coral Beach.

Aunque el resto lo vimos más de pasada, en el castillo de Dunvegan nos recreamos. Allí pudimos visitar diferentes estancias, con la excepción de las que ocupan sus actuales habitantes,

integrantes del legendario clan MacLeod.

Disfrutamos muchísimo de sus jardines y nos pareció que todavía había tiempo para subirnos en una de aquellas excursiones en barco que nos dio la oportunidad de ver una curiosa colonia de leones marinos de la cercanía.

Regresamos a la cabaña a eso de las nueve de la noche. El día había sido precioso, intenso y lleno de muchos momentos que no olvidaría jamás.

Nos pusimos a preparar la cena con arrumacos, besos, caricias, miradas... Yo o no estaba enamorada, yo estaba que iba a explotar de amor por ese hombre, por mi Highlander.

Abrimos una botella de vino, pero nos fuimos a cenar al sofá. Pusimos en la mesa que había allí toda la cena. Me senté pegada a él de lado, mirándolo, con las piernas cruzadas, nada de sentarme recta como decía mi madre, yo necesitaba mirarlo, ver ese brillo que desprendía a mi lado.

Lo miraba y me imaginaba una vida junto a él, lleno de estos momentos, luego recordaba que era su amante, además de su sirvienta y se esfumaban todos mis sueños, pero me gustaba imaginar algo más con él. Definitivamente, la vida era muy injusta.

—¿Puedo preguntarte algo? —salió mi voz más cotilla.

—Claro...

—Llevo dos semanas en tu casa trabajando. Tus padres viven al otro lado de ella, aunque tienen una entrada independiente. Me resulta extraña no haberlos visto por tu casa, ni por el jardín, no sé...

—Ellos tienen dos puertas y salen por detrás. No, no lo verás por mi casa, ni a mí por la suya —dijo en una mezcla de dolor, rabia y algo con mucho trasfondo —No tengo relación apenas con ellos, los veo de vez en cuando que aparezco para cualquier gestión, pero poco más.

—¿Es por tu mujer?

—No es por lo que imaginas, pero tanto mis padres como mi mujer, son la misma razón por la que yo con ellos no soy como debería de ser.

—Joder, no entiendo nada.

—Pasó algo hace mucho tiempo que marcó “el antes y el después” de nuestras vidas, con varias personas implicadas. Fue un suceso que jodió nuestras existencias para siempre —me abrazó y besó mi mejilla —Hay una razón muy poderosa para que nuestros lazos estén rotos por todos lados.

—¿Y con su nieto?

—Mi madre nunca lo aceptó, ni miró. A mi padre, le prohibí que se acercara a él.

No me lo podía creer, aquello me había dejado impactada. No podía imaginar que sería eso tan grave que pasó para que la situación estuviera de aquella manera y hubiera dado lugar a aquel pacto de silencio que había en esa familia.

Pensé que en ella, la única que alardeaba de felicidad, era “la putona”, que iba a lo suyo y se follaba a quien le apetecía.

Cambié el tema para que no estuviera triste. Se notaba que recordar todo aquello le hacía daño, tanto que se reflejaba en el dolor diario que soportaba. Se le notaba en el día a día, ¿Qué cojones pasó para que todo acabara de esa manera?

—Antes de que me preguntes, a Sienna la tengo allí porque sería una “bomba de relojería” si la pusiera en la calle. Ella sabe cuanto ocurrió y nos chantajeó.

Logró meterse donde no la llamaban y se convirtió en una amenaza constante, pero yo como tú, no la puedo ver. Si por mí fuera hubiera echado a arder todo y no me hubiera callado...

—¿Y qué te lo impide?

—Lain, ahora Lain y antes mis padres...

Joder ahora me quedaba peor ¿le amenazaría la “putona” con el niño? No entendía nada, solo que estaba atado a algo que le estaba mortificando y que había destruido a su familia, sus sueños y su vida.

Lo abracé y besé. Quería que supiera que pasara lo que pasara yo estaba con él y que su dolor era el mío, que no permitía que se sintiera solo, así tuviera que ser su amante toda mi vida.

Esa noche lo hicimos en la cama, de forma carnal, sentimental, como dos personas que se necesitaban el uno a otro, con esos abrazos, esos besos y esas miradas que hablaban por sí solos.

Me abracé a él. Sabía que no iba a poder dormir rápidamente. Demasiada información con millones de preguntas azotando mi cabeza, ¿Cuán duro sería aquello que sellaban sus labios?

Me intenté imaginar muchas respuestas, buscar qué razones de peso podría haber para eso, pero no se me ocurría otra cosa más que lo amenazaran con el niño, pero para eso estaban los juzgados y su derecho como padre, a no ser que no soportara la idea de vivir separado de él.

Me daba terror al domingo. Al día siguiente volveríamos por la tarde. Eso era lo que me hacía comenzar a sentirme triste, con ese sentimiento de querer agarrar algo y saber que faltaban unas horas para tenerlo que soltar con todo el dolor de tu alma.

Nuestra última noche allí ¿podría pararse el mundo y quedarnos una eternidad en ese instante? Eso era lo que deseaba en esos momentos, que todo se parara y permaneciéramos allí por mucho tiempo, sin reloj, sin tiempo, sin personas a nuestro alrededor, solos él y yo...

Me costó dormir, pero yo no quería que lo notara. Intentaba no moverme y no resoplar, aunque me costaba contener el aire.

No había nada peor en el mundo que amar algo y no saber qué hacer para ayudarlo a salir de una situación que lo apartaba de lo que realmente deseaba, pues yo sentía eso, que era el motivo de su sonrisa y uno de sus mayores deseos.

Capítulo 22



Desperté con un malhumor de perros. Sigilosamente me preparé un café.

Me fui a la terraza y me senté en las escaleras fumando un cigarro y pensando que ya todo acaba ese día, que lo bueno no tardaba en desaparecer.

Me ahogaba, sentía presión en el pecho y comencé a llorar. Tenía que romper y echar fuera todo eso que llevaba dentro de mí.

Era como si el aire estuviera totalmente viciado, pero bien sabía yo que aquello no tenía nada que ver con el aire. Era mi corazón el que se estaba asfixiando.

En ese momento salió él hablando alterado con el teléfono.

Se fue hacia el borde del acantilado, mirando al mar entre gestos de enfado, estaba muy alterado.

Todo aquello me ponía peor aún. Entré a prepararle un café y me eché otro de paso. Los saqué al porche y no tardó en colgar y venir hacia mí.

—Sabía yo que esta la liaba —dijo resoplando y cogiendo un cigarro.

Lo miré con tristeza. No le podía preguntar qué pasaba pues sabía que no iba a contarme nada sobre ese puto pacto de silencio que tenían en esa rara familia.

—Siento lo que te está pasando —dije con tristeza apoyada a la barandilla. Iba como loca, de las escaleras, a la barandilla y de la barandilla a las escaleras, por los nervios con los que me había levantado y ahora esto...

—Sabe que he pasado el fin de semana contigo. Va camino de Inverness de vuelta con el niño para hablar conmigo. Vienen momentos muy duros, no hace falta ser muy listo para saberlo.

Me puse las manos en la nuca y cogí el vaso y lo estampé contra el suelo de fuera de la cabaña.

Duncan se quedó totalmente perplejo, pero creo que entendió perfectamente mi reacción.

Fue a acercarse y puse mis manos delante en señal de que me dejara. No quería reventar, pero si no sabía nada, no podía articular palabra y eso de que tenía constancia de los nuestro, me había matado.

A ver yo no era ninguna cobarde y no temía al “qué dirán” porque ella esparciera el rumor por la ciudad, por su conveniencia seguro que se callaba. Era por no poder decir a Duncan cómo actuar o qué hacer. No sabía qué estaba pasando y eso nos limitaba a todos.

—Malvina... —se agachó para ponerse a mi altura. Me había sentado en el escalón —No te voy a mentir en nada, pero ahora tienes que apartarte, no vayas a la casa. Te ingresaré el sueldo del mes completo y te pagaré los siguientes, pero no quiero que pases por ese mal trago.

—¿De verdad me estás hablando de dinero en estas circunstancias?

—Sé que no es el momento, pero algo tengo que decir al respecto....

—¿Me estás apartando de ti? —pregunté con rabia mientras lloraba.

—Te estoy diciendo que no vayas a trabajar por ahora, que no quiero que se produzca ninguna situación que pueda ser violenta.

—¿Me va a pegar? —pregunté con chulería.

—No, ni yo se lo permitiría ni a ella, ni a nadie. Jamás te pondrá nadie una mano encima. Me refiero a que puede reprocharte cosas, decirte algo que quizás te dañe. La conozco, ahora va a liarla a lo grande.

—Esa no me dura ni un asalto, que me diga algo la “putona”, o mejor que cuente por qué le importa que su marido pase un fin de semana con alguien, cuando ella lleva muchos escapándose con el jefe médico del hospital central, así que será mejor que se calle, que está mejor con la boquita cerrada, que es el objeto de las habladurías de toda la ciudad.

—Solo te pido que no aparezcas por ahora por allí —Me miró y entró para la cabaña sin decir si lo sabía o no y comenzó a recoger todo. Acto seguido entré con toda la rabia del mundo e hice lo mismo.

Y yo pensaba que iba a durar un mes, dos semanas y un día libre, en fin...

Realmente el trabajo me importaba una mierda, pero una verdadera mierda, lo que de verdad me fastidiaba era que Alison jodiera nuestro momento, cuando ella iba y venía con ese hombre cómo y cuándo le daba la gana ¿Por qué no podía dejar en paz a Duncan?

Metimos todo en el coche y salimos de vuelta a Inverness, a ese lugar donde al regresar todo sería diferente. Ya no tendría razón para encontrarme con Duncan. Sabía que todo aquello era el final de lo nuestro.

El viaje fue de infarto, en silencio, veloz, sin un solo gesto por nuestra parte, mirando todo el tiempo al frente.

Era como, si de repente, ya no existiera un “nosotros” sino que, de forma independiente, estuviéramos mirando a nuestras propias vidas. La posición en el coche era una metáfora de lo que estaba por venir.

¿Qué cojones era eso que lo mantenía así y en silencio? Me iba a hacer esa pregunta mil veces más, aquello era algo que me desgarraba el alma y me hacía mucho daño.

Nunca lo entendería. Nunca. Jamás podría llegar comprender por qué su mundo y el mío eran tan distintos y di gracias al cielo por tener una familia y un entorno que nada tenían que ver con aquello.

Conforme íbamos llegando a Inverness parecía que me fueran arrancando el corazón a pedazos. Quería llorar, pero me aguanté todo lo que pude.

A esas alturas del viaje, mis sentimientos eran muy contradictorios y, si él anteponía ese horrible pacto a mí, tampoco quería mostrar debilidad.

Desde pequeña había sido muy orgullosa y, ese orgullo, que algunas veces me había metido en líos y demás, ese día se convertiría en mi aliado.

Paró en la puerta de mi casa, saqué mi bolsa del sillón de atrás y lo miré.

—Te deseo mucha suerte —cerré la puerta y vi cómo comenzaron a caerle lágrimas y se fue.

Reconozco que aquellas lágrimas, que por un lado me conmovían, por el otro, no hacían más que acrecentar mi ira. Duncan era muy fuerte y lo nuestro, muy intenso, ¿de verdad no era capaz de luchar?

Eran apenas las dos de la tarde cuando entré a mi casa. El techo se me cayó encima y me tiré en el sofá a llorar desconsoladamente. Me iba a estallar la cabeza. Aquello no me podía estar pasando, era una pesadilla.

Me dolía mucho. El dolor era indescriptible, no se lo deseaba ni a mi peor enemigo. La

sensación era desoladora y yo solo quería dormir y no levantarme hasta pasado unos años.

No podía recordar ningún momento de mi vida peor. La separación de Duncan era lo más duro a lo que me había enfrentado hasta ese momento.

Ese día ni comí, ni me moví del sofá, en el que estuve llorando sin parar durante horas. Ni siquiera atendí la llamada de Brenda.

No quería ni podía hablar con nadie. No tenía fuerzas para explicar aquello que solo se podía sentir con el corazón. No quería expresar la rabia que tenía contenida, ni la injusticia que para mí representaba todo.

Me acosté sabiendo que al día siguiente no lo vería y quizás nunca más, eso era lo que más daño me producía. Sentía que me clavaban un cuchillo en las entrañas.

¿Qué pasaría ahora? ¿Cómo podría seguir hacia adelante con ese dolor que me oprimía el pecho y no me dejaba casi respirar?

Era desgarrador. El estómago comenzó a dolerme mucho. No había vuelto a tomar bocado desde el día anterior y dudaba mucho que volviera a hacerlo en días.

A pesar de ser verano, el frío me calaba los huesos. Era un frío intenso. Un frío que procedía directamente del alma y que iba congelando todo mi ser.

Menos mal que mis padres no estaban. Había sido una tremenda coincidencia, pero era lo único que me favorecía en aquel dramático instante.

Ellos no lo hubieran entendido. Bajo ningún concepto aceptarían que su hija estuviera muriéndose de pena por un tipo casado que...

No quería pensar así pero tampoco me favorecía tener una imagen idílica de Duncan en la cabeza en ese momento.

Al fin y al cabo, sí, podía decirlo y tenía que convencerme a mí misma de ello, por un tipo casado que había corrido raudo a la llamada de su infiel mujer tan pronto ella descolgó el teléfono.

Yo hubiera deseado que le hubiera dicho que ella no era nadie, que era la menos indicada para hablar. Pongamos que no supiera lo de su infidelidad con el médico, pero ahora ya sí, yo se lo había contado...

Además, mucho dudaba que no le hubiera llegado el rumor. En Inverness lo sabíamos todos, ¡por el amor de Dios!

Y luego estaba lo de su gesto. Ni se inmutó en el momento que se lo dije. ¡Claro que lo sabía y no le importaba! Entonces, ¿por qué no le echó pelotas al asunto y se enfrentó a ella?

No quería pensar que fuera el perrito faldero de Alison, pero aquello no pintaba bien y... ¿Qué había sido yo en todo aquello? ¿De verdad me quería o habría estudiado arte dramático en sus ratos libres?

¿Por qué tuvo que ir a buscarme al pub? ¿Por qué? Si luego no iba a luchar por lo nuestro, lo mínimo que es que hubiese dejado correr aquello y no me hubiese hecho daño.

Si lo analizaba con frialdad, y pese a las circunstancias era capaz de hacerlo, no solo había sido egoísta sino cobarde. Yo nunca se lo hubiera hecho a él, yo sí hubiera luchado “con uñas y dientes”.

Pensé en lo irónico que resultaba que al final iba a ser yo la “guerrera” de la pareja. Así es como tenía que pensar. No podía seguir idealizándolo.

“Quien no es capaz de luchar por ti, no te merece”. Esas fueran las palabras de mi madre cuando, en mi adolescencia, lloraba un día tras otro después de romper con mi primer novio.

Habían pasado unos cuantos años, pero las reglas del juego eran las mismas. Yo no sabía de

qué iba ese asqueroso pacto, pero tampoco tenía ni que importarme demasiado

—Me iba a costar mucho levantar cabeza, comenzar a asumir mi nueva vida sin él. Sabía que eso iba a ser algo que me iba a resultar muy difícil de superar en esos momentos en los que mi vida solo rondaba alrededor de él.

Tendría que marcarme nuevos objetivos, refugiarme en mis seres queridos y volver a hacer de Brenda “mi paño oficial de lágrimas”.

Por un instante pensé en si estaría preocupada porque no le cogí el teléfono, pero rápidamente caí en que no. Para ella sería simplemente, que estaba apurando junto a mi amor los últimos coletazos del fin de semana.

Eso era lo que pensaría cualquiera. Lo que nadie podía imaginar es que, unos días tan preciosos hubieran acabado de aquella manera tan fría...

A mi cabeza vinieron las letras de muchas canciones tristes, pero ninguna superaba aquello que me estaba pasando...

Capítulo 23



Habían pasado dos semanas desde ese día en que me despedí de él en la puerta de mi casa. Catorce días donde había sido “una muerta viviente” y donde mis padres no entendían el porqué de esa ansiedad y depresión por la que estaba pasando y en la que habían sufrido tanto o más que yo.

La noche anterior me juré que ya tenía que cambiar la situación, que no podía estar sufriendo de esa manera y causando tanto dolor en mi familia.

Ya estaba bien de llorar por quien no había sido capaz de mover ni un dedo por mí.

Era lunes y decidí salir a desayunar a una terraza. Tenía ganas de que me diera el aire, pasear, hacer algo que no fuera estar encerrada en mi cuarto.

Mientras desayunaba, me llegó una notificación del banco. Entré a la aplicación y había recibido el pago íntegro del mes por parte de Duncan, inclusive era algo de más.

No me hacía gracia aquel gesto. Yo quería lo que me pertenecía, no que ni él ni nadie me regalaran nada. No iba con mi forma de ser.

De hecho, no lo era porque nunca me importó nada que Duncan fuera una persona tan acomodada a nivel económico. Yo había querido al hombre, no a su cartera.

Tomaba un café mientras fumaba un cigarro. Al final, me había echado “al vicio”, pero bien, me fumaba menos de media cajetilla al día. Era algo que por desgracia me conseguía relajar un poco.

Durante aquellas patéticas dos semanas había tenido que echar mano de todo aquello que me hiciera sentir algo mejor y el tabaco, era una de aquellas cosas.

Ese día estaba más animada. Mentiría si dijera que bien, pero al menos estaba mejor. Había dejado de llorar, aunque me siguieran doliendo las cosas, el no haber visto a Duncan cada día había sido el peor de los infiernos, pero ya estaba resignada a ello y lo había comenzado a asumir, algo era algo.

Quería buscar un trabajo. Necesitaba una ocupación, no podía soportar que los días me comieran. Lo suyo era marcarme una rutina, distraer la mente, tener un motivo para levantarme, sobre todo eso.

Brenda había venido varios días a mi casa a verme. Se encerraba en la habitación conmigo y me abrazaba, llorábamos juntas, le dolía mucho verme así, me daba muchos consejos, estaba desesperada por verme sonreír y salir de aquel cuarto.

Nuestras conversaciones siempre eran monotemáticas. La última había sido la tarde anterior:

—Ya puedes ir espabilando o te cojo por los tirabuzones esos que tienes y te los dejo lacios —me dijo.

—Eres un caso amiga, no sé qué cojones haría sin ti.

—Pues aburrirte de narices, pero yo no voy a permitirlo. Ni ahora ni nunca. Ya estás poniendo

algo de música y que sepas que hay que empezar a hacer plantas.

—No puedo, Brenda, todavía es pronto...

—Vale, vale, que es pronto. Y eso, ¿Quién lo dice? Diles a tus padres que es pronto para volver a ver la sonrisa de su hija. Diles que es pronto para que en esta casa se vuelva a respirar felicidad...

—Ya Brenda, pero no es tan fácil...

—La vida no es fácil, Malvina. La vida es la vida... ¿Crees que para mí fue fácil perder a mis padres?

—No. Nunca podría pensar eso, eso es...

—La “putada oficial del siglo”. Eso es lo que es. Y aquí me tienes, la vida sigue...

Creo que aquella conversación con Brenda fue uno de los motivos que me impulsaron a buscar razones para seguir ilusionándome y por eso aquella mañana me había levantado mejor.

El desayuno estaba sirviendo para dar un repaso por esos días grises. En cierto modo era bueno reflexionar desde la calma, esa que me había costado conseguir hasta ese momento.

Seguía doliendo, claro que seguía doliendo, todavía era como un puñal clavado, pero tenía calma. Era capaz de pensar más en positivo, al menos para motivarme a hacer algo y no seguir en esa tesitura.

—Malvinaaaa —dijo una voz conocida y al girarme de la silla...

—Isla —respondí poniéndome las manos en la boca.

—No me lo puedo creer. Estaba loca por encontrarte, llevo dos semanas que siempre que vengo al centro miro para todos lados —dijo sentándose en una silla y pidiendo un café al camarero que pasaba por allí.

—¿Pasa algo? —pregunté por eso de que me buscaba.

—No pudimos despedirnos, ni siquiera hablar, pero sé lo que pasó. Sé que os pillaron al señor y a ti. Vamos que le tenían puesto un detective a Duncan —dijo ante mi asombro.

—¿Quién? ¿Ella?

—Claro quién si no —volteó los ojos —Además, no te imaginas la que se lio en la casa la semana pasada.

—No sé nada de él, ni de lo que sucedió durante este tiempo —dije con tristeza.

—Duncan es “un alma en pena”. Se ha quedado muy delgado, con la mirada ida, como si hubiera perdido una batalla y estuviera totalmente derrotado —esas palabras me estaban desgarrando el alma.

—Pero ¿qué pasó cuando él regresó?

—Allí se escuchaban volar jarrones, chillidos, pero no se pillaba de qué hablaban. Solo que se amenazaban continuamente con decir algo que debe ser un gran secreto y lo peor de todo, cuando volvió Sienna y se encontró la movida, cogió las cosas y se marchó a Edimburgo.

—No entiendo nada ¿Y ahora?

—Ahora se marchó hace cuatro días Alison. Le dijo algo de que le iba a mandar las cláusulas del divorcio y que, en el caso de que no las aceptara, lo jodería inmediatamente.

—¿Se van a separar?

—No lo sé, por lo visto le llegó ayer a Duncan un borrador del abogado de ella y lo partió. Seguidamente la llamó y le dijo que jamás en la vida le firmaría eso, que jamás y que ahora comenzaría la guerra y que estaba dispuesto a darle en el sitio que sabía que más le podía joder y creo que no se refería al pequeño, sino a algo de eso que todos ocultan.

—Pero se supone que al que jodería eso. Al fin y al cabo, Duncan aguanta porque el secreto

no se sepa o por lo que sea.

—Sí, pero por lo que entendí, le jode a ella en cierto modo también. No sé, no entiendo nada, pero es una guerra que creo que va a dejar muchas víctimas por el camino, comenzando por el pequeño.

—¿Y tú sigues allí normal?

—Yo sola, llevando la cocina y la casa, vamos todo, pero aquello cada vez está más solitario, vamos que no es que me esté matando, solo aguantando el chaparrón que ahí está cayendo.

—Bueno, al menos no tienes que aguantar a aquellas dos brujas.

—Sí, sí...

—Eso que has ganado, que no es poco....

—Y tanto. Por cierto, ahora que me acuerdo... Dos veces vi ir a Duncan enfurecido a casa de sus padres y salir diez minutos después más enfadado aún, cuando él hace mucho que no pisaba esa casa. Algo me dice que sus padres tienen que ver con su infelicidad.

Aquello me estaba dejando sin aliento. Me costaba reaccionar a tanta información y desinformación a la vez. Era un caos y lo peor de todo era que no se sabía de qué procedía el problema, cuál era el origen.

—Te enamoraste de Duncan, ¿verdad? —preguntó agarrando mis manos.

—Sí —comencé a lagrimear y no quería.

—Me lo temía, lo veía en tus ojos y después de enterarme de que estuvisteis por ahí, me dije que tu mirada ocultaba un sentimiento. Espero que superes esto, se te ve buena persona.

—Gracias —dije secando las lágrimas...

—Prometo mantenerte informada de todo si hay alguna novedad, algo me dice que estáis predestinados a estar juntos y suelo tener una intuición muy fuerte —se levantó —Ese hombre te ama —me apretó la mano y se marchó.

—Vale, te doy mi teléfono...

—Sí. No sabes lo que hubiera agradecido tenerlo a mano estos días...

—Sí. Yo tuviera hubiera preferido saber, pero es que en ningún momento imaginé que en esa casa se estuviera “moviendo ficha” de aquella manera.

Pasé esa mañana en la calle, caminando, tomando un helado, algún otro café, inclusive ese día ya que había cobrado, me iba a permitir un menú de la hamburguesería.

Caminé despacio, relajadamente. En mi mente, analizaba todas y cada una de las frases de Isla. Intentaba desentramar lo que estaría sucediendo en aquella casa.

Estaba realmente sorprendida porque, pese a esperarlo todo de la “putona”, que cogiera todavía más las riendas de la situación o algo parecido, no había pasado por mi cabeza que hubiera dejado a Duncan.

Por otro lado, también me preguntaba una y otra vez la razón de que él no se hubiera puesto en contacto conmigo, tramitando el divorcio como estaba.

Finalmente, llegué a la conclusión de que, por muchas cábalas que hiciera, en ningún caso iba a llegar a dar con el “quid” de la cuestión y decidí dejar un poco la mente en blanco.

Me senté ahí y no tardó en aparecer Brenda, le había puesto un mensaje invitándola a comer.

Williams se había ido de nuevo de Inverness, pero esta vez no habían perdido el contacto y ella iba a visitarlo en breve un fin de semana. Después vendría él otro, así que ella estaba loca de contenta, cosa que me alegraba mucho.

—Brenda me alegro de corazón de que al menos a una de las dos le haya salido bien. Fíjate que tengo muy buen palpito con lo tuyo. Es cierto que él ha cambiado tela.

—Gracias, Malvina. Yo creo que sí. No es para nada el egoísta que conocí.

—Pues ya con eso tienes mucho adelantado. Además, las situaciones varían. De hecho, te voy a contar algunos cambios que te van a dejar helada.

Le conté todo lo que me había dicho Isla y se quedó muerta, pero lo que yo no esperaba era lo que iban a escuchar mis oídos.

—Malvina, pues mucho me temo que no son esos todos los cambios que se han producido en esa casa.

—¿Y eso?

—A ver. Me acabo de enterar en el supermercado. pero la noticia se ha extendido ya por todo Inverness.

—¿Qué ha pasado?

—Ha ocurrido una desgracia. Se trata del padre de Duncan. Acaba de fallecer hace un par de horas.

Me puse la mano en la boca, aunque sabía de la mala relación que había entre ellos y eso que todos silenciaban.

—No puedo creerlo, Brenda.

—Pues créelo... Parece que hay un revuelo impresionante en la casa, claro, médicos, ambulancia. Debe estar todo muy alborotado.

En aquel lugar las noticias “se extendían como la pólvora”. Resultaba increíble, pero aquella me dejaba preguntándome si esta nueva situación familiar le beneficiaría o no, pues como estaban las cosas quizás aquello lo podía dejar más tranquilo, por muy cruel que sonara.

—¿En qué estás pensando, amiga?

—En que no sé cómo podría afectar esto a Duncan. De lo dicho por Isla se extrae la conclusión de que el dichoso pacto afectaba también a los padres. Igual esto cambia las cosas, o no...

—Madre mía, pues sí que está movidita la cosa en esa casa... No sabemos, pero puedes llamarlo, ¿no?

Negué con la cabeza. Por no tener no tenía ni su número de móvil, me hubiera gustado ponerle un mensaje, darle el pésame a pesar de todo.

Yo a Duncan no le reprochaba nada. Ya se me había pasado el cabreo inicial y sabía que cuando había estado conmigo se había entregado al cien por cien. Me había hecho sentir la mujer más feliz de la tierra, solo me daba rabia que no tuviera el valor de buscar una solución y hacer su vida como deseaba.

—Malvina, algo tienes que hacer. Los acontecimientos han dado un giro de ciento ochenta grados...

—Lo sé Brenda, pero ahora tengo que pensar. Realmente no sé cómo actuar, espero encontrar algo de luz en todo este asunto.

Brenda estaba flipando con todo, al igual que yo, comimos y luego nos fuimos a tomar un café a un bar mirando al lago. Teníamos ganas las dos de respirar aire puro, de salir de las calles, de estar en aquel absoluto silencio.

En ese momento caí en que, desde que todo aquello había sucedido, ni siquiera había tenido la posibilidad de volver a disfrutar de un paseo por Inverness, con lo mucho que me gustaba.

Desde siempre me habían chiflado las historias del enigmático Lago Ness, tan legendario y de aguas oscuras. De pequeña, inventaba mil historias que todavía le daban más intriga y misticismo a las que ya corrían sobre el monstruo Nessie.

Mis padres se tronchaban de risa y decían que yo tenía mucha imaginación y creo que así era.

A mí siempre me gustó mucho pertenecer a la que llaman “la capital de las Highlands”. El centro de la ciudad se despliega al este del río y de sus puentes.

Lo mejor de Inverness es que, al ser tan compacto, puedes recorrerlo en unas horas y eso es lo que me apetecía hacer aquella tarde, reencontrarme con todo aquello que me fascinaba, con mis raíces.

Aunque, en cierto modo, envidaba sanamente a mi hermano por vivir en Edimburgo, realmente no era por el lugar, sino por el hecho de que hubiera perseguido y logrado sus sueños.

A mí Inverness me encantaba. Pasamos por el centro y estuvimos por Church Street y Academy Street, plagadas de tiendas y restaurantes. También pasamos por el centro comercial Eastgate Shopping Centre, pero no entramos. Quería aire libre, no me apetecían compras.

Como siempre, al pasar, le hice un saludo al unicornio que está puesto en forma de escultura al lado del centro comercial. Era una costumbre que tenía desde niña, cuando mi madre me explicó que era el animal nacional de Escocia.

—Siempre lo has hecho. Yo me tiro al suelo con tus cosas, Malvina... —dijo Brenda.

—Sí, habrá que ir recuperando las buenas costumbres —dije.

—Pasamos la tarde juntas. Le prometí que el sábado saldríamos de marcha a liarla parda como aquella noche que aparecieron los dos y nos trastocaron los planes, ese día que marcó un antes y un después en la vida de las dos’.

Por fortuna, en este caso a ella le había salido bien, cosa que a mí me alegraba el alma. Aunque me la “robara” a menudo, no perdería una amiga, sino que ganaría un amigo.

Volví a mi casa con otro aire. Estaba mal, pero tenía mejor aspecto e intentaba mostrar más ánimos, ante todo.

Mi madre me sonrió al verme entrar. Le gustaba lo que veía, la pobre estaba pálida de los días tan malos que había pasado por verme mal.

—Malvina, hija, por fin tienes mejor color...

—Sí, mamá ya estoy viendo la vida desde otra óptica.

—Mi niña, no sabes lo que me alegro. Tu alegría es mi alegría y estoy deseando que vuelva ese “cascabelito” de hija que tengo a nuestra casa.

—Lo intentaré, mamá. Lo intentaré.

Me tomé un té con ella charlando un poco y me fui a la habitación. Tenía que canalizar la nueva información y gestionar mis emociones, no podía volver hacia atrás, tenía que seguir avanzando cada día.

Ni siquiera le había contado a mi madre las novedades sobre la muerte del padre de Duncan. No quería darle ninguna pista del motivo de mi pesar, aunque en el fondo era consciente de que ella albergaba sus muchas sospechas al respecto.

Capítulo 24



Era sábado...

Habían pasado cinco días desde que vi a Isla. Cada mañana que salía a la calle iba mirando por todos lados para ver si la encontraba y me daba un poco más de información, pero nada.

Yo iba a mejor, pero me dolía mucho pensar en el sufrimiento que podía estar experimentando Duncan y más tras la muerte de su padre.

Por mi parte no había podido entrar en contacto con él, pero eso no quería decir nada. Igualmente lo tenía en mis pensamientos a todas las horas.

Esa mañana me fui a desayunar y luego pasé por el supermercado donde trabaja Brenda.

—Esta noche salimos, me lo prometiste —dijo al verme.

—Claro, por supuesto —sonreí.

—Sin noticias de Duncan, entiendo...

—Nada, no volví a ver a Isla y no sé, hija lo que te digo cada día, me da pena por él y por lo que esté viviendo, por mi parte ya estoy resignada y hecha a la idea de que lo nuestro es un amor imposible.

—Pues es mejor que estés mentalizada y que sigas levantando cabeza —iba reponiendo las estanterías mientras hablaba conmigo —No quiero volverte a ver pasarlo así de mal.

—Me han ofrecido un trabajo para septiembre, cuidando a los hijos de unos abogados de aquí, encargándome de ellos desde el desayuno, llevarlos al cole y comida, de ocho a cuatro y me pagan muy bien.

—Eso está genial.

—He aceptado, así que me tomaré julio y agosto de relax, con lo que me pagó Duncan tengo de sobra para rascarme la barriga.

—Es una gran noticia, me alegra mucho —dijo emocionada, haciéndome un guiño.

—Bueno esta tarde voy para tu casa y ya salimos. Me voy que debo hacerle unos recados a mi madre.

—Vale, luego nos vemos —me hizo un guiño mientras sonreía. Y recuerda ponerte divina.

—Ya me conoces.... Lo haré.

—Esa es mi amiga. Por fin te voy reconociendo. Todo pasa mi niña. Te deseo un día estupendo.

Salí de allí y fui a comprar las cosas que mi madre me había pedido, de forma relajada. Eso era vida, no andar con estrés, pero bueno a veces prefería estar estresada y que no me diera tiempo a pensar mucho.

Pasé por la panadería. Les dejé toda la compra a mis padres. Agarré una empanada recién hecha y me fui para un mercadillo que ponían los sábados, muy bonito. En él se encontraban muchas cosas, el caso era ocupar el máximo número de horas entretenida.

—No sabía que las zorras caminaban solas —escuché y me giré.

—¿Tú a mí me vas a hablar de zorras? ¿Tú? —dije con rabia acercándome a Alison, la persona que menos esperaba encontrar, pero me iba a callar “un mojón”.

—Te lo voy a dejar tan arruinado que no vas a querer ni mirarlo a la cara, no vas a querer saber de él, te lo regalo con moña y todo.

—¿Te crees que a mí me importa una mierda el dinero como a ti?

—Sí, lo creo, como a todas —dijo de forma déspota.

—Déjame decirte algo. No me conoces, pero ten mucho cuidado que no tengo nada que temer, ni por lo que cerrar el pico, que es a lo que estáis vosotros acostumbrados, pero no te me pongas chula que no sabes con quién fuiste a dar.

—Eres una niña que para lo único que vales es para ser sirvienta.

—Y tú eres una puta que no vale para ganarse el dinero de forma honrada, eres una cazafortunas, una desgraciada y una ingrata.

—Mi familia es de dinero, niña.

—Tu familia y tú sois unos hijos de puta, con todas las letras y síguete follando al calvo, que por dinero ahí te veo —me fui dejándola sin opción a réplica.

¡Ay, Dios! Si me coge con dos copas la araña de abajo a arriba y viceversa. Madre mía de la que se había librado por estar en una zona llena de gente y cercana a mi casa, pero la hubiera cogido por ese moño antiguo que llevaba y hubiera barrido la ciudad con ella.

Había que fastidiarse, en la vida podría entender que ellos dos hubieran acabado juntos. Estaba claro que por amor no había sido. Él era la antítesis de ella, por suerte.

Me caía tan mal que no conocía a otra persona en el mundo que me diera más asco. Le hubiera vomitado encima.

Me fui hacia el mercadillo y me encontré por fin a Isla. No me lo podía creer al verla andando por la calle.

—Isla —la besé emocionada.

—Ay no, Malvina, invítame a un café, estos días no pude salir, ahora te iba a buscar a tu casa, le iba a preguntar a tus padres en la panadería para que me dijeran dónde localizarte. Perdí tu teléfono.

—Vamos —nos sentamos en una terraza y me pedí el cuarto café. Antes que nada, le conté lo que me había acabado de pasar con la “putona” y que, con los nervios del otro día, yo no había apuntado su teléfono y tampoco pude llamarla.

—Te vas a quedar muerta, te vas a quedar helada, Sienna regresó a la casa.

—Vaya...

—No, ahora estoy confundida, aquí pasa algo más gordo de lo que creíamos. Encontré a Sienna y a Duncan abrazados llorando en la cocina y antes de entrar escuché cómo le decía que los había llevado a ella y a él al sufrimiento...

—No puedo creerlo...

—Sí, Sienna le decía que tenía que haber hecho las cosas como ella le pidió y que si había aguantado en esa casa era por él y por su hijo, pero que debería haberse enfrentado a todos y que no, no por tapar a su padre, haber condenado a la familia a vivir ese sufrimiento. Duncan lloraba pidiéndole perdón. Parecían estar reconciliándose.

—¿Están liados? —pregunté incrédula.

—¡No! Nada de eso, pero Sienna le decía que ella era su sangre, algo así.

—No entiendo nada, te juro que no pillo una.

—Ni yo, pero Sienna es algún tipo de familiar de Duncan. Ahí pasó algo gordo, muy gordo — dijo con tristeza.

—Ay Dios, vaya alegría me da verte y saber, pero cuanto más hablo contigo, más confusa me quedo, no entiendo absolutamente nada.

—Pues imagina yo allí. No sé ni cómo actuar, Duncan es como un zombi andando por la casa, sigue ido y Sienna está todo el tiempo detrás de él para arrojárselo.

—Lo que me faltaba por escuchar —negué con la cabeza.

—Es todo muy confuso —decía apenada —Lo que tengo claro es que su mujer ya sacó todo de allí y que dejó el niño a cargo de Duncan, como si le sobrara, encima en tono amenazante, como diciendo que ella se iba sin responsabilidades.

—No me lo puedo creer. Al menos eso a él le favorece. Si lo ha hecho para fastidiarlo no lo ha logrado, eso seguro.

—Cierto. El miércoles estuvo allí recogiendo las cosas que le quedaban y lo peor de todo es que se fue sin despedirse del pequeño que se estaba enterando de todo.

—¿Y está mal?

—A ver. Quizás no me he expresado bien. No es exactamente que se esté enterando de todo porque Duncan lo protege todo lo que puede, pero sí de la indiferencia de su madre.

—Es una hija de puta, ahora que yo tengo la tranquilidad de que la puse fina cuando me la encontré, la debería de haber matado.

—Imagino, con las ganitas que debes tenerle...

—No te lo puedes imaginar. Se ha librado por lo que se ha librado y ya puede agradecerse al cielo, la muy desgraciada. El caso es que no iba a ir presa por ella, pero a ver si se va “al quinto pino” y no volvemos a verle su putona cara por aquí.

—Eso es lo que hace falta, hija, porque ya no podemos con más sobresaltos en aquella casa. “Parece que nos ha mirado un tuerto”. El ambiente es tétrico.

—Imagino. Por hacer una broma supongo que solo falta “el cochero de Drácula” por allí. Me da todo mucha pena. Ojalá pudiera ayudar.

—Algo me dice que podrás, mi niña. Sigo con el buen palpito que te dije. Tú acabas con ese hombre. Él te necesita y te adora. No tengo ninguna duda.

—¡Ojalá!

Tomamos el café y fui andando con ella hasta la casa de Duncan, pero un poco antes de llegar me despedí. Me caía muy bien, la veía muy buena persona, nos dimos un abrazo y me dirigí hacia mi casa.

No dejaba de pensar en todo, aquello era como un culebrón de las novelas de mediodía. Así lo sentía yo todo. La cabeza me iba a explotar. Decidí intentar dormir una siesta para estar fresca para por la noche.

Lo que no contaba es con el hecho de que volvería a soñar con Duncan. Nos veía en un escenario idílico que ni siquiera reconocía, pero todo eran risas y cariño entre nosotros. El pequeño Lain jugaba cerca.

Desperté con una sonrisa en los labios que rápidamente se esfumó tan pronto tomé contacto con la realidad. Volví a pensar en lo injusto que estaba siendo cuanto nos rodeaba. Me cabreeé con el destino, con el karma y con el “Cristo que los fundó” a todos...

Me dirigí hacia la cocina para ponerme un café y me encontré con mi madre. Mi padre estaba en la panadería, pero ella había vuelto también para echarse un poco. Estaba algo cansada ese día.

—Malvina, cariño, ¿un café?

—Sí, mamá. O la cafetera entera —sonreí.

—Malvina, tengo que decirte una cosa. No quiero reñirte. No eres una cría, pero he visto un paquete de tabaco vacío en el bolsillo de unos pantalones, según los he cogido para echarlo a la colada.

—No te preocupes, mamá. Es cosa de unos días. Sabes que normalmente no fumo —guiñé el ojo.

—Eso espero o voy a tener que cogerte de esos tirabuzones y ponértelos lacios —rio.

—¡Otra! ¿Pero qué os han hecho a vosotras mis pobres tirabuzones?

—¿Por qué? ¿Te lo ha dicho Brenda también?

—Creo que día sí y día también —reí.

—Cariño, pues ya sabes, por algo te lo diremos. De todos modos, no sabes lo mucho que me alegra verte mejor.

—Gracias, mami.

—Por cierto, no lo hemos ni hablado, con tanto ajeteo. Una pena lo del padre de Duncan, ¿no crees?

—Sí, bueno. Me apena por él, aunque lo cierto es que tampoco tenían relación.

—¿Tú llegaste a conocer a su padre?

—Pues no, mami. Ni a su padre ni a su madre. Y es una pasada porque vivían pared con pared. Pero ni los unos iban a la casa de los otros, ni al contrario.

—Pues vaya ambientito de familia, Malvina. Mejor no tener tanto dinero y vivir más tranquilos, hija.

—No hace falta que lo digas, mami. Yo desde que estuve en esa casa, de veras te digo que cada vez aprecio más la nuestra.

—Sí, mi vida. Tu padre y yo nunca habremos tenido gran cosa, pero a tu hermano y a ti no os ha faltado nunca absolutamente de nada y encima habéis sido muy felices.

—Sí, mamá. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero no puedo estar más orgullosa de vosotros. Sois el mejor ejemplo que un hijo puede tener.

—Gracias, mi niña. Tu padre y yo también estamos muy orgullosos de vosotros. Y, por cierto, ¿te ilusiona el nuevo trabajo?

—Sí mami. A ver, tampoco es que me maraville pero, no hay duda de que, para alguien yo, sin estudios, es una oportunidad.

—Sí, bueno, lo de los estudios todavía está por ver, mi niña. Guardo la esperanza de que prosperes en la vida. En cuanto al trabajo, me conformo con el hecho de que estés más a gusto que en el anterior.

—Eso es fácil, mami.

—Malvina, hija, nunca he llegado a entender del todo lo que ocurrió para que salieras de allí, despavorida, de un día para otro. Y luego está lo de que lo hayas pasado tan mal, a renglón seguido...

—No terminaba de adaptarme, mamá. Bueno, creo que ni yo ni nadie se hubiera adaptado a aquello —reí.

No me sentía en absoluto orgullosa de no contarle la verdad a mi pobre madre, pero aquello no hubiera servido más que para causar en ella una mayor preocupación y procuré cambiar el tercio.

—¿Y mi hermano? Ese sí que está feliz el tío. Hace unas noches me envió fotos con su chica y

se les cae la baba a los dos.

—A mí también me las envió. Hacen una pareja preciosa. No veo la hora de que nos la presente.

—Eso, eso. Ya falta menos para que vengan. Yo tengo tela de ganas de conocer a mi “cuñadita”.

—Y yo a mi nuera.

—Bueno, pues en nada. ¿Quieres que te ayude en algo, mami? Tengo algo de tiempo antes de ir a casa de Brenda, que esta noche salimos.

—No hace falta, cariño. Está todo perfecto. En cualquier caso, no imaginas lo que me alegra saber que vas a salir con Brenda. Oye y ella, ¿sigue con ese chico?

—Sí, mamá. Se están organizando muy bien. Está súper contenta.

—Bueno, bueno, una gran noticia. Y seguro que pronto te toca a ti, cariño...

—Seguro que sí, mami —dije, mientras me dirigía a mi cuarto...

Capítulo 25



Llegué a casa de Brenda y le conté todo lo sucedido esa mañana tanto con la “putona” como al encontrarme a Isla.

Estaba flipando mientras preparaba dos cubatas, incrédula.

—Al final verás que la “cara de cerda” va a ser hasta buena persona —dijo volteando los ojos y riendo.

—No sé, pero, cuando yo hablaba con rabia de lo mal que me caía ella, Duncan me seguía el rollo como si así fuera.

—Lo mismo estaba disimulando, sabrá Dios lo que hay escondido ahí.

—Tiene que ser algo muy grave, de eso no me cabe duda. Pero tampoco me cabe de que Duncan es un gran hombre y una gran persona.

—Yo lo único que digo es que de buena te has librado saliendo de esa casa, Malvina. Ahí hay un mal rollo que es demasiado y es que parece una novela de esas que van por fascículos... No se acaba nunca.

Di un trago bien grande al cubata. Necesitaba ingerir alcohol y que se me olvidara que vivía en un mundo con tanta maldad y codicia.

Salimos y nos fuimos al “pub de los Highlander”, como lo llamábamos nosotras, al que la mayoría iban con Kilt y tanta gracia le hacía a Brenda. Siempre decía que su marido tenía que usarlo, pero nada, se enamoró de Williams y a ese no le ponían una falda ni atándolo.

Comenzamos a beber cubatas, a tomar chupitos y a olvidarnos del mundo cantando y bailando en ese pub que estaba de lo más animado, aunque para no mentir siempre me venía a la mente la imagen de Duncan.

Se nos acercaron varios chicos. pero no teníamos el cuerpo “para gaitas” porque, al fin y al cabo, ella pensaba en Williams y yo, mal que no quisiera reconocerlo, en Duncan.

—Esos dos ya han venido tres veces, Brenda. Son pesaditos con avaricia. Parece que no entienden las indirectas.

—“Plan B” en marcha, entonces, Malvina.

—¿Sí?

—Claro.

El “plan B” lo habíamos activado decenas de veces en nuestra vida y siempre funcionaba.

—Por ahí vienen, Malvina, pon ya mala cara

—Chicas, ¿nos dejáis que volvamos a intentar invitaros a algo?

—No sé, no sé —dijo Brenda —Lo sentimos. El caso es que mi amiga no se encuentra muy bien —¿Estás mejor, Malvina?

—No sé, son otra vez esas náuseas. Vaya tormento.

—Si es que te lo dije, que eras muy joven para casarte y para pensar en niños todavía, pero

como eres una cabezota. Venga, te acompaño al servicio de señoras.

—Bueno, chicas, mejor hablamos otro día, que os vemos muy liadas.

—Sí. Será mejor. Es lo que tienen los embarazos de las amigas, que le cortan el punto hasta a una...

—Siempre funciona, siempre funciona —reía Malvina, camino del baño.

—Si es que somos dos bichos —dijo Brenda.

Al salir, nos pusimos a hablar con unos amigos de Inverness, los conocíamos desde pequeñas y estos eran inofensivos. Sabían que no tenían nada que hacer con nosotras, pero aun así siempre se empeñaban a invitarnos. Allá ellos, a nosotras “a morro” en la noche, no nos ganaba nadie.

Estaba bailando cuando miré de repente al otro lado de la barra y me encontré con la mirada de Duncan. Estaba apoyado, solo, con una copa en la mano y mirándome con tristeza.

Un intenso escalofrío recorría mi cuerpo de arriba abajo. De todas las personas, de Inverness, era la última que esperaba ver allí, aunque también a la que más deseaba.

Me quedé mirándolo inmóvil. Brenda se dio cuenta y me miró alucinando.

—Ahora vengo —dije temblorosa.

—Tranquila, yo me quedo con estos, esta noche los exprimo —intentó hacerme reír, con eso de que “no muerden” estoy a salvo.

Me acerqué hasta él que me miraba ternura con esos ojos que partían mi alma. Ni un rastro de su media sonrisa.

—Hola —dije con voz tenebrosa.

—Hola, Malvina —me miraba como si fuera a romper a llorar.

—¿Estás solo?

—Como siempre —eso terminó de arañarme el alma.

Estaba delgado, muy delgado, pálido, con ojeras... Daba pena de verlo a pesar de que seguía siendo el mismo hombre atractivo que conocí.

—No sé qué decirte...

—Tranquila, no quería molestar, solo necesitaba tomar un poco el aire y para no mentir, quería ver si te veía al menos un momento, te he echado mucho de menos.

—Yo también. No me atrevo ni a preguntar cómo estás...

—Pues cansado, derrotado, sin ganas de nada —sonrió con tristeza.

—En cualquier caso, siento mucho lo de tu padre.

—Te lo agradezco. De todos modos, ya sabes que no me relacionaba con él.

—Lo sé, lo sé. ¿Te apetece tomar algo fuera del local?

—Claro, pero no quiero reventar vuestra noche.

—No, para nada, vamos —salí y me acerqué a Brenda, le dije que me iba fuera y ella me contestó que no me preocupara por nada, que estaría con los chicos y que después ellos mismos la acompañarían, que no me preocupara y que me quedara con Duncan, cosa que agradecí a pesar de no saber si estaría una hora o toda la noche con él.

—Gracias, amiga. Ya te cuento.

—Suerte Malvina —sonrió.

Salimos y nos fuimos a otro bar que había al lado con mesas en el exterior, pedimos dos cubatas.

—¿Qué tal tu hijo?

—Bueno, lleva la procesión por dentro, Isla lo protege mucho y yo estoy intentando darle lo mejor de mí, pero estoy en un momento que no sé si lo estoy o no haciendo bien.

—Seguro que sí. Eres un padrazo. Lo sabe todo el mundo.

—Su madre no lo quiere —dijo con tristeza, ni un poquito. Resulta increíble lo mala persona que es —negaba con dolor.

—Me la encontré esta mañana y me dijo algo, yo me defendí y le solté todo lo que me salió del alma, no me pude contener.

—No te pongas a su nivel, no hace falta. Yo ya hice todo lo que tenía que hacer y ya sabes que mi padre murió...

—Sí. Se supo rápido.

—Debí haber hecho hace mucho tiempo caso a Sienna, aunque por tapar a mis padres no lo hice. En cualquier caso, desde que se fue él, comencé a tomar otra actitud y ya me estoy enfrentando a todo. Por primera vez, me da miedo nada, solo necesito coger un poco más de fuerza, estoy por los suelos.

—No quiero verte así —agarré sus manos en señal de apoyo, a la mierda quién nos viera, solo me importaba arroparlo.

—Te hice mucho daño...

—No digas eso, tú no, fue la situación, no digas eso Duncan.

—Me gustaría compensarte todo. Quizás pueda empezar porque seas a la primera persona a la que le cuento toda aquella batalla que tuve que pasar desde que ella se quedó embarazada del pequeño. Lo haré otro día si me lo permites, ahora no puedo ni hablar de ello.

—Desconecta, Duncan, el día que quieras me cuentas —yo estaba achispada por el alcohol, pero al verlo se me había quitado mucho de golpe, pero aún las palabras me salían de aquella manera y yo lo notaba.

—Gracias —dijo apretando mis manos, esta vez lo hizo él y ese contacto hacía saltar todas las emociones de mi interior.

—Intenté cambiar el tema, lo veía tan destruido que me partía el alma. Estuvimos en aquel lugar una hora y luego le dije de ir a pasear, también era bonito en la noche, mientras la gente estaba de fiesta por las calles y en los locales.

Paseamos un rato y me pidió que fuera a su casa a tomar algo. Era un modo de decirme que tenía las puertas abiertas y que necesitaba estar conmigo, no lo dudé.

—Yo voy —lo agarré del brazo —pero la “simpática” que no me diga nada que estoy que exploto —bromeé.

—No te diré nada, tranquila —apretó mi mano que estaba enganchada a su codo.

—¿Estás seguro? Mira que no me conoces...

—Estoy seguro, Malvina. Las cosas no son siempre lo que parecen. No es “tan fiero el león como lo pintan”. Sienna también estaba muy amargada por las circunstancias y no le faltaba razón.

—Entenderás que este culebrón no hay quien lo siga, pero bueno.

—Pronto lo entenderás todo. Solo te pido que confíes en mí. Cada una de las cosas que han pasado tienen una explicación.

Anduvimos hasta su casa y entramos en ella sigilosamente para no despertar a nadie. Eran las dos de la madrugada y todos dormían.

Nos fuimos a su despacho. Él sirvió dos copas y nos sentamos en el sofá que había en él, de lado, mirándonos. Agarró mi mano, comenzó a acariciarla y a lagrimear, eso me dejó a cuadros.

Puse el vaso sobre la mesa y me pegué a él, lo abracé y me respondió con muchas ganas, con fuerzas, como si lo llevara esperando toda la vida.

—Mañana prometí llevar al niño a una excursión a la montaña. Me gustaría que vinieras con

nosotros.

—Tendría que mirar mi agenda, pero creo que mañana tampoco trabajo, llevo tres semanas de baja por depresión —le saqué la lengua —Claro que iré, encantada.

—Te contaré todo lo que pueda, mientras el niño juega y eso, pero te prometo que mañana sacaré fuerzas de flaqueza para contarte al menos una parte. No sé si tu cabeza estará preparada para todo. Ni la mía tampoco para vomitarlo al completo.

—Poco a poco. Estaré cuando lo necesites, no te preocupes por nada.

—Pensé que no me querías ni ver —las lágrimas seguían bajando por sus mejillas.

—No digas eso —lo volví a abrazar bien fuerte. No me conoces. Es cierto que no me diste la oportunidad, pero esta noche has hecho bien.

—No podía pasar más tiempo sin verte, Malvina. Necesitaba hacerlo y, si ello suponía que “me pusieras a caldo” lo aceptaría. El caso era no pasar más tiempo sin verte...

—No sabes hasta qué punto has hecho bien. Yo pensaba igualmente en ti a todas horas, pero no sabía qué hacer. Sentía que me habías apartado de tu vida y no encontraba manera de volver a entrar en ella.

Noté que la vida se paraba en ese momento, que todo lo que quería era verlo sonreír y que saliera de ese túnel que lo tenía de esa manera.

Nos apartamos, miramos y me acerqué a besarlo. Lo necesitaba, él no tardó en reaccionar y me devoró con ansias, abrazándome como si me fuera a escapar, fue un momento brutal.

Era como si, en un segundo, quisiéramos recuperar todo el tiempo perdido. Nuestras miradas lo decían todo.

—Te he echado de menos, “niña”, te he echado de menos —sus lágrimas volvían a brotar de sus ojos.

—Y yo a ti, “viejuno” y yo a ti —dije, mientras me volvía a acomodar en sus brazos.

Me pidió que me quedara a dormir con él y no lo dudé. Nos fuimos a su habitación y me quité el short que llevaba. Me quedé con la camiseta de tirantes y las bragas.

—Hoy no te voy a decir nada de lo que pienso al respecto de que lleves las bragas puestas —sonrió.

—No digas nada, no digas nada, anda, “que después todo se sabe” —dije.

No era el momento de aquello, había un momento para todo y no era ese. No era lo que nos pedía el cuerpo.

Nos abrazamos y besamos durante un buen rato. Sentíamos deseos, pero eran superiores al sexo. Por esa razón, no hicimos el amor, ni follamos a pesar de que los dos teníamos ganas. En cualquier caso, era un momento de apoyo, de besos y caricias, de miradas en la noche donde solo se veía el brillo de esa vela que iluminaba una parte de nosotros.

—¿Sabes qué se me representa esa vela que has encendido? —dije.

—No, dime por favor.

—Pues lo que quiero que reine desde ahora entre nosotros. No quiero más sombras. No puedo. Necesito luces. Quiero creer que la luz va a resplandecer al tiempo que los secretos se esfuman...

—Así será. Te lo prometo. Solo necesito un poco de tiempo y de paciencia por tu parte.

—Trato hecho —dije.

Aquello era todo lo que yo soñaba, estar así con él, solo los dos, sin que nadie ni nada nos limitara a todo eso que deseábamos.

Pensé en que la valentía es premiada por el universo.

—¿En qué piensas, Malvina?

—Pues en que menos mal que...

—Dime...

—Verás. Yo también lo he pasado muy mal.

—Imagino...

—Total que, en estos días, no quería ni salir. Y mira que Brenda no ha parado de animarme, que no sé lo que hubiera hecho sin ella, pero los fines de semana anteriores no quise salir.

—No sabes lo mucho que lo siento...

—Eso ya pasó. El caso es que estos últimos días ya estaba más repuesta y no dudé en decirle que sí a su propuesta de salir el sábado...

—Y mira tú por dónde...

—Mira tú por dónde he ido a encontrarme mucho más de lo que esperaba. Justo aquello que le hubiera pedido al universo.

—Total, que en conclusión...

—En conclusión, yo te visualizaba por todos los lados, hasta soñaba contigo y, si te digo la verdad hasta Lain entraba en mis sueños... Y al final el universo me ha premiado, en cuanto he cogido las riendas...

—¿Las riendas? —arqueó las cejas...

—Las riendas de la situación. Sé muy bien el tipo de riendas que te gusta llevar a ti y yo acepto porque me puede el morbo —reí.

Estuvimos como una hora hablando. Yo no tenía ni sueño, solo quería sentirlo, besarlo mil veces, hacerle sentir que estaba ahí, antes, ahora y para siempre si el me lo permitía...

Miraba a sus ojos y lo que veía no dejaba lugar al desconcierto. Él deseaba lo mismo.

Por mi parte, no lo quería roto en mil pedazos ni perdido sin poder actuar como libremente le pareciera. Esa era la peor condena que le podían imponer a una persona y él la había estado sufriendo en sus propias carnes.

Capítulo 26



Escuché a Duncan poner algo sobre la mesa y al abrir los ojos vi que había llegado con el desayuno.

—Buenos días —me acurruqué con la almohada —No te sentí salir.

—Buenos días, preciosa. Fui a que la “simpática” nos pusiera un buen desayuno. Te manda saludos.

Eso de la “simpática” lo dijo a modo de gracia, pero lo de que me mandaba saludos me hizo revolcar de la risa.

—Y será verdad —negué riendo contra la almohada.

Se acercó y se sentó en el hueco de mi barriga, al filo de la cama y puso un café en mis manos.

Me incorporé, lo bebí de un trago ya que a mí me gustaban cortos. Lo puse en la mesita de noche y me tiré hacia atrás mirándolo.

Puso la mano en mi barriga por dentro de la camiseta.

—¿Has dormido bien?

—Genial, solo me faltaste aquí al lado para despertar mejor —le saqué la lengua.

—¿Y tú?

—Yo no pensaba que volvería a dormir así de bien en la vida. Creo que eso responde a tu pregunta —dijo.

Sonrió, tenía mucha mejor cara que la noche anterior. Ahora se le veía una sonrisa menos fingida. Me acariciaba la barriga con cariño y yo me estaba poniendo de lo más cachonda, para qué mentir.

Un silencio se apoderó de nosotros, acarició un poco hacia arriba y se enganchó a mi pecho y lo apretó, mirándome. Solté un leve gemido, estaba “que me subía por las paredes”.

Mi reacción mirándolo le gustó, masajeaba mi pecho y le daba algún apretón a mi pezón, eso que tanto le gustaba. Yo me estaba poniendo “como una moto, pero de las del gran premio”.

Me incorporé un poco y para su asombro me quité la camiseta y me quedé solo con las braguitas ante él, que seguía enganchado a mi pecho.

Sabía que con ese gesto estaba “abriendo la veda” y eso es lo que deseaba. No teníamos quince años y yo no estaba para fingir.

Bajó una de sus manos con delicadeza hasta mi cadera, mientras mantenía su otra mano en la otra parte y me bajó las bragas. Me dejó totalmente desnuda ante él y apareció esa mirada de calma y de deseos, sin duda a partes iguales.

Su mano volvió a mi pecho, apretándolo y se le escapó entre dientes un rugido de placer. Yo pensaba que iba a explotar y mojar toda la cama. Estaba “a mil por hora” antes ese momento tan erótico y deseado, pero que a la vez estábamos disfrutando sorbo a sorbo.

Abrí mis piernas y recogí mis rodillas para darle a él la máxima visibilidad, lo miré sonriente

y tímida...

Me devolvió la sonrisa y fue bajando su mano del pecho hasta mi zona. La apretó desde fuera cogiendo todo en su mano y soltando el aire sin dejar de mirarme.

Reconozco que yo ya quería que me metiera la mano, la cabeza y “todo lo que entrara por ahí”. Estaba respirando de lo más agitada y él lo sabía, pero no se le veía afán de coger velocidad, sino todo lo contrario, de disfrutar con calma de ese momento.

Sus manos se resbalaron por mis caderas para agarrarse a mis nalgas con fuerzas, una mano en cada uno, apretando por dentro de mis glúteos de una manera fascinante.

Mientras gemía, podía sentir sus dedos cerca de mi ano y eso me ponía más excitada aún. Lo miré con gesto implorante, pero me sonrió y me hizo un guiño, algo me decía que me lo iba a hacer pasar muy mal.

Volvió a poner su mano en mi pierna y la otra en mi pecho. Esta vez de forma suave, despacio, dándole más excitación al momento.

Si algo había pensado cuando creí perderlo es que, aparte de al hombre al que amaba, le estaba diciendo adiós a un verdadero “maestro de las artes amorosas” y al hombre que mejor podría hacérmelo pasar en la cama.

Mi parte inferior comenzó a palpar. Lo notaba fuerte, de una manera increíble.

Se tiró a un lado de mí y mordisqueó mi oreja. Me hizo estremecer y su mano volvió a jugar con mis pezones haciéndome excitar más aún si se podía.

—¿Cómo vas, preciosa? —preguntó.

—¿Tú que crees? —me mordí el labio.

Tenía ganas de verlo desnudo, con su perfecto cuerpo musculoso. Y como era una tía con suerte se incorporó y se quitó la camiseta, dejando a la vista eso que tanto yo deseaba.

Sus ojos ardientes irradiaban deseos y sensualidad. Se clavaban en los míos como cuchillos afilados. Era impresionante lo que notaba en aquella mirada.

Noté pegado a mí lado su miembro erecto y rígido. Aquello desprendía tanto calor como mi propio cuerpo, que estaba deseoso de llegar a ese momento donde soltaría toda la tensión acumulada por tanta ansia.

Tenía el rostro perversamente seductor, pero imagino que sería el reflejo de lo mismo que él estaría viendo en el mío.

Puso sus labios sobre mi pecho y succionó levemente, una de sus manos bajó hasta mi zona más excitada e hinchada, esa que estaba deseando que sus manos hicieran el trabajo que la llevaría a aquel ansiado placer, el del orgasmo, pero iba con calma.

Parece que hubiera leído mis pensamientos.

—Con calma, pequeña, debemos disfrutar esto con calma.

El sugerente tono de su voz me puso más todavía.

Me agarré a su miembro por encima del bóxer. Estaba muy hinchado, caliente, rígido, palpitante, se asemejaba a la forma en la que yo tenía mis partes, a punto de reventar.

Apreté fuerte moviendo lentamente hacia arriba y hacia abajo. Eso le hizo soltar un gemido y me miró con más deseos aún.

Mis jadeos de excitación solo con el roce de sus manos, salían a la vez que se intensificaba el rubor en mis mejillas.

Me hizo un gesto para que no me moviera y se levantó. Fue al cajón del aparador que estaba frente a la cama y cogió un bote de gel y una pequeña lata con crema.

—Te veo venir —dije.

—Shhhhh—exigió.

Lo trajo hasta la mesita de noche de al lado de la cama y se sentó en el filo. Se echó bastante sobre sus manos y las llevó a mis pechos.

Gemí al contacto con ese gel, una de sus manos iba bajando hasta mi entrepierna y miró a ella levantando la ceja, en señal de que me abriera más. Lo entendía a la perfección, esa mirada y gestos hablaba por sí solos.

Metió los dedos hasta el fondo y tiró con cuidado, pero con firmeza para él. Chillé como loca entre gemidos de excitación, con la respiración acelerada, suplicando al universo que me deshinchara mis partes. Iba a reventar.

Sus dedos en esa cavidad hacían movimientos bruscos y yo me removía, pero él me echaba hacia atrás, me inmovilizaba. Yo ya no podía más, sentía demasiada excitación y ansiaba el orgasmo. Me moría por ello.

Sacó sus dedos y lo llevó a mi clítoris y comenzó a dibujar círculos presionando, pero tranquilamente, yo me movía acelerada buscando que aquello fuera a más.

Apartó sus manos y abrió la lata con la crema. Metió uno de sus dedos y lo sacó lleno de aquello. Yo sabía a dónde iba, pero no me importaba...

Volví a estar a su merced y aquello era justo lo que tanto había estado deseando durante aquel tiempo.

Con la otra mano, volvió a seguir dibujando círculos y me miró mientras yo abría más las piernas, pero él ayudó con el codo de la mano que tocaba mi zona hinchada.

Puso su dedo en la entrada de mi culo y agarré las sabanas con fuerza y levanté un poco mi cuerpo, aquello era demasiado, los círculos se intensificaron y apretaba con más fuerzas, mientras el dedo de la otra mano jugueteaba en mi entrada e iba metiéndose poco a poco...

—Tranquila pequeña, confía en mí—susurró.

Me puse la almohada en la boca y comencé a chillar de placer, a pesar de que aquello apretada y daba una sensación extraña pero muy placentera.

El dedo entró hasta dentro y me corrí, agarrada con fuerzas a las sábanas y a la almohada. Él sacó el dedo lentamente y luego se secó con una servilleta mientras yo intentaba coger fuerzas por el momento que había acabado de vivir.

Se levantó y me trajo sonriente un zumo de naranja que me bebí “como si no hubiera un mañana”.

Luego me ayudó a levantar y me llevó a la ventana que daba al jardín, me puso apoyada en ella y levantó mis caderas.

Me penetró echándome hacia delante, con sus manos por mi cintura y apoyado sobre el quicio como yo. Sus estocadas eran secas y sincronizadas, aquello me hizo volver otra vez a perder el control de mi respiración.

Momentos después me giró y me levantó en brazos. Me puso contra la pared sostenida en el aire con mis piernas a su alrededor y me penetró. Me dejó entre él y ese muro mientras me penetraba con fuerzas, “como si nunca, como si nada, como si nadie”, mirándome entre sonidos de placer que emanaban de su boca.

Se corrió conteniéndome un rato, abrazados, mordiendo mis hombros y soltando todo el aire que acumulaba en su interior.

Me bajó y fuimos al baño. Me llevaba de la mano sonriente y en silencio, comenzó a llenar esa imponente bañera que era esquinera, como una concha, se veía de lo más grande y cómoda.

Reí pensando que mi “empotrador” no era hombre de muchas palabras en la cama. Ni puñetera

falta que hacía. Allí hablaban sus ojos y “su hermano” el de abajo.

Me ordenó que me metiera cuando el agua llegaba como a una cuarta y me encendió un cigarro. Él se introdujo con otro. Me senté entre sus piernas de espalda y nos los fumamos relajadamente mientras su otra mano acariciaba mis pechos. Era insaciable, además mordisqueaba y besaba mi cuello.

Me incorporé y tiré los cigarros a la taza del wáter. Él me dijo que me sentara sobre el borde de la bañera, era ancho, aquello era una pasada.

Se puso entre mis piernas, acercando su cabeza a mi parte íntima que estaba en el borde, hacia dentro de la bañera donde Duncan se puso sobre sus piernas sentado, quedando frente a esa zona que abrió con sus dedos y comenzó a lamer con tranquilidad.

Ya me había vuelto a poner “como una moto”. Aquello era increíble, producía en mí una sensación de placer con solo tocarme.

Estaba temblorosa con esa boca que comenzó a succionarme y lamermme a partes iguales. Se me escuchaba respirar fuerte, de forma agitada y notaba que eso le encendía mucho más.

No tardé en correrme cuando su lengua volvió a esa zona que de nuevo estaba hinchada. Esta vez no me hizo sufrir, me llevó al orgasmo rápidamente, cosa que agradecí pues ya mi cuerpo no podía más.

Nos quedamos un rato en la bañera. Yo sentada de lado en él, sobre el hueco de sus brazos que me rodeaban y acariciaban constantemente, sonriendo.

El silencio era reinante esa mañana entre nosotros, con ese momento de miradas que eran las únicas que mejor podían expresar todo aquello que sentíamos...

Aquello para mí era algo que me había llenado de vida, algo que no esperaba de nuevo, que había sido como un regalo del cielo. Estar ahí con él era todo lo que había soñado y deseado. Algo me decía que tenía que ayudarlo de salir de todo aquello que lo agolpaba.

Esperaba que ese día en la salida con el pequeño me contara al menos algo de eso que le sucedía. Yo deseaba prestarle mi ayuda, quería que sintiera que podía confiar en mí y que iba a estar ahí para apoyarlo.

Lo besé de nuevo, con ansias, cariño, ternura, amor...

—Te amo —fue lo único que pronuncié en el último rato, sobre todo en la bañera donde aún no habíamos intercambiado ni una palabra solo caricias.

Sus ojos me miraron diferente, con más brillo, con más luz, me abrazó contra el fuertemente y besó mi hombro.

—Yo a ti más que a mi vida...

Eso fue algo que no me esperaba, que me había traspasado el corazón y el alma, que se me había clavado en lo más hondo de mi ser.

“Más que a su vida...”

¿Podía haber una frase más bonita y con tanto sentimiento?

Yo lo amaba con toda mi alma, esa era la realidad y también era consciente de que él me correspondía, pero no sabía que con tanta profundidad y lo bueno era que yo creía sus palabras.

No tenía ningún motivo para no pensar que todo lo que decía era verdad, que podía pasar lo que fuese pero que él nunca me iba a engañar, ni mentir. Eso lo tenía claro.

Salimos de la ducha y nos comenzamos a preparar para bajar y coger al pequeño con el que nos iríamos a pasar el día. Antes pararíamos en mi casa a que me cambiara de ropa, aún iba vestida de la noche anterior y no pegaba para un domingo de montañas...

Cogí aire al salir de esa habitación y él se rio al verme. Entendía que me tocaba pasar el mal

momento de encontrarme frente a frente con Sienna...

Capítulo 27



Bajamos las escaleras y entramos a la cocina. Allí estaba de espaldas “la reina de la simpatía” que, al escucharnos, se giró y me miró de arriba abajo. se acercó a mí y dijo lo que menos me hubiera imaginado del mundo.

—Anda, ven, dame un abrazo —me abrazó y hasta con cariño, dio unos cuantos besos a una de mis mejillas.

—Me alegro de verte —dije al separarnos y donde aún sostenía mi mano.

—Solo te voy a pedir algo antes de que os vayáis a pasar el día con el pequeño y que Duncan te cuente todo. Obliga a mi hermano —tocó el pecho de Duncan con su otra mano —a hacer lo que yo no conseguí, que haga caso a su corazón.

Yo me quedé helada, sin saber que decir ¿su hermano? ¿Era hermana de Duncan? ¡Ay, Dios! Aquello era demasiado para mí. Yo tenía que conocer ese mismo día todos los detalles del silencio que los acechaba, no podía ya con tanta información y mi corazón tras eso estaba “a punto de salir disparado por mi boca”.

Volvió a abrazarme y salimos de allí. El pequeño nos esperaba pegado al coche nervioso. Me acerqué a él y besé su mejilla.

—¡Hola Malvina! Ya sé que vienes con nosotros.

—¿Y eso te pone contento, mi niño?

—Sí —asentía con la cabecita.

El viaje fue de lo más animado. Lain me iba contando todas sus cosas, sus gustos, sus juegos... Pero ni una palabra salió de su boca relacionada con su madre. Parecía como si aquella mujer se hubiera esfumado de su vida llevándose con ella sus recuerdos.

Nos fuimos con dirección a Fort William, a las afueras hacia unas de las montañas y parajes con más encanto de Escocia. Llegamos a un lugar donde había una zona para niños y una terraza de un precioso restaurante. Desde allí, podríamos verlo jugar mientras tomábamos algo y charlábamos.

Nos pedimos dos cervezas y un refresco para el niño, que rápido se fue a los columpios y se hizo amigo de otros niños.

—No sé por dónde empezar —sonrió con tristeza.

—Por darme un cigarro —reí.

Me lo dio y se quedó mirándome.

—Todo lo sucedido viene por parte de mi padre y de mi madre que lo toleró todo y no supo poner freno a las idas de cabeza de mi padre.

—Sabía que por ahí “iban los tiros”, el porqué es lo que no entiendo.

—Mi padre antes de casarse con mi madre tuvo un romance con la mujer del servicio de la casa de sus padres y nació Sienna que solo es diez años mayor que yo, aunque parezca por su

forma de vestir que tenga más edad.

—Increíble y ¿ya estaba con tu madre?

—Sí, se casaron dos años después...

—¿Pero ella sabía de la existencia de esa niña?

—Sí, pero aquello lo tenían que tapar. La madre de Sienna ocultó quién era el padre y la crió en ese entorno de la casa de mis padres.

—¿Pero tu padre quería a la madre de Sienna?

—Mi padre no se quería ni a él mismo. Solo quería herencias y poder. Si no se casaba con mi madre, lo perdería todo, era un matrimonio pactado entre ambas familias.

—Es muy fuerte —me puse las manos en la boca.

—Mis padres se casaron y se vinieron a vivir a esta casa. Por aquel entonces era nueva. La estrenaron ellos, sigue perfecta pues siempre hicimos renovaciones. En su caso, les acompañaba ese secreto familiar que, si salía a la luz, perderían todo aquello que sus familias les habían entregado.

—Y por lo que veo, era lo único que les importaba.

—Eso a mi padre. Mi madre se enamoró de verdad. Daba la vida por él, hubiera pactado con el diablo si hubiera hecho falta.

—¿Cómo te enteraste de la realidad?

—Ahí viene el “quid” de la cuestión... Mis padres ampliaron la casa y yo me instalé en esta parte que, por herencia de mis abuelos y exigencias, me pertenecía. Mis abuelos murieron tres años antes de nacer Lain.

—Entiendo. Sigue por favor...

—Para entonces mi hermana tenía ocho años menos, unos treinta y siete. Su madre había fallecido años atrás y ella cubrió el puesto, pero siempre supo la verdad —dio un trago a la cerveza —Vino a buscarme y me contó todo. Yo no podía dejarle en la calle así que les abrí las puertas de mi casa. Ella puso la condición de trabajar para mí.

—Me quedo sin palabras...

—Sienna sabía todo, absolutamente todo, hasta nos hicimos las pruebas de ADN y no había duda de que era mi hermana. Mis padres se volvieron locos al enterarse que yo la había acogido en casa, pero sabían que, si quería mantener a salvo su secreto, tenían que aceptarlo, pero yo con ellos estaba perdiendo la relación cuando...

Se calló unos segundos y miró al pequeño.

—¿Qué pasó? —le acaricié la mano.

—Mi padre la lio y bien grande. Creíamos que Alison, que en aquella época tenía veintidós años, estaba completamente enamorada de mí. Quería que nos casáramos. Además, su familia tenía toda la intención de que eso sucediera, al igual que mis padres...

—Pero tú...

—Yo no quería nada con ella y lo dejaba bien claro. La evité mil veces hasta que ella, que tenía la misma sangre fría que mi padre, se las ingenió para liarla, con apoyo de mi querido progenitor, cómo no...

—Miedo me da saber...

—Sedujo a mi padre con el fin de conseguir llegar hasta a mí y mi padre que era “ligero de bragueta” cayó en las redes, con tal suerte que la dejó embarazada ¿sabes la que se podía haber liado?

—¿Tiene un hijo con tu padre?

—Lain es el hijo de ambos —miró al pequeño y comenzó a llorar.

Me puse las manos en la cara. No daba crédito a lo que estaba contándome, aunque tenía más preguntas que respuestas en esos momentos.

—No me lo puedo creer —negaba incrédula intentado asimilar todo.

—En esos momentos ya estaba liada con el médico, con ese que sigue hoy en día...

—¿Pero no estaba enamorada de ti? ¿Por qué te casaste con ella?

—Se ve que para lo que en realidad le gustaba yo era para tapar el no poderse casarse con él o perdería toda su fortuna familiar...

—Vamos, que os había dado coba...

—Más o menos. Bueno, en realidad, tela de coba...

—Y seguro que había más...

—Claro, porque aquel embarazo supondría también una guerra en mi familia y una desestabilización de aquella herencia que tanto importaba a mi padre y que tenía como connotación que no podía tener un hijo fuera del matrimonio con su mujer, que era la heredera principal de una gran fortuna, o sea, mi madre. Y no tuvo un hijo, sino dos. Sienna y Lain.

—Me va a dar algo —dije poniendo la mano en mi pecho —Continúa, prefiero ya saber todo de golpe que por capítulos.

—Alison tenía que conseguir casarse conmigo para lograr una parte de la fortuna por adelantado y poder seguir con el médico...

—No me equivoqué en lo de “putona”.

—Por otro lado, mi padre tenía que tapar aquel embarazo como fuera, desestabilizaría a mi madre que todo lo aguantaba por amor y le haría perder toda la herencia familiar...

—Y entiendo que se llegó a un pacto...

—Sí, porque a mi padre le podía caer una encima de la que no levantara cabeza, vamos “la monumental” así que tenía que ser yo el responsable frente a la familia de Alison y a la sociedad de aquel pequeño, hacer como si fuera el padre y casarme con ella.

—Pero eso era muy cruel y totalmente injusto para ti...

—Sí y no. A ver, como hombre totalmente. Me condenaba a casarme con una mujer que no quería.

—Pero, por otra parte, ¿qué veías de bueno?

—Pues que ese pequeño que era mi hermano, se convirtió en mi vida, en aquello que tenía que proteger contra todo el mal que nos había caído encima.

—Y entonces fue cuando pusiste una condición...

—Sí, como ya te dije, la condición fue que no se acercara a él mi padre. Ya le tenía demasiado odio encima, rencor por todo el daño que había supuesto en mi vida, sabía que, si yo no me hacía cargo, ella lo daría en adopción...

—Me imaginé todo menos algo así....

—La muerte de mi padre y la presión de Sienna porque luchara sin aguantar a nadie a supuesto el detonante para todo aquello que ahora me voy a atrever a hacer.

—Ahora entiendo la cara de Sienna en todo momento.

—Lleva mucho dolor dentro de ella...

—¿Y qué va a pasar de aquí en adelante?

—Esta semana arreglé lo de la parte de la herencia de mi padre, algo que ya nadie me puede quitar y que asegura de algún modo mi vida y la de mi hermana a la que le he dado una parte...

—Pero eso no es todo....

—No. Queda el tema del pequeño, pero que después de decidirme a hablarlo con mi equipo de abogados y ellos enterarse de toda la verdad, me han aconsejado que vayamos a juicio a luchar por la custodia de Lain.

—Por supuesto, nadie puede arrebatarte a tu hijo...

—Sí. Me han asegurado que no voy a perder, que lo máximo que nos puede pasar es que tuviera que vivir entre mi casa y la de su madre, pero que era mi hijo por engaño...

—Ello sabrán la estrategia a seguir...

—Sí, tienen que presentar a mi pobre niño como lo que es, una inocente víctima de las mentiras de ella, al tener mi sangre y mis apellidos podían defender el caso bien y como mi padre ya no está vivo, voy a por ella y a por todo, así me deje la vida.

—¿Y tu madre?

—Ya no tiene familia, ni nada que perder, era otra víctima de ese hombre a la que le reprocho que hubiera aguantado todo...

—El caso es que tienes que entender...

—Sé lo que me vas a decir y en el fondo me da pena, pero existe un muro entre los dos que levanté y es muy difícil de derribar, además, ver a los dos hijos de su marido a su lado.

—¿Crees que no lo va a poder soportar?

—Así es. Sé que nunca la hará ser feliz, ni podrá sentirse a gusto a nuestro lado, así que estará en su casa, con lo que ella decidió, porque yo no puedo lidiar con más problemas, no puedo cargar más mi mochila...

—Te entiendo... ¿No piensas entonces que pudiera llegar a querer a Lain?

—No, porque para ella no es su nieto ni nada parecido. Para ella es el fruto de la traición de su marido...

Me puse las manos en la frente y me apoyé sobre la mesa. Aquello era demasiado, demasiado. Normal que lo hubiera matado lentamente. Se había comido “marrón tras marrón” por proteger a los suyos, por salvaguardar la felicidad del pequeño Lain y sobre todo por no soltar a su hermana.

Madre mía, con todos los insultos que yo había inventado para Sienna y todo lo hacía por proteger a él y al pequeño, que también era su hermano.

Miré al pequeño que seguía jugando. Luego cogí otro cigarro, miré a Duncan y comprendí todo por lo que había pasado.

—No me eches de tu lado, Quiero ayudarte en todo lo que pueda, quiero ser ese hombre en el que también te puedas apoyar, no quiero que me apartes de nuevo —dije.

—Queda un juicio fuerte y doloroso, me han dicho que será inminente por todas las pruebas y gravedad del asunto. No quiero que estés ahí padeciéndolo y sufriendolo, es algo que no tienes por qué hacer, no te mereces vivir esto.

—Mira, no me toques las narices que cojo las cosas de mi casa y me instalo en la tuya y no me mueve “ni Dios...”

—Pero piensa que todavía puede aparecer Alison en cualquier momento, solo por fastidiar.

—Eso querría yo, porque si le da por aparecer allí a la “putona” esa te juro por mi vida que todo lo que le dije fue poco para lo que le diré y haré. Así que más vale que procures no sacarme de esto, porque no me pienso apartarme de tu lado. Esta vez no estás solo, nos tienes a Sienna, al pequeño y a mí.

—No te mereces estar metida en algo tan feo...

—Ni tú y ahí estás. Todo lo hizo tu padre, todo lo formó él y tú estuviste para proteger a los más desfavorecidos, pues ahora me toca a mí. La vida no es un camino de rosas... Te quiero con

toda mi alma y estaré para ti en lo bueno y en lo malo a partes iguales.

—No sabes lo que sentí el día que te vi por primera vez, luego la primera noche que pasamos juntos, la primera vez que lo hicimos, esos encuentros en el despacho...

—El “despacho de los deseos” como yo lo llamaba... —carraspeé.

—Has sido ese soplo de aire fresco, estos días lo pasé muy mal pero no quería meterte por medio de lo que se avecinaba. Iba a esperar a que todo pasara y tras el juicio buscarte, pero el miedo a que conocieras a alguien o me olvidaras me estaba consumiendo y por eso fui a buscarte, por eso quería verte.

Aquello era demasiado. Me había contado absolutamente todo, aunque en mi cabeza por ese día era suficiente. Nos fuimos a pasar la tarde al centro de Fort William, a pasear con el pequeño Lain, un niño de lo más feliz y precioso.

Salimos andando con “nuestro niño” de la mano. Había que joderse, a él no le haría falta ni que Duncan ni yo fuéramos sus padres biológicos para tener cariño a raudales.

—¿Conoces Fort William? —preguntó.

—Por supuesto, así que ya sabes que vuelves a tener cicerone. De hecho, se me está ocurriendo que vamos a ir a un sitio que a Lain le encantará.

Llegamos al centro de Fort William y Lain estaba exultante.

—Vamos a buscar el Jacobite Train —dije.

—No puedo creerlo —negaba con la cabeza.

—Pues créelo, vamos a preguntarle a él. Lain, cielo, mírame...

—Dime Malvina.

—¿A ti te gusta Harry Potter?

—Sí. Mucho, con la varita mágica y con Hermione.

—Tú sabes mucho, duendecillo —le dije.

—No lo sabes tú bien —dijo Duncan. A él le encanta Harry Potter, pero sobre todo Hermione. Este va a ser un elementillo bueno, se ve venir...

Nos reímos con ganas.

—Pues mira chiquitín. Nos vamos a subir al tren de Harry Potter que nos va a llevar a...

—¿A Hogwarts? ¿Al colegio de magia y hechicería?

—Allí mismito, pero ¡te como esa lengua!

—¿Ves por qué me tiene loco? —preguntó Duncan.

—Y tanto que lo veo. Es para comérselo.

—¿Y tú qué le has dicho al niño del colegio ese de “raritos”?

—Déjame a mí que yo también entiendo de niños...

Nos instalamos cómodamente en el tren y el pequeño estaba eufórico. La cara de su padre mientras lo miraba era “un poema”.

¿Reconoces este tren? ¿A qué no te engañaba? La cara del pequeñuelo no tenía parangón.

No pudo disfrutar más, con el traqueteo, la nube de vapor blanco... Era todo un espectáculo para los sentidos. Cuando llegamos al viaducto de Glenfinnan no hacía más que dar palmas y grititos de felicidad.

Con sus 21 arcos, es la estrella del viaje y el niño lo reconoció perfectamente como el que aparece en las películas.

Como el tiempo era magnífico, el tren se detuvo para permitirnos immortalizar, móvil en mano, un paisaje que se nos antojaba absolutamente incomparable.

Lain estaba exultante y corría de un lado para otro haciendo poses de lo más ideales.

—¡A posar no me ganas tú a mí! —le dije —Y así fue cómo Duncan empezó a hacernos a los dos una serie de fotos divertidísimas mientras él mismo no podía parar de reír.

—¡Vaya fotógrafo que estás hecho! Van a salir todas movidas con tanta risa —dije.

—¡No lo había visto más feliz en mi vida! —dijo Duncan de lo más entusiasmado.

—A ver si te creías que yo solo iba a darle gustito al padre —dijo en su oído, provocando una sonora risa.

De la experiencia del “Hogwarts Express” nos llevamos como un millón de fotos y otro millón de sonrisas de Lain que sacaba también las nuestras.

Yo me había encargado de coger una serie de provisiones antes de subir a él, porque sabía que el trayecto de ida y vuelta duraba unas seis horas, que transcurrían desde Fort William a Mallaig.

Las maravillosas vistas de las montañas Ben Nevis, del lago y el río Morar y del lago Nevis nos encantaron a todos y yo fui todo el tiempo contándole historias a Lain que le hacían creer que verdaderamente éramos protagonistas de aquella saga de Harry Potter que resultó gustarle tanto.

De vuelta al coche Lain iba ya derrotado, “no podía ni con su alma”, de modo que terminó en los amorosos brazos de su padre. El niño no hizo más que subir y se quedó dormidito.

—Gracias por regalarle las horas más felices de su vida —dijo Duncan —Mirándome con unos ojos que todavía denotaban más amor que de costumbre.

—Gracias a vosotros por haberme permitido compartir vuestra excursión —contesté —Y, por cierto, no hemos estado en el andén 9 y $\frac{3}{4}$ pero poco nos ha faltado...

—Calla, calla, que no sé cuántas veces puedo haber visto esas películas, pero parece que me las he tragado —añadió mientras arrancaba el coche de vuelta a Inverness.

Capítulo 28



Paramos en la puerta de mi casa y entré a coger ropa para irme esa noche a dormir con Duncan. Mis padres lo vieron por la ventana y les prometí que les contaría todo de forma tranquila.

—Y yo que me olía algo de esto, hija, ¡a tu madre no se la dabas tan fácilmente! De hecho, yo ya estaba casi convencida.

—Sé que no son formas, mamá, pero la vida a veces exige improvisar y tú siempre me has dicho que luche por mis sueños. Pues bien, eso es justo lo que voy a hacer.

—¿Estás segura, hija? —preguntó mi padre, a quien la noticia le había pillado bastante más por sorpresa que a mi madre.

—Cien por cien, papá.

—Pues entonces, persigue tus sueños mi niña.

Les di un beso y salí como una bala en dirección al coche, donde Duncan me esperaba sonriente. Era increíble lo que podía haberle cambiado el rictus a ese hombre en menos de veinticuatro horas.

—Llegamos y según aparcamos apareció Isla, muy sonriente. Me hizo un gesto que denotaba felicidad y cogió al pequeño para llevarlo a dormir.

—Da gusto cuando uno está rodeado de caras amables —le dije a Duncan.

—Pues, a partir de ahora, así serán todas las que veamos en esta casa —me contestó.

Entramos en la cocina y saludamos a Sienna. Volvió a darme un abrazo y a mostrar esa parte de ella que antes era tan desconocida para mí.

—¿Queréis un té? —nos preguntó.

—Sí, muchas gracias —contesté, comprobando que aquella respuesta le agradaba mucho. Al fin y al cabo, también ella se había sentido muy sola y necesitaba un poco de compañía.

Nos tomamos un té con ella y me resumió un poco todo. La rabia de haber visto cómo se cargaban la vida de Duncan y cómo él aguantaba todo heroicamente en sus espaldas. Ella lo adoraba. Ese era el dolor que había soportado, el de no poder hacer nada para que no tuviese que afrontar una carga tan pesada.

Luego Duncan quiso suavizar un poco la conversación...

—Hermana, no imaginas lo mucho que Lain ha disfrutado hoy.

—¿Sí?

—Sí. Malvina ha tenido la idea de que subiéramos en el tren de Harry Potter.

—¡Acabáramos! —dijo ella. No puedo imaginar mayor felicidad para el muchacho.

—Mira, tenemos millones de fotos para demostrarlo —dije, mientras se las iba enseñando.

—Tiene razón Duncan. Nunca había visto al niño sonreír tanto. Tu llegada ha sido una bendición para esta casa, Malvina, ¡quién me lo iba a decir! Ay, chica, con el mal comienzo que

tuvimos...

—Sí, pero eso ya pertenece al pasado. Ahora eres mi cuñada y te necesito.

—Y yo a ti —me dijo, mientras nos fundíamos en un bonito abrazo.

—Pues yo lo siento mucho, pero ahora te robo un poco a tu cuñada, hermana. Llevamos muchas horas fuera y ya venimos reventados. Nos vendrá a todos bien descansar un poco.

Nos despedimos y fuimos al cuarto, directos a dormir, abrazados. El día resultó agotador. El inicio de la mañana había estado lleno de sensualidad. Después el contarme todo aquello de golpe y que ahora azotaba mi cabeza... Necesitaba dormir y, echada sobre su pecho, no tardé en caer rendida.

Por la mañana nos despertamos y bajamos a desayunar. Yo estaba hambrienta. Aquel día Duncan tenía reunión con sus abogados y yo aproveché para quedarme en casa un poco e ir a ver a mis padres a la panadería.

Allí les conté todo desde el principio. Les abrí mi alma y ellos a pesar del terror de todo lo sucedido en la vida de Duncan, me animaron a apoyarlo, al igual que ellos harían con nosotros, eso fue un gran alivio para mí.

—Sabes que lo único que deseamos es tu felicidad, hija —dijo mi padre. Y si tu felicidad está al lado de ese hombre, él también es bienvenido a nuestra familia.

—Y el pequeñín —añadió mi madre —Mira por dónde al final voy a disfrutar de un nieto antes de tiempo, con las ganas que yo tenía...

Durante los siguientes días casi que me instalé en casa de Duncan. Cuando él se reunía con sus abogados yo me iba a pasear para ver a mis padres o tomar algo. Si era por la tarde con Brenda, que estaba emocionada de verme por fin al lado de él, pero deseaba como yo que todo acabara lo antes posible.

—Al final vas a ser una asquerosa rica —me decía, riendo —De aquí a nada no te acuerdas ni de cómo me llamo...

—En eso estaba yo pensando, jodida. No te daría la espalda ni aunque me ofrecieran mi peso en oro —solía contestarle yo.

Y así, entre ese tipo de bromas y un montón de confianzas, pasaban las horas. Ella también me contaba que lo suyo con Williams iba “viento en popa” y yo no podía alegrarme más por su felicidad. Parecía que, por fin, la suerte nos sonreía a las dos.

Mi vida en su casa no tenía nada que ver con lo anterior, ya reinaba la armonía y el buen rollo...

Yo hablaba mucho con Isla y con Sienna, que cada vez iba soltando la sonrisa más continuamente. Se desvivía por el pequeño quien, a la postre, era el desprotegido, pero el más querido. Era muy pequeño para saber defenderse solo, así que les tocaban a ellos luchar por él.

Esos días nos amamos y reímos a parte iguales, del mismo modo que el nerviosismo se empezaba a apoderar de la casa por lo poco que faltaba para el juicio. Ese juicio en el que se suponía que la suerte estaba echada y todo puesto en manos de la fiscalía, con pruebas y con todo lo que necesario para defender lo que era justo.

Mis padres le habían cogido mucho cariño al pequeño. Yo lo llevaba a la panadería y siempre se comía una empanada que tanto le gustaba. Conmigo tenía una complicidad brutal, al igual que con Isla, la adoraba y mucho.

Lain no hablaba de su madre nunca, él no tenía ese apego. Sabía que ella no estaba nunca para él, que no se había preocupado más que de su vida y de dejarlo a él en manos de Isla o cualquiera de la casa.

Llamó dos veces amenazando, cosa de la que se dejó constancia en el juzgado con grabaciones y que dio lugar a la imposición de medidas cautelares. No se podía acercarse al niño hasta el veredicto del juicio que sería en los próximos días.

Cada día me estaba encontrando con un nuevo Duncan, más fuerte, más feliz, más seguro, con más control y poco miedo por nada. Aquello me hacía sentir increíblemente bien, ese era el hombre que yo quería, no el destruido por culpa de personas que solo miraban por ellas mismas.

Ya faltaba menos para el día, ese día en que para bien o para mal todo se arreglaría, en el que por muy jodida que saliera la cosa el niño quedaría en ambas familias, pero con el tiempo ella lo dejaría en permanencia con Duncan.

Todos lo teníamos claro porque era una egoísta y lo que menos le importaba era el crío. Solo quería vivir su vida con el médico, con ese hombre con el que hubiera podido vivir cómodamente sin necesidad de tener que agarrar antes de tiempo la fortuna familiar.

La odiaba con todas mis ganas, no por mí, sino por el daño que les había hecho a las personas que más amaba, a las que se estaban convirtiendo día tras día en mi familia, por aquellos que “vendería mi alma al diablo” con tal de no verlos ni un instante mal.

Mucho de los días nos íbamos a cenar a casa de mis padres y un domingo vinieron ellos a la casa de Duncan. Sienna les había preparado una mesa de comidas de lo más elaborada. Era una gran cocinera, con una sonrisa que empezaba a forjarse en su cara.

Todo era felicidad, todo, además ya faltaban solo unas horas para celebrar el juicio en la que fiscalía y juez al parecer lo tenían todo muy claro. No querían que hiciéramos más declaraciones y ya todo estaba a punto para una vista que marcaría un antes y un después en la vida de todos nosotros, donde ya no habría que vivir para los demás, más que para nosotros mismos.

Esa noche Duncan estaba muy nervioso, yo lo entendía, pero ahí estaría para acompañarlo en ese juicio. Le había dejado claro que por nada del mundo lo dejaría ir solo con sus abogados. Es más Sienna también estaría como declarante, así que lo íbamos a arropar por encima de todo y de todos.

Capítulo 29



Esa mañana podían sentirse los nervios en toda la casa. Era imposible saber cuál de nosotros estaba más alterado.

Desayunamos en la cocina con Sienna e Isla se llevó al pequeño a jugar. Ella sería la encargada de quedarse con él mientras nosotros estábamos en aquel ansiado y terrorífico juicio, al menos yo lo denominaba así.

De lo que no había duda es de que ya estaban todas las cartas echadas y solo quedaba dejar la suerte en manos del destino, o mejor dicho, de las personas que decidirían sobre todo.

Llegamos a juicio pronto, los tres juntos, entramos en la sala y Duncan se sentó dónde le había dicho el abogado. Yo me senté justo detrás con Sienna que sujetaba mi mano.

Alison llegó con sus abogados y nos miró de arriba abajo, con desprecio, cómo no, pero vaya, el mismo con el que nosotras la miramos a ella.

Se sentó al otro lado del pasillo, a la altura de Duncan, pero bien separados, él a nuestro lado y ella al otro de la tanda de sillas.

Salió la juez y supimos que el momento había llegado.

Nos pusimos todos en pie y luego nos sentamos, comenzaba el juicio...

¿Sabéis lo que es un circo? Pues eso parecía aquello cuando le tocó hablar a Alison y responder a las preguntas de los abogados de Duncan además de pruebas de todo tipo que podían demostrar cada uno de los puntos que se trataban de dilucidar en el juicio.

Ella respondía sin objetividad. Era todo ella, ella y solamente ella, en un momento avanzado del juicio hasta la juez le preguntó si iba a pensar por un momento en el niño, aunque fuera para disimular.

Me dieron ganas de aplaudir, cuando habló Duncan desde el corazón y la verdad, sin mentir en aquello que encubrió para poder salvaguardar la protección hacia Lain y su familia, a pesar de saber que eso le podía “poner contra las cuerdas”.

Todos coincidimos después en que explicó la historia tal como lo sentía y contestó de manera sincera a las preguntas del abogado de la otra parte.

—Fue una declaración muy emocionante en la que me acordé de mi padre y en la de veces que me había dicho en la vida que la verdad siempre salía a relucir y que las mentiras “tenían las patitas muy cortas”.

El juicio duró cuatro horas. Cuatro interminables horas en las que Duncan y Alison demostraron quién era quién. La juez tenía cara de estar alucinando con una aquella historia tan rocambolesca.

Al día siguiente nos entregarían el veredicto, pero por la sensación con la que Sienna y yo salimos de allí, la juez tenía muy claro que dejar el niño en manos de esa mujer sería un peligro.

Y es que, a nadie, ni tampoco a la juez, le pasó por alto que Alison no tenía la más mínima

esencia de madre, ni de sentimiento por él, que solo lo tenía ahí como artificio para agarrar todo a su manera.

Pedía igualmente en su demanda de divorcio la mitad de la fortuna de Duncan, además de una pensión compensatoria de por vida de un sueldo de esos de millonarios.

Ese día lo pasamos en la calle comiendo con Sienna, hablando de las impresiones, pero las dos teníamos claro que todo sería favorable, al menos en gran parte.

Sin embargo, Duncan estaba algo más escéptico, pero era normal, se jugaba muchas cosas y mostraba su miedo de que le arrebataran de su vida, de su casa, a su pequeño gran amor Lain. Ese al que, a pesar de solo ser un hermano, lo quería como a un hijo, de eso no teníamos dudas.

Esa noche estuvimos en la casa nerviosos. El pequeño correteaba con un coche que le había comprado Duncan. Estaba en el jardín y no había forma de hacerlo entrar dentro, le tuvo que dar Isla el sándwich corriendo detrás de él para que fuera “hincando el diente”.

Nos acostamos todos pronto. El día había sido agotador, sobre todo psicológicamente. Necesitábamos descansar y coger fuerzas para recibir la que esperábamos fuera la mejor de las noticias.

Por la mañana a las siete ya estábamos en la cocina con Sienna. Me fumé dos cigarros de los nervios mientras tomaba el café y ella me miraba a modo de regañina. Le prometí que solo era ese día, que comenzaría a dejarlo de nuevo.

—Hoy lo necesito, cuñada. A partir de mañana prometo comenzar a portarme bien.

—Por la cuenta que te trae o me vas a tener que escuchar —repetía una y otra vez...

Tras el desayuno salimos los tres para el juzgado donde habíamos quedado con el abogado que ya había recogido el veredicto. Nos hizo pasar a una sala y se sentó frente a nosotros sonriente.

—No os voy a leer toda la sentencia, pero os haré un resumen.

—Sí, por favor —imploró Duncan y apretó mi mano por debajo de la mesa.

—La custodia de Lain queda en tus manos hasta su mayoría de edad. Ella no tiene derecho a visitas ni a acercarse al pequeño...

Duncan rompió a llorar, al igual que Sienna y yo, que nos mirábamos emocionadas, mientras yo besaba la mano de Duncan.

—No tiene derecho a percibir nada por parte de tu capital, ni bienes, así como no tiene derecho a compensación mensual de ningún tipo.

Duncan se levantó aplaudiendo, emocionado y llorando como un niño pequeño.

Nos pusimos a llorar más todavía y nos abrazamos los tres. Duncan acababa de conseguir la libertad tan deseada por todos. Le permitían ejercer de padre, además de tutor del pequeño. No tendría que perder nada y Alison no podría acercarse a ellos ¿se podría ser más feliz?

Ese día regresamos a su casa y al llegar a la habitación sacó algo del cajón, una pequeña caja. Se acercó a mí, la abrió, sacó una preciosa sortija y...

—Ahora sí —dijo poniendo el anillo al comienzo de mi dedo —Cásate conmigo —pidió entre lágrimas de emoción y yo me abalancé sobre él y caímos en la cama en un precioso y tierno beso. Había llegado el momento. Ya podíamos comenzar una nueva vida en común.

—Me quiero casar y firmar un documento que diga que jamás pase lo que pase tendré derecho a nada. Solo te quiero a ti —dije mirándolo, abrazándolo con fuerzas y terminando en un beso que fue el sello de algo que comenzaba de la manera más sana y más bonita...

Esa noche lo hicimos entre risas, carcajadas y felicidad, con ese anillo de compromiso en mis manos. Estaba loca por ir a la mañana siguiente a contarles a mis padres todo. Se iban a

emocionar y llorar tanto como nosotros...

A esas alturas, ya eran conocedores de cuanto había sucedido y nos apoyaron en todo momento.

Mi padre se volvió el confidente de Duncan al que intentaba aconsejar en lo que veía que podía ser de ayuda y este, tenía a mi padre como referente. No en vano, adoraba y respetaba, al que comenzó a ver como ese amigo que nunca había tenido, ya que se había vuelto una persona solitaria y encerrada por todo lo acaecido.

¿Se podía ser más feliz?

Epílogo



No me lo podía creer. Estaba de lo más nerviosa. Me temblaba el cuerpo y Sienna, mi madre e Isla, no contribuían para aplacar mis nervios.

—Estás preciosa hija —dijo mi madre ante las lágrimas de ella y de las otras dos que no podían contener esa llorera.

Me miré al espejo y sonreí al verme con ese vestido de novia que yo había elegido con tanta seguridad y contundencia.

Me veía guapísima. Estaba radiante como todas las novias el día de su boda. Todas menos la “putona”, eso era una pantomima lo que hizo el día de su enlace con el que hoy se convertiría mi marido.

Como buena novia escocesa, el mío era un precioso vestido contemporáneo en color crudo. De escote palabra de honor, ceñido hasta la cintura y muy vaporoso de ella hacia abajo, su caída en varias capas era majestuosa. Llamaba la atención un amplio lazo que pendía desde el final de mi espalda.

Había pasado un año desde el día que recibimos aquella resolución judicial que liberó su vida y, por ende, una parte de la mía.

El pequeño me llamaba mamá y a mí me encantaba. Lo quería como si lo hubiera llevado en mis entrañas y ese año nos habíamos hecho muy cómplices el uno del otro.

Mi padre subió a por mí y las mujeres bajaron a tomar su lugar. En los jardines estaba todo preparado. Había venido mi hermano que estaba encantado con Duncan.

Tanto Brenda como la novia de mi hermano, a la que ya hacía tiempo que conocíamos eran mis damas de honor.

—Malvina, cariño. Estás preciosa. No tengo palabras. No puedo estar más orgulloso de ti hija mía.

—Y yo de ti papá.

—Creo que solo había visto una novia igual de guapa que tú en mi vida y esa era tu madre.

—Gracias papá. Deja ya de decir esas cosas si no quieres que se me corra el rímel...

Me encaminé hacia la ceremonia, comenzando a caminar con el pie derecho, como mandan los cánones.

También asistían algunos familiares, pero éramos pocos. En cualquier caso, los suficientes. No hacía falta más. Si algo teníamos claro Duncan y yo es que no queríamos una boda multitudinaria.

Miré por la ventana y lo vi al lado de su madre esperando, sí su madre, a pesar del dolor causado, era una mujer acomodada a vivir a la merced del marido, a la voluntad de él...

Con el tiempo, su hijo comprendió que ella había pagado un precio muy alto por aquello y la perdonó. Incluso, mi suegra ya se hablaba con Sienna, la hermana de su hijo y cómo no, con el pequeño empezó a establecer unos lazos que los había unidos más de lo que imaginaba. La

llamaba abuela, como abuelos llamaba a mis padres.

Duncan no iba a permitir que su madre se viera en la más absoluta soledad y que pasara lo que le quedara de vida de aquella manera. Yo tampoco, así que Sienna y yo le animamos a dar ese paso que poco a poco iba dando frutos y comenzaron a verse todo con naturalidad.

Mi amado rompió a llorar al verme llegar. El pequeño se escondió sonriente detrás de su padre y el mío me entregó al que en unos instantes se convertiría en mi esposo.

—Dios mío, Malvina. Es imposible estar más guapa. No creo merecer tanto. ¿Qué he hecho yo para merecer ser el hombre más afortunado del mundo?

—Mereces esto y más. Y lo que has hecho es, simplemente, luchar por tu felicidad y, de paso, lograr la mía completa y la de Lain. Y por cierto, me encanta tu look, ¡vaya si lo tenías calladito!

Estaba guapísimo, para mi sorpresa con Kilt. No lo esperaba con falda, pero a pesar de todo sabía que sentía mucho respeto por las tradiciones, Estaba para comérselo y, si no hubiera sido por los presentes, me lo hubiera comido allí mismo.

La ceremonia se celebró al aire libre, por lo civil. Vinieron del ayuntamiento a oficiarla, para otorgarle legalidad.

Fue precioso ese momento en que nos entregábamos a una unión justo en el lugar que queríamos. Nuestro sueño era que fuera para toda la vida y todo apuntaba a que así sería.

Tras el intercambio de anillos y la firma de la conformidad, nos tomamos una copa de champagne con los presentes y brindamos por esa familia que entre todos habíamos formado y que tan unida estaba.

A continuación, nos dirigimos hacia la zona del jardín que habíamos habilitado como convite. Como no podía ser de otra manera, allí estaban aquellos gaiteros, como pieza característica e indispensable de cualquier boda escocesa.

Con su música nos acompañaron por el jardín. Duncan y yo íbamos de lo más emocionados.

Lo pasamos en grande. A pesar de ser pocos se dieron momentos de los más emocionantes, como el baile, tras el cual todos los invitados se deshicieron en vítores y aplausos, para nuestro regocijo.

Ni que decir tiene que la música celta fue protagonista en nuestra boda, en aquella increíble jornada en la que nos sentíamos más cerca que nunca de nuestros orígenes.

La anécdota del día fue la caída de Lain en lo alto de la tarta que los invitados no tardaron en plasmar en fotos y vídeos mientras él nos miraba con cara de no saber dónde meterse por la que había liado.

—Lain, hijo, no se puede ser más trasto —dijo su padre.

—Déjalo, si está de lo más gracioso. Mira ahora sí que tenemos un niño “dulce” —reí.

—Lain no quería estropear la tarta —repetía el chiquitín, abriendo sus bracitos en señal de que no sabía cómo se había llegado a producir aquel desaguisado.

Enseguida las mujeres de la familia corrieron a socorrerlo. No se podía estar más protegido y mimado. Tenía dos abuelas, a Sienna...

Daba igual la tarta y cualquier otro complemento. Lo ideal era estar ahí con los míos, con los suyos, todos como una nueva familia, que pensábamos cuidar y disfrutar sin presión ninguna. Aquello era vida, esa que habíamos comenzado a diseñar desde hacía un año.

Brenda se acercó a mí en un momento dado y fue uno de los momentos más bonitos del día. Compartimos varios minutos conversando como si fuera uno de los cientos ratitos de confianzas que habíamos disfrutado en su casa a lo largo de la vida.

—Malvina, cariño, ¡lo has conseguido!

—No hubiera podido hacerlo sin tu ayuda y sin tu apoyo, amiga.

—No digas eso. Tú quieres que me dé la llorera y no lo vas a lograr de ningún modo.

—Sabes que lo que te digo es cierto. Te tuve ahí, animándome en los peores momentos. Quién sabe lo que hubiera sucedido si no me hubieras empujado a salir aquella noche de sábado.

—No es para tanto...

—Y ya sabes que eres la próxima. Porque lo sabes, ¿no?

—Sí, justo quería darte la sorpresa. Williams me ha pedido también que me case con él justo después de que os hayáis dado vosotros el “sí quiero”.

—¡No puede ser, no puede ser! No podías haberme dado una mejor noticia amiga. Estábamos predestinadas a estar con estos chicos.

—Pues sí, ¿qué ha pasado? Ayer estábamos empleando “el plan B” para espantar chicos y, en breve, seremos dos mujeres casadas.

—¡Es la bomba! —solté.

—Y tú, encima madre, que eso sí que es fuerte. El pequeño Lain te adora. Todos lo están diciendo. No hay más que ver cómo te mira.

—Por no hablar de que, el que te has llevado por delante es un Highlander de “tomo y lomo”. Te habrás derretido de verlo así vestido, ¿no?

—Ya te digo, como que una cosa te digo, cuando nos quedemos a solas, me voy a meter debajo de ese Kilt y pienso hacer “paz y guerra”. Voy a ponerle al Highlander los ojos en blanco como Malvina que me llamo.

—Veo que el sexo no decae entre vosotros, ¿no?

—¿Decaer? Debemos tener un imán porque estamos todo el día enganchados. Es adictivo...

Mi madre y Sienna eran dos lloronas, no había cosa que se dijera o se hiciera en esa celebración que no terminaran a lágrima viva.

Mi padre y mi hermano estuvieron todo el tiempo encima de Duncan, bebiendo, bromeando y charlando plácidamente.

Los ojos de Duncan estaban en todo su esplendor. Además, había ganado masa muscular y estaba más fuerte aún, Se entrenaba a diario dos horas, le encantaba hacer deporte.

En cuanto a mí, no compartía aquella afición. Lo que me gustaba era tirarme en el sofá a comer chucherías, pero me amaba, por encima de todo y eso era lo que me hacía tan feliz.

—Oye, pasé antes por detrás de ti y de Brenda y no quise interrumpir, pero escuché no sé qué de un imán y... —se mordió el labio.

—Muérdete el labio que esta noche hay jarana de la buena, por escuchar lo que no debes —reí.

—¿Y si no lo hubiera escuchado?

—Pues igual.

—Ven aquí que te como “niña” —dijo, mientras me besaba lenta y apasionadamente.

—Esto es, esto es... —me quedé atrancada, justo cuando nos despegamos y quise definir lo que estaba sintiendo aquel día.

—Espero que ese atranque significa que eres feliz, preciosa mía.

—Inmensamente, cariño.

—Pues espero que así siga siendo porque yo voy a dejarme la piel en ello. Desde el día que te conocí no he procurado otra cosa que tu felicidad.

—Pues objetivo conseguido, marido.

—Dilo otra vez...

—Que “objetivo conseguido...” —dije, haciéndome la tonta.

—Eso no. Lo otro...

—¿La parte de “marido”? Porque eso es lo que eres, mi marido y no precisamente un “viejuno” sino el tipo más atractivo del mundo y con el que voy a muerte, con el plus añadido de que perderme en tus brazos equivale a “rozar la gloria”.

Estaba siendo el día más bonito de mi vida, sin duda aquello con lo que fantaseé tanto y que nunca pensé que pudiera convertirse en realidad. Y ahí estaba en ese día en el que pasé a ser su esposa y no la amante del Highlander...